SAN ISIDORO DE SEVILLA
Doctor de la Iglesia

DE LOS SINONIMOS
Y
EL LIBRO 1.º DE LAS SENTENCIAS

Traducción literal e Introducción por el

M. I. Sr. D. Martín Andréu V. Solís

Canónigo archivero y bibliotecario
de la R. Colegiata Basílica de Covadonga

y D. Juan Oteo Uruñuela

Serie
Los Santos Padres
N.º 49

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2005-1990
I.S.B.N.: 84-7770-166-0
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

Damos la traducción de la obrita de San Isidoro *De los sinónimos en la lamentación del alma pecadora,* sobre el texto latino que aparece en la magnífica edición de las obras del santo obispo, impresa por Bartolomé de Ulloa en el Monasterio de la Concepción Jerónima (Madrid, 1778), nueva edición –se dice en la portada– de la hecha *por mandato del católico rey Felipe II.* En ella se ofrece de la obra que traducimos el texto, que ya en su tiempo fijó el Padre Mariana, a base de los diversos códices de la misma (hasta diez) que pudo conocer.

La obra "De los sinónimos..." ha llamado siempre poderosamente la atención. Adjudicada ya en definitiva la paternidad de la misma a San Isidoro, se quiso señalar otras páginas en las que el autor acudiera a buscar apuntadas unas de Cicerón, dedicadas a Lucio Veturio, y otras de Boecio en su libro *"Consolación de la Filosofía"*. Está hecho el atribuido al orador romano con aplicación buscada de palabras sinónimas. Por ello, en vista de la semejanza del procedimiento, en alguno de los códices aludidos se redacta de este modo una de las frases del pequeño prólogo isidoriano: "Vino hace poco a mis manos cierta esquela de *Cicerón...*" Cabe en lo posible que el santo prelado sevillano, paciente recolector de las joyas literarias de la antigüedad, imitase dicha forma ciceroniana para su obra; pero puso en esta, como garantía de originalidad, algo que en aquélla hubo de faltar con toda seguridad: el espíritu cristiano con que logra él ofrecer un tratado compendioso que presenta en forma literaria irreprochable "los graves consejos de la antigua severidad estoica templados por la dulce y apacible del sentimiento cristiano", como dice Menéndez y Pelayo.

Nada apuntan de esa imitación del orador latino los contemporáneos de San Isidoro, ni Braulio, ni San Ildefonso. Este último atribuye terminantemente el libro a San Isidoro con estas palabras: "(Escribió) un libro de lamentaciones al cual llama *"Sinónimam";* si bien, como

se ve, y ha sido notado siempre, hay equivocación en hacer femenina la última palabra de la frase anterior. Braulio, por su parte, dice: "Escribió dos libros de Sinónimos, para consuelo del alma y para formar la esperanza de alcanzar el perdón por medio de la oración..."

Sí, parece poder admitirse cierta influencia de la citada obra de Boecio; aunque habida siempre a la vista la mejoría espiritual que supone hallar el *verdadero consuelo,* al indicarlo al pecador fuera de los filosóficos argumentos que juegan en la conocida obra del senador y ministro de Teodorico.

En los diversos códices en los que se traslada el libro *"De los sinónimos..."* se dan títulos distintos del mismo. Son conocidos diez de aquéllos, de los cuales, en uno se titula la obra de San Isidoro *"Diálogo entre la razón y el apetito"; "Soliloquios"*, en otros tres. El resto de ellos ya coincide con el que se cree título verdadero y definitivo, y por tal debió haberse tenido en la antigüedad, toda vez que así lo confirman la manera de expresarse en su prólogo el santo autor, y la autoridad del Concilio VIII de Toledo y la del mismo Graciano al citarlo con la palabra latina plural neutro *Synonyma.*

Algo más interesante para las letras españolas resulta una opinión que no desdeñó recoger el gran Menéndez y Pelayo. Admite éste, desde luego, el influjo boeciano en la obra de San Isidoro, a la que califica de "extraña alegoría de forma dramática, no exenta de pasión y brío, aunque empedrada de sinónimos", y a continuación apunta que la "cuentan algunos entre las primeras muestras del teatro cristiano, aunque de fijo no se hizo para representarse, ni tiene acción alguna".

Estos dos inconvenientes puestos por el sabio autor constituyen la dificultad para la indicada teoría; pero se ve, desde luego, el motivo por el que se pudo llegar a ella en el diálogo, a veces de cierta intensidad, entre el Hombre y la Razón, y en la posibilidad de haber movido los razonamientos que, aunque faltos de acción, sin dificultad podía habérsela dado su autor. Lo cierto es que muchos de los pasos dramáticos que después se conocieron, creados por el mismo espíritu del preclaro obispo sevillano, llevan a admitir aquella opinión que Menéndez y Pelayo ha querido dejar señalada.

Respecto a la traducción que se da en las siguientes páginas, diremos que se ha querido trasladarla en forma la más literal posible, no obstante la enorme dificultad que, para hacerlo así, ofrece la citada obra. Hemos huído de presentarla libremente, pues la absoluta fidelidad deja intacto el colorido original, y una versión exacta hace que

nada pierda la expresión de la fuerza y del sentimiento, aun en aquellas frases en las que, por la identidad o por sinonimia, pudieran como desleírse o debilitarse dichos caracteres.

Unicamente hemos querido subrayar en determinados pasajes, con palabras que en el texto aparecen en letra cursiva, aquel sentido aclaratorio o de ilación que, en nuestro concepto, pueda ayudar a una pronta lección.

PROLOGO PRIMERO

(Del editor del texto latino hecho por Bartolomé Ulloa en el Convento de la Concepción Jerónima, Madrid, 1778.)

En el siguiente libro, titulado "Sinónimos", o sea, diversidad de palabras que coinciden en una significación, presenta Isidoro, Arzobispo de Sevilla, de santa recordación, al hombre, que se lamenta en los trabajos de la vida presente, llora y casi llega a la desesperación. Al cual sale al encuentro la Razón de maravilloso modo: le consuela con suave templanza, le conduce desde la caída de la desesperación a la esperanza del perdón, y le adoctrina admirablemente, a fin de que evite los engaños del mundo y tenga una fórmula de vida espiritual. Al llevarle, después, por la subida de la contemplación, le guía a la fortaleza de la perfección. El hombre, finalmente, convertido ya en varón perfecto, agradece en debida forma a la Razón sus enseñanzas.

El lector, cualquiera que sea, que, con la debida atención, se adentre en las páginas de esta obra, encontrará, sin duda alguna, el modo de evitar los pecados, de llorar los cometidos, y cómo, una vez reparado por los lamentos de la penitencia, puede llegar al fruto de la santa operación, para no perecer arrastrado por las concupiscencias del mundo, sino galardonado con premios eternos, vivir con Cristo Señor Nuestro. El que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

PROLOGO DE SAN ISIDORO

ISIDORO DESEA AL LECTOR SALUD

Vino hace poco a mis manos cierta esquela, a la que titulan "Sinónimos" cuya fórmula persuadió a mi ánimo el hacer una lamentación para mi uso y el de otros desgraciados. He reproducido fielmente, no con la elocuencia de tal obra, sino mi deseo. Cualquiera que seas, lee esto con buena voluntad, y si te ves afectado por las contrariedades del mundo, examínate con severo juicio y verás al punto que, sean cualesquiera las aflicciones que sufres en este mundo, vienen sobre ti en retribución justísima.

Se presentan aquí dos personajes: el Hombre, que llora, y la Razón, que amonesta.

DE LOS SINONIMOS EN LA LAMENTACION DEL ALMA PECADORA

LIBRO PRIMERO

(Comienza el diálogo entre la RAZÓN *y el* HOMBRE.)

EL HOMBRE. En estrechez se encuentra mi alma; mi espíritu se agita, fluctúa mi corazón y la poquedad de mi ánimo se apodera de mí. Mi pusilanimidad me aflige; me encuentro rodeado por todos los males, circundado de tristezas, envuelto por la adversidad, asediado de miserias, abrumado de infelicidad, oprimido de escaseces, y no hallo en parte alguna refugio para tanto mal, ni atino con la razón de tanto dolor, ni veo señales de que tanta calamidad sea acabada, ni indicios de que sea dominado el dolor, ni traza de huir de mi perdición, sino que en todas partes, en casa y fuera de ella, me persigue mi infelicidad y mi calamidad no me abandona. A donde quiera que huya, en pos de mí siguen mis males; a donde quiera que me vuelva me acompaña la sombra de ellos. Como mi cuerpo no puede perder la suya, así no puedo yo esquivar la de ellos.

Yo son, *sin embargo,* hombre desconocido, de fama oscura, de ínfimo linaje, por mí mismo y para mí solamente conocido.

A nadie he hecho mal; a nadie he calumniado, ni producido molestias, inquietud o contradicción alguna. He vivido sin queja entre los hombres.

No obstante, todos se obstinan en lastimar mi vida, y braman y se enfurecen contra mí. A manos llenas me suscitan peligros, me arrastran a la perdición, me colocan en todo riesgo, y mi salvación en *duro* trance.

Nadie, *entretanto,* me protege, ni defiende, ni proporciona socorro, ni asistencia alguna a mis males; *antes bien,* me veo abandonado por todos.

Cuantos conmigo se encuentran, huyen, cuando no me persiguen, o me miran como *justamente* desgraciado, o me hablan dolosamente con *fingidas* palabras de calma; adornan su oculta malicia con suave lenguaje, y una cosa me dicen y otra les da vueltas en su corazón. Desmienten con las obras cuanto sus dichos prometen, y proceden con venenoso ánimo, bajo apariencia de compasión. Ocultan su malicia con tinte de bondad, y su astucia con simplicidad. Con engaño simulan amistad y muestran en su rostro lo que no anida en su corazón.

¿A quién creer? ¿En quién confiar? ¿Dónde encontrar un compañero? ¿Dónde está la fidelidad? Pereció o ha sido destruida, porque no se halla en parte alguna la fidelidad.

Y si nada hay que sea justo, si es nula la veracidad de los juicios, si se rechaza la equidad y no se concede el derecho y se niega la justicia, perecen las leyes al ser juez *únicamente* la codicia. Revienta la avaricia, muere la ley por el ansia de los apetitos, nada valen los derechos y quitan regalos y dádivas toda fuerza a lo legislado.

Dondequiera triunfa el dinero, es venal el juez y desaparece el miedo *saludable* a las leyes y el *conveniente* temor al juicio. Permanece impune la licencia del mal vivir, *sin que haya* quien se oponga a tanto prevaricador, ni castigue tanta maldad.

Así, queda impune todo crimen, y se ven a salvo los inicuos, mientras perecen los inocentes y andan en miseria los buenos, al paso que los ímprobos y los malvados nadan en la abundancia y con el poderío. Vive el justo en la indigencia y se corona de honores el inicuo; es despreciado aquél en su tristeza y en su llanto al lado del malvado que *saborea* toda alegría.

Más aún: prevalece el impío contra el justo; dañan y *perjudican* los malos a los buenos, y no hay manera de impedir que sea honrado el impío como si fuera justo, que éste sea condenado como si fuera malvado, y los inocentes, como si fueran culpables.

Sin causa, sin acusación, sin malicia *alguna por mi parte,* me achacan toda clase de crímenes y me atan y *envuelven* con lazadas de ellos.

Convierten hacia mí toda ocasión de delito y de sospecha de él. Hacia el peligro del mismo me llevan y me acusan *inmediatamente* de cuantos no tengo *noticia* ni conciencia.

Nada averiguan, nada investigan, nada hallan, nada se les manifiesta, y, sin embargo, no *cejan* ni descansan en levantar maldades contra mí, ni en preparar sus testimonios y sus acusaciones, erigidos en jueces, hasta que me juzgan con falsedad y fallan con cruel sentencia, y por ella, falsa, se me lleva inocente a la muerte, para lograr lo cual se dieron la mano jueces, testigos y acusadores, en cuya improbidad y mentira hubo suficiente confianza.

Nadie discutió, ni discordó del parecer de ellos, ni repudió su consejo.

¿A quién, pues, me he de dirigir? ¿A quién habré de creer? ¿Con quién hablaré? ¿A quién me dirigiré? ¿Con quién habré de aconsejarme? ¿En quién pondré mi confianza? ¿A quién principalmente he de buscar?

Soy para todos odioso, me veo abandonado de la caridad de todos. Todos me rechazan y abominan de mí: les inspiro horror y me repudian. Quiero refugiarme al lado de ellos y me rechazan. Deseo pedir gracia postrado a sus plantas y huyen, me desconocen y odian. Busco su indulgencia y se vuelven más dañinos. A veces, se unen a mí con fingida caridad, no para consolarme, sino para tentarme. Hablan, *entonces,* con disimulo, y, cuando callan, es el suyo afectado silencio. Preguntan para acusar, por oír, para traicionar; averiguan para engañar. Y yo, inclinada la cabeza, humillado el rostro, y la faz en tierra, guardo silencio, enmudezco, pongo guardas a mis labios y un sello a mi boca, contengo mi voz de toda plática y mi lengua de toda conversación. Callo aun cuando me interrogan acerca del bien, pues quiero más contenerme para los malos que no contestarles.

Pero ellos no descansan, y se ensañan más, y persiguen aún al herido. Se arrojan sobre mí *con nuevos ímpetus* y me aturden con el ruido de sus clamores, *mientras* petulantemente lanzan sobre mí ultrajes y afrentas con la voz y con su presencia *misma,* con el mayor estrépito. Se arrojan sobre mí; me cubren de ofensa y de oprobio y, provocados por otros, se lanzan contra mi persona y vuelven contra mí sus armas, buscan mi ruina y *tienden* sus manos a la preparación de mi muerte.

Callé, miserable de *mí,* dominado por el miedo, por el pavor y el espanto. Pálido y exangüe, sentí debilitarse mi corazón. Agitado por el espanto, consumido por el miedo, sacudido por el temor y el temblor del alma.

Así me veo arrojado al destierro y *soporto* con llantos y gemidos

la pena y la condenación del exilado, atado con vínculo de servidumbre, oprimido con el peso de *triste* condición, *como* vendido para trabajos serviles, puesto al hielo, a la nieve, al frío, a las oscuras tempestades, en los mayores peligros.

Después del daño de los bienes y de la pérdida de todas las cosas, pobre y necesitado, carezco de todo, y, mendigo *verdaderamente* infeliz, solicito públicamente limosna. Nadie tiende su mano al pordiosero, nadie socorre al indigente, ni se le considera digno de compasión, y no hay quien sienta misericordia, de la cual me veo desamparado.

Desprecian todos al mendicante, y no le reaniman ni con las migajas siquiera, ni hay quien destile una gota en la boca del sediento, ni quien le proporcione el más módico rocío para su refresco, pues me he convertido en motivo de abominación para todos. Cuantos me miran me desprecian como a un llagado, me desechan como a hediondo, se horrorizan de tocarme, como si fuera leproso.

Yace mi carne amarrada con hierros, sujeta con cadenas, ligada con ataduras, sujeta con grillos, sin que falten tormentos, ni dolores, ni suplicios, pues cada día encruelece la inhumanidad contra mí. Me despedazan con nuevas torturas los verdugos de mi cuerpo, desgarran mis entrañas y mis miembros con inaudito género de tormentos, e idean cuanto más cruel pueden *experimentar* sobre mí, y, dislocado con mil torturas, sometido a mil tormentos, rasgado con mil diversos suplicios, *no tengo el consuelo* de ser acabado con sencilla muerte.

Se pudre mi carne abierta con las llagas, vierten pus los costados medio quemados, los lacerados miembros se deshacen en podredumbre, mana la sangre y gotea mezclada con el llanto y con las lágrimas, porque no es sólo el lloro de las lágrimas, sino también el de las heridas.

Consumidos por el dolor, desmayan el cuerpo y el alma; se da ya por vencida mi mente, y se halla el alma como insensibilizada por la aflicción, pues he sentido cosas intolerables, soportado lo más acerbo y sobrellevado lo *más* pesado.

Nunca recibí tan hondas y graves heridas, y me veo oprimido por inesperada destrucción y herido por momentánea llaga, pues una repentina calamidad de la vida me ha arrojado en tan grande mal. Súbitamente, y sin darme cuenta, me he sentido dominado por ella y me derribaron estos inopinados daños e infortunios.

¿Por qué he nacido, infeliz de mí? ¿Por qué he sido arrojado a esta

vida? ¿Por qué, miserable, he visto la luz? ¿Por qué despuntó la existencia para mí, desgraciado?

Ojalá saliese yo de este siglo más velozmente de lo que en él he entrado, aunque marchara de él por cualquier causa.

Pero, ¡ay!, la muerte esperada viene tardíamente para los desgraciados. Sea lícito sucumbir al que desea morir, pues el vivir me causa tedio y sólo de muerte tengo deseo, pues es ella la única que me agrada. Oh, muerte, cuán dulce eres para los infelices, cuán suave para los que viven en amargura, cuán alegre para los tristes y los afligidos.

Venga, pues, este gran consuelo para el mal enorme de la vida; sea el término de ésta el acabar de tantos males; dé fin a tanta miseria el descanso de la sepultura, y comience la muerte, al menos, a compadecerse, ya que no *supo hacerlo* la vida.

Impone la muerte el fin de todos los males; da término a toda calamidad y la hace desaparecer. Ciertamente, si la muerte asalta a los desgraciados, más les vale morir bien que mal vivir; mejor es no ser que ser infeliz, y, en comparación de mis desgracias, son más dichosos los muertos que los vivos.

Perdonad, os ruego, a mi dolor; dispensad a mi tristeza; permitid *la manifestación* de mi angustia y sed indulgentes para con mis aflicciones, sin que queráis levantaros contra mí en medio de tan gran dolor. Lamento los golpes que recibo; me duelo amargamente de tanta calamidad mía y lloro *esta ya* familiar desolación de mi miseria, pues muchas cosas proporciona el sufrimiento.

No puedo ser consolado, pues es impaciente mi dolor e infinito mi pesar. De ningún modo se suaviza mi herida, ni hay moderación para mis lágrimas, ni fin de mis quebrantos, y ya el ánimo no tiene confianza alguna, ni puede soportar, y queda deshecho con tantas tribulaciones.

La Razón. ¿Por qué, oh hombre, desconfías tanto en tu ánimo? ¿Por qué te debilitas en tu espíritu? ¿Por qué pierdes toda esperanza y toda confianza? ¿Por qué desahogas de esa manera? ¿Por qué eres acabado con tanta pusilanimidad y así quebrantado por las cosas adversas?

Omite la tristeza, arrójala lejos de ti; no sucumbas ante la pesadumbre, ni te entregues a la aflicción. Aparta tu dolor, lánzalo fuera del ánimo y contén su ímpetu. No perseveres en él, sino véncelo en tu espíritu y supéralo en tu mente.

El Hombre. ¿De qué forma? ¿En qué condiciones? ¿De qué modo? ¿A manera de qué? ¿Con cuál regla? ¿Con cuál industria? ¿Con qué consejo? ¿Con qué ingenio?

La Razón. Entra en lucha contra las miserias corporales con todo tu poder y fuerza, con ingenio y valor, con arte y regla, con atención y consejo. Sé firme en cuanto sobrevenga: tolera todo con paciencia y soporta con ánimo igual toda adversidad.

No quieras mirar tu condición como singular, porque tanta acerbidad no debe ser medida como tuya sólo, ni esa calamidad viene sobre ti solamente. Mira los iguales casos de los demás y las miserias de aquellos a quienes sobreviene algo acerbamente pues mientras recuerdas los ajenos peligros, llevas los tuyos más levemente, ya que los ejemplos de los demás descargan el *propio* dolor y con facilidad se consuela el hombre con el mal ajeno.

¿Qué encuentras de duro en tus achaques y por qué lloras tanto las causas de tu peligro? Ni son nuevas tus torturas, y tienes, *en cambio,* ejemplo de calamidad. ¡Cuántos soportaron accidentes semejantes e iguales peligros!

Por lo que debe uno sobrellevar pacientemente lo que a muchos fue tolerable.

Breve es la pena de esta vida, y mortales son el que aflige y el que es afligido. Tiene fin la tribulación de este tiempo; pasan y no permanecen las cosas todas de este siglo, y cuanto viene no puede durar: porque nada es por tanto o tan largo tiempo que no acabe en breve, y tienen fin todas las cosas bajo el cielo.

Como eres hombre, es imposible que no gustes dolores; que éstos y la tristeza a todos son comunes, y hemos de soportarlos en este siglo con igual resultado. Nadie se ve libre de mal perpetuamente, y no existe quien en esta vida no se lamente, o quien una vez en ella colocado, no suspire.

Llena está de lágrimas esta nuestra existencia, y con llanto comienza. Con lloro principia a vivir el que nace; llorando somos arrojados a esta mísera vida, y es el gemido comienzo de subsiguientes dolores.

Coloca, pues, ante ti la razón; participa tú de ella y prevalezca siempre para ti. Gobierna con ella tu ánimo y confirma tu alma; y sea la razón la que reprima la fuerza de tanta pesadumbre; y así, una vez afirmado tu ánimo, no temerás peligro alguno.

Se ha dicho: Es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones

para entrar en el reino de Dios. *Y también:* No son de comparar los sufrimientos de la vida presente con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros.

Cuanto al presente sucede, es momentáneo, y ligeras nuestras tribulaciones; para lo que ha de ser eterno y que excede *nuestro conocimiento,* para aquella excelencia de gloria es útil la tribulación y lo son las estrecheces de esta vida.

No te mata la malignidad de los malos, sino te enseña; no te deprime la contradicción de los perversos, sino te levanta; te afirma la tentación humana, no te destruye.

Tanto nos consolidamos en el siglo perpetuo, cuanto somos quebrantados en éste; tanto de gozo tendremos en el futuro, cuanto de aflicción en el presente.

Si aquí nos lastiman azotes, es para ser hallados justificados en el juicio. Dios hiere aquí a los que guarda para salud perpetua. Se prueba el oro en el horno; y tú, para que limpies de inmundicia, serás purificado en el encendido hogar de la tribulación. Para que aparezcas más puro será abrasado en el fuego de la persecución, y todas estas cosas que para tu prueba soportas, son para que te limpies de la inmundicia de los pecados.

No murmures, pues; no blasflemes. No digas: ¿Por qué padezco tanto? Sino más bien di: He pecado, y recibo lo merecido. No creo el castigo igual a mi pecado, y encuentro que soy menos herido de lo que yo merecía, y que es la pena menor que el crimen, pues no hay suplicios tantos cuantos fueron los pecados.

El que murmura en su desgracia, irrita más a Dios contra sí, provoca más su furor y exagera la ira de su indignación; como aplaca más prontamente a Dios el que tolera pacientemente la adversidad.

Acúsate, pues, si quieres ser purificado, y alaba la justicia de Dios; pues para esa tu purificación aprovecha el que refieras a la justicias de Dios lo que sufres, y le glorifiques humilde por el castigo hecho. Dios es el que de ti se apodera y ejercita en ti su disciplina con el azote de pía corrección, el que te llama al perdonarte, y el que, al herirte, grita que vuelvas.

Piensa, hombre, en los tormentos cualesquiera del mundo; fíjate en las penas del siglo, en los dolores de los suplicios, y en las acerbidades de las torturas, y compara todo esto con el infierno. Es liviano cuanto sufres; y si algo temes, teme aquellas penas, que las de aquí son temporales y eternas las de allí; tienen fin aquellas; pero éstas son

perpetuas. En las de aquí, cesará el sufrir al morir; pero en las de allí comienza al morir el eterno sufrir.

Si, pues, te conviertes, será enmienda lo que sufres, pues el azote del pecado libra al convertido, y le aprovechan para su justificación las llagas que le afligen. Quien aquí se corrige castigado, será libre allí; como si el aquí herido no se enmienda, condenado será con pena temporal y eterna; juzgado, primero, en este siglo, y después en el futuro. Doble será la condena de ellos, doble el golpe que han de recibir, pues tendrán aquí comienzo sus tormentos y será allí la conclusión y el remate de sus penas.

Considera que la mano de Dios te entregó al sufrimiento, y sabe, oh, hombre, que nadie puede serte contrario si Dios no le hubiera dado potestad *para ello*, ni si El no lo permitiera, hubiera podido imponerse a ti tu enemigo.

Todo cuanto te sucede no viene fuera de la voluntad de Dios, y con permisión de El se da a los inicuos ese poder que tienen sobre ti. Sirven al designio de Dios todos tus contrarios. Su *divina* mano te llevó al dolor y quiso afligirte su *santa* indignación. Airado contra ti, quiso que experimentaras todos los males; pues si estás desprovisto de fuerzas, si te afectan las enfermedades de la carne, si eres quebrantado por las debilidades del cuerpo, si eres atormentado por el estímulo de tu molicie, si te sientes sacudido por las pasiones del ánimo, o torturado por la angustia de la mente, o agitado por el impugnador espíritu de la contradicción, todo esto te es impuesto por la divina justicia a causa de tu pecado, y a ti lo aplica por tus culpas el divino juicio.

Tus *propios* delitos excitan la adversidad de las cosas; tus mismas armas son las que contra ti combaten; te traspasan tus saetas y eres herido con tus mismos dardos, ya que lo mismo por que pecaste te atormenta.

Has seguido la *inclinación de la carne*, y con la carne eres castigado; lloras en ella, pues en ella pecaste; se te atormenta en ella, pues, en ella delinquiste; es lo que decreta el suplicio lo que fue causa de pecado, y lloras el tormento allí mismo donde caíste en el vicio.

Investiga, oh, hombre, en tu conciencia; concentra la atención en tu mente; examínate, deja a tu corazón que te hable, y considera tus propios méritos.

Verás que eres acusado justamente, y azotado y juzgado con justo juicio. Justa es la tormenta que te quebranta, y la pena que te oprime,

pues no has hecho nada bueno, recto, razonable, justo, santo; nada hay en ti de santidad, ni de pudor, ni recuerdo de dignidad. Nada hay e ti digno de Dios.

Pecas todos los días; caes a diario; cotidianamente te diriges a lo peor. Ni la vanidad te deja, ni la soberbia se depone, ni se cohíben la hinchazón y la jactancia. Te arrebata el desenfreno de tus deseos; se inflama tu ira; te excita el aplauso y te agita la indignación. Propenso a la ira, te enojas inmoderadamente, y, sobre toda medida, te mueve el furor del ánimo. Has acostumbrado a emular a los buenos, a envidiar las virtudes de los demás y a ser celoso de la felicidad ajena. ¿A quién no has lastimado? ¿A quién no has rebajado? ¿De quién no has oprimido la vida? ¿A quién no has arrojado infamia?

Falaz, inconstante, desleal, avaro, terco, inhumano, estéril e infructuoso... No hay en ti misericordia alguna. Caíste en las concupiscencias todas del siglo; te deslizaste hacia los apetitos todos del mundo, e inflamado estás en el amor terreno. Amontonas cosas perecederas, y no sabe saciarse la sed de tus ansias, envuelto como estás en nuevos pecados, con los que aumentas la vieja maldad con otras nuevas.

Así, no deshaces el delito, lo amplías; y no apagas la llama de tu libidinosa concupiscencia. No te avergüenzas, infeliz, al verte atacado por muchas liviandades. Corruptor sensual, adúltero lujurioso, ¿así perduras en tu sensualidad y perseveras en tu torpeza, te mantienes en tu lujuria y persistes en el amor carnal? ¡Ay! ¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta cuando vas a andar errante? ¿A qué fin te llevará tu desenfrenada lujuria?

Deja, finalmente, de pecar; cesa en tu maldad y cambia ya alguna vez tus malas costumbres en otras buenas. ¿Por qué permaneces en la inmundicia y persistes en la voluntad de pecar? No vagues ya más, miserable, y cambia de lo malo a lo mejor. Pon fin a tu pecado y ley a tu perversidad. Tenga tu culpa límite y término de iniquidad. Considera la magnitud de tus delitos, y, al menos, por azotado, reconoce tus culpas.

El Hombre.– ¡Ay de mí, infeliz y miserable, que no sabía que por mi iniquidad soy castigado! Ignoraba que se me juzga según yo merezco, y tú me manifiestas e indicas y me haces saber que este es el juicio de mi injusticia. Acabo de conocer por ti lo que no sabía; y ahora sé y tengo por cierto, no se me oculta, me es manifiesto y demasiadamente conocido para mí examinado y averiguado, *sin que sea* dudoso, velado ni ya más escondido.

La Razón.– De ahí te viene, hombre, esta calamidad toda, esta acerbidad, esta cruz, la pena y la tristeza. Conocidas te son ya las causas, y que no vienen por casualidad, ni por cualquier accidente, ni por algo fortuito. Esta es enfermedad de la propia culpa, y pesadumbre *ocasionarla* por la propia iniquidad. ¿Creías otra cosa? ¿Pensabas de otra manera? ¿Juzgabas de otro modo? ¿Sentías distintamente? ¿Lo mirabas de modo diverso? ¿Imaginas que sea algo distinto?

El Hombre.– Nada, en verdad; nada, en absoluto; nata totalmente tengo que contradecir. Cedo a la verdad; no puedo negar y confieso que ello es cierto. ¿Quién lo duda? ¿Quién lo discute? ¿Quién lo niega?

La Razón.– Si así es y así piensas, y lo tienes por cierto, y bien pesado y averiguado, despójate de las faltas, apártate de la culpa y del pecado. Huye de la mancha de tus costumbres, del culto del vicio; separa de ti el crimen, la vanidad y la torpeza de vida, acógete a la pureza de conducta y lava las antiguas manchas.

El Hombre.– Dices bien: bien enseñas, instruyes, amonestas, persuades y educas; y yo, por mi parte, deseaba soltarme de la ligadura del mal; apetecía verme apartado de la mala costumbre; anhelaba huir del vicio y del pecado, y buscaba vencer el hábito pernicioso.

Pero, ¡ay!, es difícil vencer una mala costumbre, y apenas se puede destruir un mal hábito. La costumbre repetida se convierte en naturaleza en la que se cambia, igualmente, mi vicio asiduamente tratado; y el ánimo, encerrado en su iniquidad, apenas puede ser apartado de ella, hasta el punto de que creo que en momento alguno hayan dejado de crecer mis pecados. Demasiadamente me envicié, miserable de mí, y me he mancillado con espontáneo intento; me perdí deliberadamente y corrompí todo mi ser por propia voluntad.

Era yo bueno, y espontáneamente me deslicé hacia el pecado; era yo libre, y me he hecho deudor de la muerte por mi voluntad. ¡Infeliz de mí, que con el más completo querer me preparé al pecado, abracé la ocasión de cometerlo, y ahora me veo detenido y encadenado por el hábito de cometerlo, y me encuentro rodeado y envuelto gravemente por los lazos de la mala costumbre!

Con vínculos de necesidad me ha atado el hábito de pecar; quiero apartarme de él, y no puedo. Quiero levantarme y me es imposible ir contra lo acostumbrado. Me arrastra el amor del bien; me retrae la ley de la mala costumbre, la cual ha constituido esa ley y derecho contra mí, y me ha vencido el largo tiempo de mi pecado, endurecido a causa

de mi hábito. Quiero hacer el bien, y mis acostumbrados deseos no me lo permiten.

Sin darme cuenta delinco ya por la asiduidad en el pecado y en él incurro aun cuando, por el uso diario, ya ni lo deseo. Ante la repugnancia de la costumbre carnal me es imposible cumplir con bien alguno.

Intento oponerme al mal hábito, y me veo *más oprimido* y agravado por el deseo de la carne. Me levanta y erige el amor hacia la justicia, y me ata y encadena la asiduidad en el pecado.

La Razón.– Combate contra el mal hábito y oponte con todo valor a la costumbre en el pecado. Vence esa frecuencia carnal aun con dolor y con dificultad.

Proponte la *consideración* del fugo del suplicio venidero contra los ardores presentes de la carne, y excluya la consideración de la llama del infierno los ardores de la lujuria.

Que venza el miedo de un más grave suplicio a la molestia de la fornicación, y otro más fuerte dolor sobrepuje al menor.

Sobrellevarás las cosas más leves si te acuerdas de las más pesadas. Hállese ante tus ojos la imagen del juicio futuro, y prevé cuanto has de sufrir después.

Piensa en la sentencia venidera de Dios; teme el divino juicio que haya de ser sobre ti; aterrorícete el miedo del infierno y el fallo del futuro juicio, apártete de las culpas el miedo de los castigos.

Contempla a toda hora del día el acabamiento de tu vida; ten la muerte ante tu vista y hállese presente a tu mirada la llegada de las tinieblas. Piensa a diario en la muerte, en el fin de tu vida, en lo incierto del día de tu fallecimiento, y cuida de no ser arrebatado repentinamente de *entre los vivos*.

Cada día que pasa te acercas más al último, nos arrebata parte de nuestra vida y nos acerca más al fin. Al andar diariamente el camino de la existencia nos acercanos a prisa a la muerte, tendemos hacia el final y nos aproximamos al término en cada momento que pasa.

No sabemos qué nos puede suceder hoy, ni cuándo haya de llegar el acabarse nuestros días; ignoramos si la muerte ha de reclamar nuestra alma en esta noche, pues nos es desconocido nuestro final e incierta la noticia de nuestra marcha *de este mundo*. Imprevisto ha de ser nuestro encuentro con la muerte; impensado es para todos tal suceso y tal fin. Llega la muerte mientras no lo esperamos; cuando menos juzgábamos, *que sería*, somos arrebatados, y, sin saber cómo,

desaparecemos repentinamente. Temanos no nos asalte aquel día como un ladrón, y no venga sobre nosotros, cuando no lo esperamos, el vendaval del juicio de Dios; no nos arrebate una repentina destrucción, ni se apodere de nosotros, sin que nos demos cuenta, tal calamidad.

El mismo aliento que inflama para pecar acaba muchas veces con el que peca; y lo mismo que a los vivos enardece, devora a los que mueren; y arrastra hacia los tormentos aquello mismo que a los vicios lleva e inclina.

¡A cuántos derribó la imprevista calamidad de la muerte! ¡A cuántos arrebató inopinado fin! ¡Cuántos desaparecen de súbito, y cuando menos lo imaginaban, son arrebatados, arrastrados a la muerte y conducidos al lugar de los eternos suplicios!

Aprende, pues, a temer de la ajena desgracia. Ten presente, para tu temor, el daño de los demás, y evita el hoyo en el que has visto caer a otro, y teme no se reproduzcan en ti desgracias ajenas. Que sea tu peligro lo a otros sucedido; tu enmienda, la muerte de ellos; tu seguridad, su perdición.

Aléjete del pecado la destrucción de los impíos. Apártete de él la pena de los que perecen; que te corrija el fin de los malvados y te lleve a penitencia la desgracia de los réprobos. Así aproveche el castigo de los inicuos para tu salud.

Enmienda el mal que has hecho, mientras puedas; en cuanto te sea posible, huye del vicio y del pecado; clama, mientras tienes tiempo, y llora ahora que tienes espacio. Apresúrate a arrenpentirte ya que tienes facultad para ello; duélete, mientras tu alma se encuentra todavía en el cuerpo; busca, cuando todavía vives, tu futuro inmediato, antes de que se anticipe el día de tu muerte, antes de que el abismo te trague, antes de que te arrastre el infierno en el que no habrá y lugar a indulgencia, ni libertad para penitencia, ni facultad para enmienda, ni recurso a confesión ni logro de perdón.

El Hombre.– Verdad es cuanto dices y hablas; das a conocer lo que es oportuno y enseñas lo que más me conviene. Nada me parece mejor, ni más agradable; más grato y aceptable, ni que más deleite o favorezca.

Eso busco y sé, eso he conocido y aprendido. Eso indago, quiero saber y deseo ardientemente conocer; si hay esperanza en la confesión; si hay confianza, si hay remisión, si hay perdón, si hay gracia, y si se da lugar de volver a la justicia por el *camino* de la penitencia.

La Razón.– Todo eso es así, y lo es con certeza, derechamente, lejos de toda duda y con toda verdad. La confesión sana y justifica, proporciona el perdón del pecado, y consiste en ella toda esperanza y la ocasión de misericordia.

Cree, pues, con toda certidumbre, sin que en ello dudes ni vaciles, y de ningún modo desesperes de la misericordia de Dios. Espera en la confesión; ten en ella confianza, y si te vuelves mejor, no desesperes de alcanzar el remedio de sanidad ni de salud, pues quien desespera de alcanzar perdón de sus pecados se condena más por su desesperación que por el pecado cometido.

Aumenta la desesperación el pecado, y es peor que cualquiera clase de ellos. Corrígete, pues, y enmiéndate, y abriga esperanza de indulgencia.

Abandona *el camino de la* injusticia y espera la vida; depón la iniquidad y espera la salud. No hay culpa que no tenga perdón, por grave que sea. Al pecador, al criminal y al malvado, aunque mucho lo sean, aunque se hallen oprimidos y cubiertos con infinitos y nefandos crímenes, no se niega lugar a penitencia, y al penitente fácilmente llega en ayuda la clemencia divina y se le proporciona el perdón por su dolor y se borran por la penitencia los delitos todos.

El Hombre.– ¡Ay, miserable de mí! Había perdido mi esperanza y toda confianza; había desconfiado en mi ánimo totalmente quebrantado, el cual casi había caído en la desesperación. He vuelto ya a la esperanza; he recobrado la confianza y la tengo ya de perdón; no desespero de la piedad de Dios ni dudo de su bondad, *por la que* habitaré en esa esperanza, a la que me levantó su piedad al dármela de vida por medio de la penitencia.

Y si El, pues, me mirase y viniese en mi auxilio, si me ayudase a cumplir lo que deseo, he resuelto el hacerlo; yo, por mi parte, lo he determinado, como fijo y ya está en mi ánimo, sin que de éste pueda arrancarse, *mi decisión.*

La Razón.– Dios te dé lo que deseas, favorezca a tus votos, te haga conseguidor de ellos, los ayude, los confirme, te conceda lo que *con ellos* eliges y perfeccione tu voluntad en el bien. Quiera Dios acceder a ellos y que lo hagas todo siéndote El propicio.

Obra, mientras se te permite todavía, mientras se retarda tu muerte. Si, pues, lo has decidido, en tu corazón y en tu voluntad, en tu voto, ánimo y deseo, ruega, pide, implora, no calles, prorrumpe en voces, clama fuertemente, llora tus iniquidades, deplora tus maldades, todo cuanto has hecho depravadamente; bórralo todo con llanto, lava

con lágrimas cuanto has hecho ilícitamente: que las maldades suelen deshacerse con los gemidos, por lo que debes recordar tus pecados llorando. Entrégate al dolor de tu delito, reconoce llorando tu castigo, *hasta que* te laven tus lamentos de penitencia, *hasta que* te bañe la onda de tu aflicción y te obligue a golpear tu pecho el abundante río de las lágrimas.

El Hombre.– ¡Ay de mí, alma infeliz! ¿Qué será lo primero por que he de llorar entre tantos pecados y crímenes, entre tantas iniquidades? ¿Qué será lo primero por que he de lamentar y de golpear mi pecho? ¿Cuántas lágrimas he de derramar?

No basta la memoria para reproducir las acciones de tantos crímenes. Los pecados, además, me han quitado todo sentido de dolor; mis lágrimas se han congelado con el embotamiento del corazón y el ánimo se siente yerto, sin compungirse con aflicción alguna. Pasmada se ha vuelto mi alma y se ha hecho entontecida.

¿Dónde os habéis retirado, lágrimas mías? ¿Dónde estáis, fuentes de mi llanto? ¿Dónde la ola de mi aflicción? ¿Dónde mis lamentos? Volved, lágrimas mías. Moveos, las fuentes de ellas. Regadme con llanto, corred sobre mi rostro, humedeced mis quijadas y mojad mis mejillas. Dadme llanto amargo, porque he sido de todos el que más pesadamente he caído y el que más malamente me he precipitado.

Yo soy el que con mil maldades he sobrepujado los crímenes de los impíos todos, y apenas bastarán los tormentos del tártaro. No hay pecado mayor que mi pecado, ni iniquidad superior a la mía, pues me juzgo el más inicuo de los delincuentes. Nadie parece malo en comparación de mí.

Justamente pago el castigo de mi debida miseria y soy triturado con tantos suplicios, pues por mi delito han sobrevenido mis males todos. Dios me aflige, justamente y con correspondencia conveniente compensa mis hechos su juicio, aunque menos se me da de lo que yo he merecido por mi falta, y es aquella compensación menor que mis pecados. Más ligera que estos es la pena de mi condenación. Más grave es la culpa que he admitido, y más llevadero el castigo que *por ella* he de soportar. Mido el mal que he hecho: no lo iguala el que sufro, el cual pesa mucho menos que mis pecados.

Otra es la cosa que me aflige y más me contrista y perturba y aterroriza, en comparación de la cual no hay mal ni castigo: algo que supera todo suplicio y aventaja a toda tortura y excede a todo mal.

La Razón.– Alma, ¿qué es lo que mucho temes? ¿Cuál es ese

miedo que más te domina? ¿Qué es lo que más llenamente te lleva a la tristeza? ¿Qué te hace temblar más? ¿Por qué sientes más pavor? ¿qué temes más?

El Hombre.– Temo el día del juicio, día de tinieblas, nebuloso, amargo y duro. Considero, ciertamente, el mal que ahora soporto; pero temo más el que falta *por sufrir*.

Me duelo de lo que en esta vida sufro; pero temo mucho no vaya a sufrir después de ella cosas más graves.

Y aunque ya soporte la sentencia en la pena, tiemblo los tormentos del infierno por la culpa. Me desgarra el presente castigo; pero más me conturba el que ha de venir. Pesado es lo que sufro, más pesado lo que temo sea perpetuo. Me duelen mis penas presentes: pero gimo angustiado por las futuras.

¡Oh, Dios mío!, socórreme antes de que muera, antes de que se anticipe la muerte, antes de que el averno me arrebate, antes de que la llama me abrase y me rodeen las tinieblas. Auxíliame antes de que me apresure hacia los tormentos, antes de que sea devorado por el fuego del infierno y atormentado sin fin, pues como reo me espanta el temor de tu juicio, y tiemblo ante tu ira por el pavor de mi pecado, y, agitado en mi conciencia, tengo miedo de tu investigación por la enormidad de mi maldad.

Si apenas el justo será salvo, ¿qué será de mí, impío? ¿Qué haré cuando llegue la hora del espanto del tremendo juicio? ¿Qué responderé al examen del mismo? ¿Qué diré al ser presentado ante el Tribunal de Cristo?

¡Ay del día aquel cuando pequé, cuando falté a la ley y experimenté el mal! ¡Ojalá no hubiera lucido, ni alboreado, ni brillado para mí! Día detestable, abominable, que no debiera mencionarse, el que me trajo a este mundo, me abrió el encierro del parto y me franqueó la puerta de mi nacimiento.

Cámbiese la luz de aquel día en tinieblas; lo ponga en confusión la oscuridad; lo cubra eterna ceguera; pierda su situación en el tiempo; se extinga toda su memoria, y no sea digno de recuerdo en siglo alguno.

Mejor hubiera sido para mí no haber nacido, ni sido engendrado, ni procreado en este siglo que sufrir eternos tormentos.

Lloren sobre mí los cielos y la tierra, todas las criaturas, los elementos todos y todo linaje, y hagan su lamento con cuanto sentimiento de vida les sea posible.

Pequé, pues, cruelmente; caí fuertemente; me precipité pesadamente y di miserablemente en tierra.

No hay pecado con cuya inmundicia no aparezca yo manchado; no hay enfermedad de vicio cuyo contagio no haya contraído; no existe sentina de suciedad que no haya hecho inundación sobre mí, miserable. Y así, ignominioso, malvado, cubierto de toda torpeza, he frecuentado veces innumerables la desvergüenza de toda fealdad.

He prometido ampliamente vivir bien: nunca he cumplido lo que había ofrecido. Volví siempre a mi pecado; reiteré mis delitos y añadí a las primeras otras peores maldades. Jamás mudé mis costumbres en mejor, ni me aparté de mis malos hechos.

Mancillé a muchos al perderme yo y les incliné a la iniquidad con mis depravadas costumbres, con lo que muchas almas perecieron por mi maldad y fueron muchos derribados por los ejemplos de mi vida. Fui para ellos causa de mal y fue su propósito viciado por mí y deshecho el nombre de santidad.

Rogad por mí al Señor, todos los varones santos; impetrad en mi favor, multitud de los justos; implorad para mí, coro de elegidos, por si acaso se compadezca de mí el Señor y me reciba, borre mi pecado, haga desaparecer mi iniquidad y me conceda su misericordia, porque se ha airado sobre mí grandemente; colmó sobre mí su furor; derramó la ira de su indignación, e hincharon sus aborrecimientos por la multiplicación de mis prevaricaciones.

¡Ay de mí, que soy consumido! ¡Ay de mí, que desfallece mi ánimo, afligido con tristeza, contristado con dolor, debilitado con gemidos!

¿Quién se compadecerá de ti, alma mía? ¿Quién te consolará? ¿Quién se lamentará por ti? Grande como el mar es tu tribulación, tu aflicción como el encrespado océano y como la ola hinchada tu dolor.

¿Qué tempestad no se ha precipitado sobre ti? ¿Qué tormentas no te acosaron? Ríos de molestias y turbulentísimas borrascas estallaron sobre tu cabeza, y llena te ves de angustia, de miserias, de oleaje y de infortunios, pobre alma mía.

¿Dónde estás, custodio de los hombres? ¿Dónde, redentor de las almas? ¿Dónde, el pastor? ¿Por qué me has despreciado? ¿Por qué separaste de mí tu rostro? ¿Por qué, consolador de mi alma, te has apartado de mí?

Vuélvete, Dios mío; no me olvides en mi fin, no me abandones perpetuamente, ni me dejes en poder de los demonios para mi perdición.

Aunque mi ofensa haya sido grave, tú, clemente, piadoso y de mucha compasión, a nadie abandonas, ni desprecias, ni detestas; a nadie apartas de misericordia, sino que ofreces largamente tu clemencia.

A los pecadores esperas para que vuelvan. ¡Cuántos malvados, cuántos entregados a lujuria, cuántos hartos de las concupiscencias del siglo llegaron al perdón por tu bondad! Perdonaste graciosamente sus pecados a muchos no merecedores.

Muestra, pues, tu clemencia hacia mí; manifiéstense tu perdón y tu indulgencia; no niegues a mí solo lo que a tantos has concedido.

No disculpo mis maldades ni excuso mis pecados, pues me desagrada cuanto hice y cuanto falté. Declaro mi ofensa, confieso mi error, reconozco mi culpa y levanto la voz de esta confesión mía.

Recibe, Señor, el clamor del que confiesa su *pecado*, y escucha la voz del pecador que ruega y a Ti llama. Pequé, Señor; compadécete de mí y seme propicio. Perdona tanta maldad mía, no mires mis pecados, sé indulgente para mis faltas y borre tu gracia mis culpas. Sana mi alma, pues pequé contra Ti.

¿Quién se sostendrá si has de recordar las iniquidades? Si Tú examinas, ni la justicia del justo es segura.

¿Quién será el que se atreva a llamarse simpecado? ¿Quién, en tu presencia, presumirá de justicia en lo más mínimo? No hay quien esté libre de pecado, ni limpio de delitos, ni aun entre los santos, hay quien *pueda parecer* inmaculado.

No fueron firmes los mismos que sirvieron a Dios, y hasta en los ángeles se pudo hallar maldad. Impuros son los astros en tu presencia, y no son limpios los cielos ante tu vista. ¡Cuánto más abominable apareceré yo y como podredumbre, hijo de hombre, vil gusano, que he agotado ríos de pecado, y bebido la iniquidad como agua; yo, que vivo en polvo y habito en casa de barro y tengo fundamento de tierra!

Acuérdate, Señor, de cuál es mi sustancia, de que soy tierra, polvo y ceniza, y extiende tu diestra a la obra de tus manos. Mira por el bien de esta enferma materia; socorre a la carnal fragilidad y a esta débil condición. Aparezca el retorno de la salud y séante manifiestas mis heridas.

Ves mi enfermedad y cuánto estoy herido y enfermo; dame, pues, la medicina con la que sea salvo. Emplea el medicamento que me cure, restaura al manchado por los vicios y reforma al corrompido por el pecado. Apaga en mí la llama de la concupiscencia. Haz que no

penetren en mi interior los dardos encendidos del diablo y que no se inflamen más contra mí.

Bien conoces las tentaciones que soporto y las turbaciones que sufro, las tempestades que resisto, dónde he caído, a dónde he descendido, y hasta dónde me he hundido.

Incurrí en la ruina por mi negligencia, fui derribado en abismo de torpeza por mi falta de cautela, caí en el cieno de infamias y bajé hasta lo profundo de los males.

Saca, pues mi alma cautiva de los infiernos; líbrame del insufrible abismo. No se cierre sobre mí, no me impida la salida.

He aquí que es ya inminente el día tremendo y se avecina la última hora y está cercano el límite de la vida. Nada me resta ya sino el túmulo y la sepultura. Perdóname antes de que me vaya y límpiame de iniquidad antes de que salga de esta vida. Desata los lazos de mis pecados antes de que yo muera.

La Razón.– Me han conmovido tus lágrimas e impresionado tu llanto, y reclama *igualmente* las mías tu lamentación que me entristece. Me obligas a llorar con tu lamento, y me mueves a ello. Lágrimas derramo al escuchar tu duelo y en ellas me deshago ante tu queja.

Dios te dé su venia y conozca tus culpas para perdonártelas. Separe Dios de ti tus pecados y los aparte, desatándote de ellos; purifique las manchas de tus crímenes y te limpie de toda corrupción. El te libre de la proximidad del pecado.

Obra ya, pues, como conviene, y como es decoroso, digno, prudente y justo. Haz propósito de no pecar más y determina no faltar. Guárdate de volver a tus culpas y de repetir tus maldades. No llames al vicio desde que de él te quitaste; no renueves lo en que faltaste, ni vuelvas al mal pasado. No peques de nuevo después de la caída, ni te mancilles después de tu lamento, ni cometas otras vez los llorados delitos. No hagas de nuevo lo que vuelvas a llorar, ni quieras repetir la culpa por la que pides perdón, pues vana es la penitencia a la que mancha una falta siguiente; más tardíamente sana la herida que se renueva, y el que frecuentemente peca y llora apenas merece venia.

Nada aprovechan los lamentos cuando se doblan los pecados, ni vale pedir perdón de ellos y cometerlos de nuevo.

Persiste pues, en tu confesión y confírmate fuertemente en la penitencia. No abandones la buena vida que has comenzado y conserva continuamente el propósito de ella.

Serás feliz si permaneces y perseveras; será perfecta tu obra si

continúas hasta el fin. A los que perseveran se promete la salvación y a ellos se da el premio. Bienaventurados los que guardan la ley y obran la justicia en todo tiempo.

No es bienaventurado quien hace el bien, sino el que hace incesantemente el bien. Y el que perseverare hasta el fin, ése será salvo.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

DE LOS SINONIMOS EN LA LAMENTACION DEL ALMA PECADORA

LIBRO SEGUNDO

(Continúa el diálogo entre la RAZÓN y el HOMBRE.)

EL HOMBRE.– Te ruego, oh alma, te pido, suplico e imploro, que nada hagas ligeramente, ni te conduzcas en algo con inconsideración, ni obres con temeridad cosa alguna, no vaya a ser que el mal se repita, o renazca el pecado, o torne la iniquidad, o vuelva corriendo la malicia, o surja otra vez la corrupción, o tome la injusticia nuevas fuerzas.

LA RAZÓN.– Conócete a ti mismo, hombre: quién seas, por qué has tenido principio, por qué hayas nacido y para qué hayas sido engendrado, por qué causa hayas sido hecho, en qué condición producido y por qué se te ha procreado en este siglo.

Acuérdate de tu estado y guarda el orden de tu naturaleza. Sé como hayas sido hecho, como te hizo Dios, como te formó el Hacedor y como te instituyó el Creador.

Guarda, ten y custodia fe recta, sincera y pura que permanezca firme en ti y sea de no viciada manifestación.

No te engañe doctrina alguna necia, ni te corrompa religión alguna perversa, ni malignidad alguna te separe de esa fe. No hables de Cristo temerariamente, ni sientas de Dios algo malo o impío, ni ofendas su amor con juicio perverso.

Sé justo en la fe y ten en ella constancia *junto con* santa conversación. No niegues con tus obras la fe que invocas; abstente de lo que no permite la ley y guárdate de todas aquellas cosas que la Escritura prohíbe.

Perfecto en la fe, no faltes en la obra. No manches esa fe viviendo torpemente, ni corrompas su integridad con malas costumbres.

Nada hagas contra el precepto de Dios. Vive en el bien, sin mal alguno agregado. No contagie mala conversación las buenas costumbres, ni inficcionen torcidos hechos las rectas obras. No juntes el vicio a la virtud, ni añadas al bien el mal, que esta mezcla de uno y otro contamina muchísimos bienes. A muchos de éstos echa a perder un solo mal. Sabe que el que peca en uno se halla dominado por todos los vicios, y que por un solo pecado perecen muchas justicias y que mucho bien se destruye por un solo mal.

No inclines tu ánimo hacia aquello con lo que se deleita el cuerpo, ni des tu consentimiento a la carnal satisfacción. No entregues tu alma al poder de la carne, y pon a la mente freno contra el apetito de ella.

Investiga todos los días en tu corazón y examina cotidianamente en él; escudriña con particular examen los escondrijos de tus reconditeces.

Guarda tu alma de dañoso pensamiento y que ninguno torpe asalte furtivo tu mente; antes distingue bien todos ellos *para saber* qué evites y qué hagas.

Purifica de pecado tu conciencia. Sea tu ánimo limpiado de toda mancha y aparezca tu mente pura, sin que en ella asiente inmundicia alguna. Ahuyenta de ti el vicio de tal manera que en ti no quede ni el deseo de él.

Sabe que has de ser juzgado hasta de tus pensamientos, que Dios juzga las conciencias y examina no sólo la carne, sino la mente.

Cuando algún pensamiento te provoque blandamente no consientas en él, ni le atiendas cuando te sugiera algo ilícito. Desprecia *esa* primera sugestión del pecado y no la consientas permanecer en tu corazón. Arrójala en cualquier hora que venga y aplástala como si hubiera aparecido un escorpión. Pisa la cabeza de la serpiente, sofoca el comienzo de la desordenada sugestión. Corrige la culpa allí donde nace; resiste a su comienzo y evitarás todo lo demás, y vencerás si combates contra el principio del pensamiento. Aleja el apuntar del mismo y todo será dominado. Si arrojas del corazón el pensamiento, no se traducirá en la obra; si no consientes en aquél, resistirás a ésta prontamente, porque a quien no arrastra el deleite, no rinde el consentimiento, pues no puede ser corrompido el cuerpo si antes no lo ha sido el ánimo, ya que, cuando éste vacila, al punto se halla la carne preparada para pecar. Precede el espíritu a la carne en el crimen, y no puede ésta hacer sino lo que aquél quiere. Limpia, pues, tu alma de pensamientos y no pecará la carne, ni te vencerá, si tú no quieres.

(AVISOS DE LA RAZON)

DE LA FORNICACION

Oye, alma, lo que hablo; escucha lo que digo y atiende a lo que te aviso: No te ensucies con inmundicia alguna, ni te manches con liviandad.

Aléjate de toda depravación de la carne y apártate de toda corrupción de ella. No se robustezca en ti la lujuria, ni te venza la sensualidad.

Guarda tu cuerpo de la fornicación. No te inficcione pensamiento carnal alguno, y cree que ser contaminado por la fornicación es peor que todo pecado. Grande es el de la fornicación y excede a todo mal; al de la muerte *misma*, pues mejor es morir que mancharse con sensualidad, y preferible es la muerte a perder el alma por la incontinencia.

La continencia acerca el hombre a Dios, y donde ella se encuentre, allí Dios permanece.

DE LA CASTIDAD

La castidad acerca el hombre al cielo, y a él lo lleva, pues a ella se promete el reino de los cielos, cuya *posesión* y herencia hace tener a la mano.

Pero la sensualidad hunde al hombre en el infierno, a él le envía y a las penas del mismo. Por lo cual, si todavía sientes las molestias de la carne; si te ves herido por su aguijón; si te toca la sugestión de la sensualidad si tu ánimo se afecta aún blandamente con el recuerdo de la fornicación; si te combate todavía la carne y te tienta la lujuria y te

invita el deseo, coloca ante ti la memoria de la muerte, proponte el día de tu fallecimiento y llama ante tus ojos, el final de tu vida. Piensa en el futuro juicio, en los tormentos venideros, en los suplicios, y represéntate aquellos perpetuos fuegos y las penas horribles del infierno.

DE LA ORACION

Ora sin cesar y continuamente: ruega a Dios de día y noche, y sea tu oración constante, repetida; sean frecuentes y no falten las armas de la oración. Insiste en ella una y otra vez, apóyate en ella con asiduidad.

Gime siempre y llora. Levántate de noche a tus preces. Vela y reza; pasa tu noche en plegarias y en preces y dedícate a vigilias nocturnas. Vuelve a orar apenas hayas cerrado tus ojos un poco; porque la oración frecuente desvía los dardos del diablo y vence sus armas la oración continua. Esa es la primera fuerza contra el asalto de las tentaciones, el arma principal contra los intentos de los enemigos.

La frecuencia en las plegarias arroja los espíritus inmundos, y la constancia en la oración triunfa de ellos. Con ella son los demonios vencidos y derrotados, y es la que prevalece contra todo mal.

DEL AYUNO

Quita, también, la hartura de comida; castiga tu cuerpo con la privación y los ayunos. Complácete con la abstinencia, lleva pálido el rostro y sostén la flacura del cuerpo. Ten hambre y sed; prívate y queda enjuto; no puedes vencer tus tentaciones si no eres enseñado con los ayunos, pues crece la sensualidad con los manjares, suscita lujuria la saciedad de alimentos, y la tentación de la carne aumenta con el vicio de la voracidad, porque está la liviandad unida siempre a la hartura.

Por el contrario, con ayuno se restringe la sensualidad, y con él se vence la lujuria, la cual no priva, una vez quitada la hartura.

Domina la carne la abstinencia y frena a la lujuria, quebranta el ímpetu de la liviandad y deshace la fuerza de ella. Destruyen la sed y el hambre la lujuria de la carne y vencen su lascivia.

También la mente se carga con el vino, el cual es ponzoña en el

ánimo. Con él se excita la lujuria y se alimenta el fomento de la liviandad. Al henchirse de vino las venas propágase en los miembros de lujuria, de la que es la bebida instrumento. Crece el incendio más y más si se añade materia al fuego y con ella se aumenta la llama.

DE LAS MIRADAS Y DEL OCIO

Son, igualmente, los ojos los primeros dardos de la sensualidad, y es la vista la primera *causa* de la concupiscencia de la mujer, pues por medio de los ojos es cautivada la mente.

Envían las miradas dardos de amor, y nutren la liviandad del apetito: seducen la mente, la provocan con blandura y hieren el corazón.

Aparta, pues, la mirada; reprime tus ojos del atrevimiento y no los detengas en la representación de la carne. En ninguna te fijes para desearla ardientemente, ni pares en ella tus miradas para apetecerla.

Quita la ocasión del pecado, retira la materia de delinquir. Si quieres permanecer seguro de la fornicación sé discreto en el cuerpo y en el mirar, pues con aquél te alejas, al separarte, de la intención de pecar.

No estarás ileso mucho tiempo si permaneces junto a la serpiente. Si te detienes junto al fuego, pronto será derretido, aunque seas de hierro.

No te verás muy seguro cerca del riesgo, pues pronto peca el hombre a causa de su presencia cerca del peligro. Frecuentemente enreda a muchos la familiaridad, y es la ocasión la que produce a menudo el deseo de pecar; y a aquellos con quienes no pudo la voluntad, derriba no pocas veces la asiduidad continua. Pronta y disimuladamente arreata la lujuria al que se entrega a la ociosidad; presto ocupa al que está vacante. Más gravemente abrasa la liviandad al que encuentra ocioso. Huye la sensualidad de las ocupaciones, del trabajo, de la diligencia, y de la labor, los cuales con frecuencia triunfan de ella, pues el cuerpo cansado se deleita menos con la torpeza.

Por lo cual, guárdate del ocio; no lo ames, ni pases en él tu vida. Cansa el cuerpo con trabajos; ejercítate en la ocupación de cualquier obra; busca alguna útil para ti, en la que se fije la intención del ánimo. Junto con ella dedícate a la lectura, ocúpate en la ley de Dios y en la meditación de las Escrituras. Frecuenta los libros divinos; sea asidua

y constante tu lectura y cotidiana la meditación de la ley. Quita la lectura su error a la vida; separa de la vanidad del mundo y se aumentan con ella la percepción y la inteligencia, porque enseña lo que debes evitar, y muestra a dónde has de tender. A muchos aprovechas cuando lees, si haces lo que lees, sobre todo.

DE LA HUMILDAD

Sé humilde y fundado en la humildad Sé el último y menor de todos. Hazte el más pequeño por la humildad; no te antepongas ni te tengas por superior a nadie, piensa que todos son superiores a ti y que tú eres el ínfimo y el más pequeño de todos.

Aunque seas elevado, ten humildad y encontrarás gloria; pues cuanto más humilde fueres, tanto más elevación de gloria te ha de seguir.

Guárdate de la jactancia y del deseo de ostentación. Huye del apetito de vanagloria. No te engrías, ni te jactes ni te levantes insolentemente. No extiendas las alas de la soberbia, ni alces vuelos de grandeza.

No presumas de ti, ni te atribuyas nada bueno, ni te ensoberbezcas con exageración por la virtud de tu justicia, ni te ensalces, ni te glories por los buenos hechos.

Baja, para que subas; humíllate para que seas ensalzado, para que no seas humillado si te ensalzas; pues es derribado y rebajado el que se levanta. El que se eleva y se exalta es abatido; el que se hincha es estrellado, y es peor la caída desde lo más alto y mayor la ruina desde lo más elevado.

Pues la soberbia es el principio de pecado. Ella dio en tierra con el ángel. La hinchazón disolvió los reinos; derribó el orgullo a los encumbrados y la arrogancia a los grandes y esclarecidos.

Pero la humildad no sabe de caída, ni conoció tropiezo, ni incurrió en desastre, ni sufrió engaño.

Sabe, hombre, que Dios vino humilde y se empequeñeció en forma de siervo, hecho obediente hasta la muerte. Camina como El caminó; imita su ejemplo, sigue sus huellas.

Hazte vil, abyecto y despreciable; siente menosprecio y desagrado hacia ti mismo. Pues quien se tiene por vil, grande es cerca de Dios; quien por desagradable, a Dios agrada. Hazte, pues, pequeño a tus

propios ojos, para que seas grande a los de Dios, ante el cual tanto más precioso aparecerás cuanto ante ti mismo te hagas más despreciable.

Lleva en tu rostro el rubor *causado* por el recuerdo de tu delito y la confusión del cometido pecado, al recordar la cual avergüénzate de levantar los ojos. Camina con semblante sumiso, con faz abatida, con caído rostro, golpeado el corazón, triste el vestido, envuelto en saco, y cubierto el cuerpo con cilicio. Este y la ceniza rodeen los cansados miembros; cúbralos el saco escuálidos y consumidos, y, triste el hábito envuelva los macerados miembros.

SE HAN DE LLORAR LOS PECADOS INCESANTEMENTE

Lugar de retiro sea para ti siempre la tierra y sitio para postrarte. Pues polvo y ceniza eres, sienta en el polvo y en la ceniza, siempre llorando y siempre triste, gimiendo y lanzando suspiros del corazón. Sean en él la compunción y en tu pecho frecuentes quejidos, y broten lágrimas continuas de tus ojos.

Está preparado para las lágrimas; ámalas y tenlas siempre por dulces; séante, igualmente, deleitables los golpes de pecho y el dolor. Ten siempre sentimiento y pesar y nunca abandones éste ni el llanto.

Muéstrate tan presto a lamentarte cuanto fuiste inclinado a la culpa; cual fue tu intención al pecar, sea tu devoción al arrepentimiento. Del mismo modo que te apartaste al abismo, así sal de él. Debe ser la medicina proporcionada según la enfermedad, y cual sea la herida, así deben aplicarse los remedios.

Grandes lamentos corresponden a grandes pecados. Nada te haga verte seguro de éstos. No te halague engaño alguno de seguridad, ni te haga suspender tu intención de penitencia.

Asienta incesantemente en tu corazón la esperanza y el temor, y sean en ti en forma igual el mido y la confianza, la esperanza y la inseguridad.

Espera la misericordia de modo que temas la justicia, y te aliente la esperanza del perdón de manera que te aflija el miedo del infierno.

DEL TEMOR

El temor enmienda siempre; aleja el pecado, reprime el vicio, hace al hombre cauto y solícito. Donde no hay temor existe la disolución de la vida, la perdición de muerte y abundancia de maldades.

No te entristezcas en tu enfermedad, y da gracias a Dios en tus debilidades. Desea más hallarte bien de ánimo que de cuerpo, más de la mente que de la carne.

Los recuerdos del alma son contrarios, a los del cuerpo. El dolor hiere la carne, pero cura la mente. La debilidad reduce los vicios y las fuerzas de la sensualidad.

Si te sonríe la prosperidad, no te engrías; si sobreviene la adversidad, no desmayes. No te jactes si luce la felicidad; no seas pusilánime si sucediese la calamidad.

Ten moderación en lo próspero y paciencia en lo adverso. Sabe que se te prueba en el dolor, para que no seas quebrantado, y en la prosperidad, para que no te exaltes. Guarda, pues, ecuanimidad en todo. No se inmute tu mente por el gozo ni por la tristeza; sopórtalo todo con igualdad y no cambies por novedad alguna.

DEL CUIDADO Y DE LA SOLICITUD

Ningún suceso te encuentre no preparado, o no sea prevenido por tu meditación. Piensa que nada hay que pueda no suceder, y reflexiona siempre sobre las futuras miserias.

Medita en las cosas favorables cómo has de soportas las adversas, y piensa que te pueda sobrevenir alguna de éstas. De sabios es prever el daño del peligro.

Todo lo previsto se hace más llevadero y se reciben con mayor resignación los males que se esperan. Cede ante una prudente deliberación la adversidad de un suceso y lo que de antemano se aguarda no admira cuando sucede. Quebranta la reflexión el ímpetu de lo que pueda venir y la premeditación atenúa futuras molestias, pues la previsión dulcifica la llegada de los males; pero el daño inopinado e imprevisto hiere más fuertemente.

Amargo es el mal en que no se pensó, y más grave aquel en que incurrimos imprevistamente. Nos llega con mayor rigor el golpe de las desgracias repentinas; el daño inesperado destroza más pronto y

aflige con vehemencia mayor; el que es impensado quebranta con mayor fuerza.

La súbita tempestad en el mar despierta el terror y el enemigo imprevisto y no esperado perturba malamente y vence con facilidad. Las cosas repentinas son más serias, y más grave lo que de pronto ocurre.

Prepara, pues, tu corazón para lo bueno y para lo malo; sobrelleva lo uno y lo otro según venga; soporta lo próspero y lo adverso como se presenten y sustenta con libre ánimo todo lo que sucediere.

DE LA IRA

Si te sobreviene la ira, domínala; si se adueña de ti, suavízala. Templa el furor y la indignación; contén el movimiento del ánimo y refrena el ímpetu de la iracundia.

Modera la ira, si no puedes evitarla; si no puedes declinar el furor, refrénalo, y sé más pronto a recibir una molestia que a proporcionarla. Aprende mejor a sufrir el mal que no a hacerlo; a soportarlo que a devolverlo. Guárdate de ser el vengador de las injurias.

DE LA PACIENCIA

Sé paciente, manso, afable y modesto. Observa la paciencia, la modestia y la mansedumbre. Esfuérzate por conseguirlas y desprecia la afrenta del ultraje recibido.

Elévate desdeñando la irrisión que de ti se haga; destruye los errores de los detractores con disimularlos, y vence las ofensas de los difamadores. Para los dardos de esas ofensas con el escudo de la paciencia; dispón la defensa de la tolerancia contra las palabras ásperas y presenta el broquel de la paciencia contra la espada de la lengua.

Aunque haya quien irrite, incite, exaspere, insulte, provoque, injurie, acuse; aunque desafíe a querella, aunque llame a contienda, aunque profiera insultos y lance injurias y cubra de ofensas; calla, enmudece, disimula, desprecia, no hables, guarda silencio. No respondas a la injuria; no devuelvas el insulto; no repitas la afrenta. Ten paciencia en silencio y vencerás más presto con callar.

DE LA TOLERANCIA

Aprende de Cristo la modestia y la tolerancia; oye a El con atención y no te dolerás de las injurias.

Al padecer por nosotros nos dejó el ejemplo; tundido por los azotes, golpeado con la caña, burlado con salivazos, atravesado por los clavos, coronado de espinas, condenado a la cruz, calló siempre.

Grande virtud es si no ofender a aquel por quien eres ofendido; grande fortaleza, si ofendido, le perdonas; gran gloria si haces gracia al que pudiste dañar. Si te ves insultado, por tus pecados te sucede; si eres afrentado, tus maldades lo hacen. Cree que cuanto te pasa adverso viene por causa de tu iniquidad.

Templa, pues, tu dolor con la consideración de la justicia de que eres objeto. Mejor lo soportarás si comprendes por qué te sobreviene.

Así, pues, cuando se te perjudique, ora; cuando te maldigan, bendice al maldiciente, y opónle tu bendición; suaviza al airado con la paciencia y dulcifica con el halago la ira del violento. Vence la perversidad con la suavidad, la maldad con la bondad; aplaca con toda molestia a los enemigos de la paz, supera el mal de los otros con lo bueno tuyo y sobrelleva con tranquila mente las ofensas que se te hagan.

Deja ver el dolor en el corazón sosegado; que la herida de una injuria, una vez manifiesta, por grave que sea, se evapora, pues consume el ánimo la llaga oculta y cerrada, y cuanto más la guardes más la aumentas. Manifiesta, pues, esto de buen ánimo y no te atormentarás.

DE LA RECONCILIACION

Da satisfacción a tu hermano si en algo le contristares. Arrepiéntete en su presencia si pecares contra él; y si a alguno has ofendido, hazle de nuevo favorable con tu ruego. Corre velozmente hacia la reconciliación por tu ofensa y pide con prontitud la venia necesaria.

No duermas si no has vuelto a la paz; no descanses si no te reconciliaste con tu hermano. Llámale con rapidísimo afecto de dilección; hazle volver a la gracia con humildad; póstrate ante él con voluntad sumisa y con ánimo suplicante pídele perdón.

Otorga de buena gana perdón a quien te lo pide, como tu indulgencia a quien la solicita; despide con dulzura y abraza inmediata-

mente al que se reconcilia *contigo*. Al que vuelve a ti recíbele al punto con benigna caridad. Perdona, para que se te perdone; excusa, para que seas excusado.

No te portes con el que contra ti peca según su culpa, sabiendo que también contra ti se ha de hacer juicio, y *entonces* no se te dará indulgencia si no la diste. Y si él no te suplica, si no pide que se le perdone, si no sufre la humillación del ruego, si no reconoce su pecado por su mala conciencia, tú cede de corazón, perdona de buen ánimo, sé graciosamente indulgente, y concede el perdón por tu propia voluntad.

No guardes dolor en tu corazón, ni lo reproduzcas en tu ánimo: quita de ti la ofensa fraterna y no conserves malestar por la ajena maldad. Porque el odio separa al hombre del reino de Dios, le aleja del cielo, le arroja del paraíso, no se borra con sufrimientos, ni se expía con el martirio, ni desaparece con derramamiento de sangre.

DE LA ENVIDIA

¿Qué diré del fuego de la envidia? Abrasa ésta el germen de toda virtud y destruye con pestífero ardor todo bien. Con ella se daña uno a sí mismo, se muerde y se roe.

Es la envidia la tiña del alma; come el sentimiento, quema el pecho, inquieta el ánimo y destruye el corazón del hombre como peste.

Haga, pues, la bondad frente a los celos; prepárese la caridad contra la envidia. No te duelas del bien de otro, ni te consumas por su provecho, ni te aflijas por su prosperidad, ni te atormentes por causa de la felicidad de nadie, ni te agites con el incentivo de envidia alguna.

DE LA PAZ

Ama, estima la paz y obsérvala con todos. Abraza a todos en mansedumbre y en caridad. Demuestra que amas más que eres amado.

No seas desleal en la paz ni ligero en la amistad. Conserva siempre el vínculo de la constancia. Invita a la paz a los que odian, llama a

unión a los inclinados a discordia, concilia con la paz los corazones de los disidentes.

Ten mansedumbre de mente, benignidad de ánimo. Sé pronto para el afecto, afable en la conversación; habla a todos con agradable benevolencia y no haya palabras de querella que rompan la concordia.

QUE HAY QUE EVITAR LA RIÑA

Huye de los altercados, evita las querellas, guárdate de las competencias y quita toda ocasión de disputa. Desprecia la controversia; vive siempre en paz; no discutas por causa alguna, ni quieras contender en alguna acción.

La disputa exige contradicción, engendra los pleitos, ocasiona riñas, enciendes los fuegos del odio. Extingue, igualmente, la paz del corazón y quebranta la concordia.

Si cae tu enemigo, no te alegres; no te regocijes con la ruina de tu adversario, ni te goces con la destrucción de él, no vayan a sobrevenirte cosas semejantes y aparte Dios su ira de él para convertirla hacia ti. Porque quien se alegra de la desgracia de su enemigo presto cae en ella. Haya, más bien, humano afecto hacia el humillado, y mirada de compasión para el abatido, y duélete con el que esté afligido. Sufre en las ajenas calamidades y llénate de sentimiento con la tristeza de los demás.

No seas duro, ni férreo, ni tengas entrañas de piedra.

Llora la ajena desgracia como tuya y entristécete tú también en la tribulación de los demás. Llora con los que lloran, laméntate con los que se lamentan y únete con afecto de la mente a los que vierten lágrima.

DE LA IMITACION DE LOS BUENOS

En todos tus actos, en todos tus trabajos y en toda tu conversación, imita a los buenos; sigue con noble emulación a los santos; ten sus ejemplos ante tus ojos; mira con atención imitando el ejemplo de los justos.

Propónte, *digo*, el ejemplo de los santos y sean para ti incentivo de enseñanza los deseos de tus mayores. Encamínate a realizar bien

las virtudes de los elegidos y a traducir bien en tu vida las enseñanzas de los justos.

No escandalice a nadie la infamia de tu vida, ni contriste a nadie una mala opinión acerca de ti; aprende a exhalar la fragancia de la buena alabanza; ten buen testimonio *de tu vida*; guarda tu buena fama, sin que la empañe hediondez alguna, ni sea desacreditada por ajenas opiniones, porque esto *último* ocasiona el detrimento del bueno.

Huye de la gloria popular y evita la admiración del vulgo; deja de jactarte a los ojos de los que te adulan y no seas llevado por el viento de la aclamación. Desprecia las admiraciones y la alabanza del aplauso popular.

Aplícate más a ser bueno que a ser visto; no te des por enterado de si alguien te alaba o te vitupera. No te seduzca la alabanza ni te quebrante el vituperio; porque quien no apetece la alabanza no siente la afrenta, y si desprecias aquella, fácilmente rechazarás las críticas.

Por eso no te creas bueno si por tal eres tenido; pregunta a tu conciencia sobre el parecer del dicho ajeno e investiga en ti con tu propio juicio y no con el de los demás. Mídete, no con lo que los otros hablen, sino con tu mente propia; porque nadie puede mejor saber quien tú eres sino tú mismo que te conoces.

¿Qué aprovecha que de ti se diga que eres bueno, si eres malo? ¿Qué alabanza de *hombre* bueno te pertenece si una cosa eres y otra te finges? Por lo cual evita el disimulo y el fingimiento, y no aparentes santidad con tu pobre vestido; sé como quieres ser tenido; demuestra en el vestir y en el portarte lo que profesas.

Haya simplicidad en tus maneras, pureza en tus movimientos, gravedad en tu gesto y honestidad en tu paso. No aparezca nada de vergonzoso ni de lascivia, ni de petulancia, ni de insolencia, ni de ligereza; pues se adivina el alma en el aspecto del cuerpo, el gesto del cual es indicio de la mente y con él se pone el ánimo de manifiesto y se muestra su inclinación.

No tenga, pues, tu modo de comportarte, especie de liviandad, ni ofenda la mirada de los otros; no te ofrezcas en espectáculo a los demás, ni les des motivo de hablar mal acerca de ti.

No te juntes a personas vanas, ni te reúnas con los frívolos; evita los malvados, guárdate de los inicuos, huye de los viciosos y separa de ti a los perezosos.

Huye las multitudes de los hombres, los de aquella edad, princi-

palmente, que más inclinados son a los vicios. Júntate a los buenos, dese la relación con ellos y busca su compañía.

Abrázate apretadamente a los santos; que si fueres compañero de su conversación, lo serás de su virtud; porque será sabio quien con sabios camina, y necio, quien a los necios se agrega, ya que con los semejantes suele juntarse el semejante.

Es muy peligroso pasar la vida con los malos, y en gran manera dañoso el agregarse a aquellos que son de desordenada voluntad; y si a los indignos te asocias, alimentas para ti infamia; porque mejor es tener odio a los malos que buscar su compañía; y así como la vida en común con los santos proporciona muchos bienes, así trae males sin cuento la compañía de los malvados; pues sabe que quien tocare lo inmundo, con ello se contagiará.

Cierra, pues, tus oídos, para que no escuches al malo.

DE LA LENGUA

Rechaza las conversaciones impuras; huye de los dichos deshonestos; ninguna impureza de palabras se insinúe en tus oídos, porque el lenguaje liviano mancha pronto la mente, y con facilidad se hace lo que con gusto se escucha.

No salga de tu boca cosa alguna que pueda ser impedimento; nada que no convenga haga brotar el sonido de tu voz; sino que salga de tus labios lo que no mancille los oídos del que te escuche.

Guárdate de la obscenidad de las palabras y huye la torpeza en el hablar; porque un lenguaje frívolo es indicio de frívola conciencia; y es la lengua la que descubre las costumbres del hombres; pues cual se muestra el lenguaje; así se comprueba la condición del ánimo, ya que de lo que abunda en el corazón habla la boca.

Contén la lengua de toda conversación ociosa e impídela pronunciar palabras inútiles. Evita las hablillas necias y no narres cuentos sin sustancia.

No charles torpe y vanamente y calla aquella expresión que no edifique a quienes la escuchen, pues no quedará sin juicio toda palabra ociosa. Cada uno dará cuenta de sus conversaciones, y todas sus palabras se levantarán ante su rostro. El que no reprime las palabras ociosas pasa pronto a las perjudiciales, y el que desprecia las cosas pequeñas, cae fácilmente en las de mayor importancia; pues una culpa

pequeña engendra una mayor, y paulatinamente crecen los vicios, y así, al no evitar lo poco, vamos a dar en lo grande.

Evita, pues, las cosas pequeñas y no llegarás a las mayores; sepárate de aquellas para que no caigas en lo peor.

Sea todo cuanto hables digno por su gravedad y por su doctrina e irreprensible tu lenguaje, para que aparezca útil a la atención del que te oiga.

Aplícate a decir, no lo que te agrade, sino lo que convenga. Traza *bien* lo que digas y cuanto calles, y sé entendido en el hablar y en el callar. Piensa antes mucho lo que vas a decir, no sea que después no puedas retirarlo, *una vez dicho*. Huye de hablar a la ventura, no te pierda tu lengua. Quita toda ocasión a quien te ponga asechanza y no quede tu boca en descubierto ante los dardos enemigos, ni hables cosa alguna que recoja tu adversario.

Sé amigo del callar; pon guarda a tu boca, coloca un sello en tus labios y sabe poner a tu lengua los cerrojos del silencio; enciérrala, sin dejarle salida alguna, con el reparo de la guarda.

Busca siempre la oportunidad de hablar; trata de hallar el momento de conversar; sabe en cuál has de hablar; considera cuándo hayas de decir.

Habla y calla en tiempo conveniente. Calla hasta que te interroguen; no hables sin que te pregunten, ni antes de oír. Abre tu boca cuando te pidan parecer, y sean pocas tus palabras.

Quita toda verbosidad del lenguaje superfluo; no te excedas en él, no vayas a incurrir en los peligros de la lengua inmoderada. Los largos discursos no evitan la culpa ni se apartan del pecado: *porque* pronto reúne lodos el río desbordado y ocasiona peligro el encrespamiento del mar; como, igualmente, la abundancia de las aguas.

Es ignorante el charlatán, mientras el sabio usa pocas palabras. La ciencia emplea conversaciones breves, pues hay necedad en el mucho hablar y se complace la voz del insipiente en multiplicar las palabras.

Haya, pues, medida en ellas y peso en las conversaciones. Mide tus palabras y no traspases la moderación en el hablar.

QUE HAY QUE EVITAR LA MALEDICENCIA

Corta, igualmente, en tu lengua el vicio de difamar. No desacredites la vida ajena, ni manches tu boca con hablar del mal de los demás.

No infames al que peca, sino conduélete de él y teme, más bien, en ti mismo lo que en él censuras.

Vicio y pecado grave es la detracción, y crimen y condenación *igualmente grave*. Todos la reprenden, la reprueban todos: nada hay más abominable y señal es de suma torpeza.

Costumbre de perros es el desagradar, mostrar la lengua, morder con dientes envenenados, y solamente ellos conocen el ladrar.

Examínate cuando hables mal de otro: cuando le muerdas, pon de manifiesto tus pecados; vuélvete a ellos, si quieres infamarle; y no mires ajenos delitos, sino los propios, ni atiendas a los vicios de los demás sino a los tuyos. Si te considerares bien, no censurarías.

Sé, pues, cuidadoso de corregirte y atento a tu salud y enmienda, sin dar oídos a los maldicientes. No escuches a los murmuradores, pues ellos y los que los escuchan son objeto de igual reato y pesa sobre unos y otros el mismo peligro. El que oye a un difamador y el que difama son juzgados igualmente. No busques enterarte de lo que no te importa, ni desees nunca conocer lo que entre sí hablan los hombres. No investigues que diga o que habla alguno.

Evita la curiosidad; deja la preocupación por la vida ajena y todo cuidado que no pertenezca a tu estado propio. No invada la curiosidad tu ánimo, ni en él se introduzca furtivamente la concupiscencia del detestable deseo de saber, ni, olvidado de tus costumbres, quieras averiguar las de los demás. Más bien corrige tus vicios con tanto cuidado cuanto pones en enterarte de los ajenos.

DE LA MENTIRA

Con gran cuidado huye de todo linaje de mentira; no digas falsedad ni por acaso, ni por estudio.

No te apliques a mentir para aparecer superior, ni con falacia quieras defender la vida de nadie.

Guárdate en todo de la mentira, pues con ella se quita la fe, se introduce el error y se destruye la verdad. No hay mentira que sea justa. Toda mentira es pecado. Es iniquidad lo que de la verdad se aparta.

Las leyes del mundo condenan a los falsarios, castigan a los mentirosos y exterminan a los falaces. Si la mentira se castiga según los hombres, y sufre pena la falacia según el juicio humano, y es afectada

la falsedad con pena capital, ¿cuánto más habrán de serlo ante DIOS, testigo de las palabras, ante el cual ha de dar cada uno cuenta de las que hayan sido ociosas, para sufrir castigo por ellas?

Porque mata al alma la boca que miente, y *se ha dicho*: "Perderás a los que hablan mentira y no quedará impune el falso testigo."

Huye, pues, de la falacia y evita la mentira. Huye de lo falso; habla con sinceridad: nunca mientas; sé veraz y a nadie engañes, ni le lleves al error con tu mentir; ni le envuelvas con palabras, ni con fraude le sorprendas, ni con argumentos de palabras falsas le seduzcas.

No digas uno y hagas otro; no hables uno y guardes otro en tu ánimo. Ofrece tu afecto sin disimulo, y exhibe tu bondad sin fingido adorno.

Ten, igualmente, por prohibido el juramento, y quita la costumbre de protestar con él. Peligroso es jurar; y la frecuencia en hacerlo engendra la costumbre del perjurio al que lleva el hábito de jurar. Diga tu labio: "sí" o "no", pues no necesita de juramento la verdad. Una palabra fiel tiene forma de juramento; sea, pues, firme la fe del tuyo.

QUE SE HA DE CUMPLIR EL VOTO

Haz el bien que prometiste. No seas fácil en palabras y difícil en obras. No prometas con facilidad en la presencia de Dios, ni hagas voto sin consideración de las propias fuerzas, ni ofrezcas lo que no puedes hacer.

De mucho te harás reo para Dios si no cumples lo que hayas ofrecido; pues desagradan a Dios los que no realizan sus votos. Entre los infieles son contados los que no ejecutan lo que prometieron; pues mejorar es no prometer que no verificar la fe de lo prometido; mejor no hacer voto que, después de hecho, no dar lo que se ha ofrecido. Anula la fe empeñada en lo mal prometido; cambia la determinación de una promesa torpe y no hagas lo que incautamente hayas ofrecido; porque es impío aquel ofrecimiento que haya de cumplirse con maldad.

DE DIOS Y DE LA CONCIENCIA

Nada hay oculto ante Dios; por lo que no digas palabra inicua ni aun en lo escondido del corazón, pues no pienses que tal palabra pueda guardarse en el silencio. No se ocultará palabra escondida alguna, y se pondrá de manifiesto cuanto se haga en secreto, y cree que cuanto hagas o digas en lo más recóndito ha de ser puesto a pública luz.

No ocultarán las piedras lo que en complicidad con ellas hayamos hablado; y hasta las mismas paredes no callarán lo que hayan oído. Hablarán las bestias si los hombres guardan silencio.

Por lo cual evita los pecados, porque no puedes ocultarlos. Peca allí donde no sepas que haya Dios; porque nada se cela ante El y ve lo más retirado el que ha hecho lo más escondido. Serás reo ante los divinos juicios, aunque no te vean los ojos humanos.

Dondequiera está Dios presente; todo llena su espíritu; su Majestad penetra todos los elementos, a todo toca la presencia de su poder, y fuera de El no existe lugar alguno. Nada se esconde a su conocimiento; en todo lo secreto irrumpe la fuerza de su virtud; no sufre que haya cosa alguna latente para El ni hay óbice alguno que le impida adentrar en todo. Conoce nuestros pensamientos y sondea nuestro corazón; ve lo que en el interior se trata, lo que allí se guarda y distingue, lo que allí se prepara. Conoce hasta lo que el hombre ignora de sí mismo.

Nadie puede huir de sí mismo, y si la pública fama no te condena, lo hace tu propia conciencia, más grave que la cual no hay pena alguna.

Vive tú bien, si no quieres estar triste; la mente que se encuentra segura soporta fácilmente la tristeza.

La vida buena lleva siempre el gozo consigo; más, por el contrario, la conciencia del que se siente culpable siempre se halla en pena.

Nunca el delincuente se mira seguro y el espíritu de mala conciencia se ve agitado por propio tormento. Si permanecieres en el bien, se alejará de ti la tristeza; si perseverarses en la justicia, no te saldrá al encuentro la melancolía. Ni daño alguno, ni la muerte misma te atemorizará si vivieres bien y piadosamente.

Refiere al Señor tu proyecto y tu obra toda, y pide para todo ello el auxilio de Dios. Atribuye a don del cielo cuanto te dé la gracia divina, y nada a tus merecimientos. No presumas en tu virtud, ni confíes a tu esfuerzo cosa alguna.'

Si quieres aumentar tus virtudes no las exhibas; ocúltalas, en vez de exagerarlas; esconde las buenas acciones en lugar de envanecerte. No quieras aparentar lo que hayas merecido ser y guarda con tu silencio lo que puedas perder al manifestarlo.

Revela, en cambio, los ocultos vicios del corazón, y descubre al punto los malos pensamientos, porque, puesto a la luz, presto cura el pecado, mientras se aumenta el crimen al callarlo y crece la culpa con el silencio. si el vicio se hace patente, de grande se hace pequeño; y si se guarda, agranda en vez de empequeñecer; pues si se oculta, más bien se cree que se hace porque es malo y el mal hay que evitarlo mejor que enmendarlo, y huir el vicio mejor que corregirlo; no vaya a suceder que, si en él incurres, no puedas ya volver atrás.

DE LA BUENA Y DE LA MALA COSTUMBRE

Con dificultad se domina la costumbre. Apenas puede romperse la ligadura de ella, pues lo arraigado durante mucho tiempo puede corregirse muy tardíamente. Piensa mucho sobre una dudosa sentencia; reflexiona mucho sobre un acto; madura tu parecer para que puedas perfeccionarlo; estudia durante mucho tiempo lo que vayas a hacer; experiméntalo largo tiempo, *y después*, obra, y luego de pensarlo detenidamente, haz según lo hayas estudiado.

Nada grande se hace con precipitación y es mejor la tardanza de la reflexión. Mas en cosas ciertas, quítese de ti la tardanza en el bien obrar, deja las dilaciones y nada difieras para el día siguiente, pues es dañosa la detención para las buenas cosas, ya que lo que en ellas conviene impide el diferirlas. No haya, pues en las tales remisas lentitud, ni torpe negligencia.

Sea lejos de ti el vicio de la ociosa pereza, pues los vicios captan pronto a los indolentes. Por causa de la indolencia desaparecen la fuerzas y el ingenio. Ella y la negligencia anulan el ánimo. Se corrompe la naturaleza con la desidia y con ella languidece el ingenio. Vence el entendimiento la indolencia, y el embotamiento extingue la luz de la ciencia; mas la viveza hace mejor la inteligencia, como la empeora el descuido negligente y entorpece la razón la desidia.

Mas la diligencia excita la pereza, y se hace la naturaleza más excelente con la instrucción y más despierto el ingenio con el añadido estudio. Con éste se agudizan los más tardos ingenios, y despierta la destreza al entorpecimiento de la naturaleza.

La constancia rompe la pesadez de la razón, y ésta se perfecciona con el ejercicio, y más se sabe con la experiencia.

Cambia muchas veces la naturaleza con las costumbres y por ellas es vencida frecuentemente, pues la perseverante repetición hace los hábitos. El frecuente uso se cambia en naturaleza y ceden ante él y le obedecen todas las cosas; y todo se hace según costumbre.

Así, lo que habías comenzado con dificultad te harán el uso y el hábito realizarlo con placer.

DE LA SABIDURIA Y DE LA IGNORANCIA

Nada hay mejor que la sabiduría, ni más dulce que la prudencia, ni más suave que la ciencia. Nada hay peor que la necedad, ni más malo que la tontería, ni más torpe que la ignorancia, madre de errores y alimentadora de vicios.

El pecado prevalece más por ignorancia, pues ésta no distingue lo que sea digno de culpa, ni conoce cuando delinque. Así pecan muchos por impericia, y cae con frecuencia el insipiente en el pecado como, igualmente, es engañado con facilidad el indocto.

Pronto el necio se precipita en los vicios, mas el prudente conoce al punto las asechanzas, y distingue los errores con más celeridad.

No evitaremos la culpa sino por medio de la sabiduría. La ciencia se aparta del mal y el sapiente lo examina todo con prudencia, y con su entendimiento, juzga entre lo bueno y lo malo.

Consiste el sumo bien en saber de qué debes guardarte, y la suma miseria en no conocer a donde te diriges. Ama, pues, la sabiduría y se te mostrará; acércate a ella y se aproximará a ti; frecuéntala y te instruirá.

DE LA DOCTRINA

Aprende lo que ignores, para que no seas tenido por maestro inútil. Oye primero y después enseña y recibe nombre de maestro por tu enseñanza. Di el bien que oigas y enseña el bien que aprendas y no desprecies el afán de aprender y el de enseñar. Vierte por la boca la ciencia que por el oído recibes.

Al hacer a los demás partícipes de la sabiduría aumentas para ti el

caudal de ella, porque cuanto más ampliamente se distribuya la ciencia, más abunda. Se hace la sabiduría más caudalosa cuando se distribuye, y se empobrece y empequeñece cuanto se la retiene. Al dar liberalmente la ciencia, rebosa; cuanto más se ofrece, aparece más exuberante.

Precedan, sin embargo, las obras a las palabras. Cumple con la obra lo que digas con la boca y muestra con ejemplos lo que enseñas con palabras, y sé, no solamente maestro de virtud, sino imitador de ella. Si enseñas y haces serás tenido por digno de alabanza, porque no basta alabar lo que digas si no juntas a las palabras los hechos.

En tu enseñanza guarda la moderación para la humana alabanza. Instruye a los demás de modo que te guardes a ti mismo, y enseña de modo que no pierdas la gracia de la humildad. Cuida de que, mientras levantas a otros, al enseñarles, no te hundas tú por el apetito de alabanza.

No seas oscuro en tus palabras cuando enseñes, sino habla de modo que seas entendido y no desagrades con tu discurso a los sencillos, ni ofendas a los prudentes.

Será el discurso del maestro según la inteligencia de los oyentes, y hay que distribuir la enseñanza según las costumbres. Se emplea el remedio según sea la herida, y voluntades distintas requieren distinta instrucción, pues cada uno desea ser instruido de acuerdo con la propia profesión.

Hay que considerar la variedad de las personas y trata del modo como has de amaestrar a cada uno. Muestra a la generalidad las cosas comunes; pero a los más perfectos, las secretas: las claras, para todos, y para pocos las encubiertas, pues hay algunas que pueden darse a conocer a los más, y otras a los menos.

Hállate preparado en todo momento para enseñar; no tengas tiempo vacío en el que no edifiques, ni pase hora alguna en la que no procures el deseo de instruir. Predica abierta y constantemente la buena palabra y no te avergüences de manifestar lo que has aprendido a defender.

Busca cerca de otros el conocimiento que sabes te falta, pues las cosas oscuras se iluminan con la conversación y el trato, y las difíciles se esclarecen platicando sobre ellas.

DE LA CURIOSIDAD

No tengas curiosidad por conocer cosas escondidas. No indagues lo que se halla lejos de conocimiento humano. No te ocupes de lo que no hayas aprendido por la autoridad de la Escritura: *déjalo*, como si fuera para ti un secreto.

No te informes sino de lo que está escrito, ni sobre otra cosa investigues más que las divinas letras te enseñan.

No desees saber lo que no te es lícito conocer, pues la curiosidad es peligrosa presunción y dañosa maestría; lleva a la herejía y precipita la mente en el conocimiento de sacrílegas fábulas; forma los atrevidos en las causas *dudosas* y oscuras, y los imprudentes, en las desconocidas.

Mas en la disposición *de las partes de enseñanza y discurso*, evita toda contienda y la obstinada pugna para vencer; cede en seguida a la verdad, no contradigas a la justicia, ni te empeñes en eliminar lo que es recto.

Discute con derecho y no con engaño; no te juzgues por más entendido que los otros, ni te prepares para enemigas controversias, ni, para triunfar, intentes contra la verdad.

En toda discusión, busca tener razón; aplícate a discutir, no a sobresalir; gusta mejor de oír que de decir, más de escuchar que de hablar. Oye el principio y habla el último: más de honor hay en el final, y es el término a lo que se tiende, y lo último es lo que se busca. Mejor que el comienzo es el acabar; mejor que el primero es el lenguaje novísimo.

Presta tu veneración a los mayores en ciencia y en vida, a cada uno según el mérito de tu santidad, y concede reverencia debida a los de mejor grado. Honra a cada uno según su dignidad y no te exhibas como igual al superior.

Obedece a los ancianos, sirve a su mandato, humíllate a su autoridad y sigue *el dictado* de su voluntad.

Ofrece justas complacencias a los mayores, y está a las órdenes de todos en los buenos mandamientos.

Pero de tal manera condesciendas con la voluntad del hombre, que no ofendas la de Dios.

NO HAY QUE OBEDECER ,A LAS LEYES MALAS

Si te ordenan hacer el mal, no des tu consentimiento; no consientas. No te muestres conforme con potestad alguna para el mal, aunque la pena te obligue y amenacen los suplicios y te salgan al encuentro los tormentos. Vale más morir que cumplir perniciosos mandatos; mejor es ser inmolado por un hombre que condenado en eterno juicio.

No sólo son reos de pecado los que lo cometen, sino los que lo conocen, ni se halla libre de maldad el que obedeció para que el mal se hiciera. El que obedece en lo malo es semejante al que lo hace, y a ambos castiga igual pena.

DE LOS PRELADOS

Desea más ser venerado de tus súbditos que temido de ellos: que te reverencien más que te teman, y se adhieran a ti más con homenaje de dilección que por necesidad de condición.

Manifiéstate, pues, a tus súbditos de modo que más te amen que te teman. Pues el amor procede de la reverencia, el temor atrae el odio y quita el miedo la fidelidad que engendra el afecto.

El temor no hace continua la fidelidad. Donde aquel existe, le sigue la audacia, y donde se halla el miedo, se presenta la desesperación. Por lo cual, templa el rigor del mando, gobierna los súbditos con gran bondad y no te muestres terrible para ellos. Domínales de modo que tengan placer en servirte, y guarda moderación en la disciplina y en la templanza.

No seas excesivamente indulgente, ni poco; no perdones demasiado, ni con cortedad. Ten proporción en toda tu obra y templanza en toda cosa.

Nada hagas inmoderadamente; ni mucho, ni poco; ni más arriba, ni más abajo de lo que convenga: que también es necesario no ser inmoderado en lo bueno.

Utiles son las cosas medianas entre lo grande y lo pequeño, y en su propio modo, todas son perfectas. Provechoso es cuanto se hace con moderación, mientras que los bienes faltos de ella pueden convertirse en dañosos.

Todo exceso se considera como vicio, y, por el contrario, se tiene como útil y conveniente lo que se lleva a cabo con medida.

Combina prudentemente todas las cosas, no se origine el mal del bien. Examina cuidadosamente qué sea a propósito para tal tiempo, y dónde, cuándo, de qué manera y hasta cuándo debes obrar.

Considera las causas de las cosas y las reglas del tiempo, y conoce la diferencia de cada ocupación. Distingue con diligencia todas las cosas en que te ocupes y sabe de qué manera comiences el bien y de cuál lo termines.

Guarda discreción en toda acción y no aparezcas indiscreto en cosa alguna. Todo cuanto con ella hagas es virtud, y vicio lo que sin ella llevares a cabo, pues por tal se tiene toda virtud indiscreta, que tiene lugar y *nombre* de vicio.

Hay muchas cosas viciadas por la costumbre; otras que se consideran malos hábitos, y otras que ilícitamente se emplean, en oposición a las honestas prácticas. Quita, pues, la mala costumbre; observa la ley; ceda el hábito a la autoridad y venzan al mal uso la ley y la razón.

Haz a otro lo que quieres que a ti sea hecho. Lo que quieres que otro haga para ti, eso haz tú para él, y sé para los demás como deseas que ellos sean para ti.

A nadie perjudiques con tu testimonio, ni emplees la voz de tu declaración en detrimento de nadie. No dañe tu palabra ni al alma ni a las cosas de nadie. Lo que no quisieras sufrir no hagas, ni a otro lo que a ti no quisieras fuese hecho; ni infieras daño a alguno, no sea que tú padezcas algo semejante.

Guarda la modestia en ti y la justicia para los demás; ten equidad de derecho y sigue la verdad en los juicios.

A nadie defiendas contra verdad. Si juzgas, no te separes de ella por afecto de persona alguna. Sea pobre, sea rico, aquel a quien juzgues, considera la causa y no la persona, y en todas las cosas busca la verdad, sin que el precio o la ambición te muevan.

Desprecia los regalos, no vaya a corromperse por ellos la justicia, pues los presentes hacen apartarse de la rectitud de los juicios. Prontamente se cae en prevaricación por causa del oro y al punto se viola la justicia con el presente.

No apetezcas *tampoco* el lucro temporal *que provenga de ejercer* justo juicio, ni por él busques premio alguno de este siglo, sino, más bien, administra la justicia por la sola remuneración eterna. Pues el que ama los regalos terrenos no espera la eterna gloria, y el que aquí recibe su premio, no tiene que esperar otro bien más allá.

Al juzgar, hazlo por la recompensa futura, y no quieras que se te pague acá lo que se te ha de deber en lo venidero. Arroja, pues, de tus manos todo regalo, si quieres habitar en la altura.

Pero en el juicio nunca te sientas sin misericordia. Observa, sí, la discreción de la justicia, y no quieras ser más justo de lo que se haya de ser, pues todo lo que es demasiado es vicio; pero sabe que es justicia despiadada la que no quiere reconocer la humana fragilidad.

No te agrade, pues, condenar, sino enmendar y corregir. Ten, así, rigor en la discusión de la justicia y misericordia en la definición de la sentencia. Siga la piedad al examen de juicio, y temple la indulgencia la severidad del fallo.

Sé clemente para los delitos ajenos como para los propios, y a nadie juzgues con más dureza que a ti, ni midas a los otros con medida diferente de la que para ti emplees. Júzgales como tú quisieras ser juzgado, porque al compadecer el pecado ajeno, para ti agencias misericordia. Se hará contigo en el modo en que con tu prójimo te hallas, y con la misma ley y con idéntica condición, de pena con que la juzgues serás juzgado. Es, así, tu misma ley la que te castiga. Soportarás el juicio que a los demás hagas llevar y se medirá para ti en el modo en que midieres.

Investiga, pues, primero todas las cosas y definirás con justicia. A nadie condenes antes de juzgar; a nadie juzgues por arbitrio de sospecha; antes, prueba, y después, juzga, porque el reo no es el que se ve acusado, sino el que se mira convicto.

Es muy peligroso juzgar a alguno por sospecha. En la duda, deja a Dios el fallo. Juzga en lo que conoces; en lo que ignores, deja a la divina sentencia, porque no puedes condenar con humano examen a quien Dios ha reservado para el suyo.

No juzguemos lo incierto hasta que venga el Señor, que saca a luz todo lo escondido e iluminará las reconditeces de las tinieblas y revelará los consejos de los corazones.

No han de tenerse por verdaderas, aunque lo sean, sino aquellas cosas que se comprueban con indicios ciertos, las que son demostradas con investigación manifiesta y se hagan públicas con orden judicial.

COMO DEBE PORTARSE CADA UNO EN LOS HONORES

Ten humildad aunque te halles en el más grande honor. Aunque en él te encuentres, practica la humildad. Si la observas, tendrás gloria, y mayor elevación de ésta te seguirá cuanto más humilde fueres.

Aunque haya en ti grandeza de potestad sublime, reprímela con la humildad. No te levante el honor, y huella con tu humildad la cima de tu elevación. Cuanto eres preferente por dignidad grande, tanto sé sobresaliente por mayor humildad.

Recibe también con humildad los cargos y ministerios que te hayan sido impuestos. Cumple con el a ti encomendado con razón sumisa; sé obediente a la economía divina y no te atrevas a ir contra su voluntad.

Ejerce moderadamente los derechos del poder alcanzado, adminístralos con ordenado ánimo y dispón las cosas todas con tranquilo corazón, no con turbulencia.

Guárdate de los honores, los cuales no puedes lograr sin culpa. La elevación de ellos es grandeza de maldades, y en más alto grado hay, sin duda, mayor pena. Más cerca se halla del perdón el que es menor. Los poderosos padecerán más fuertes tormentos, pues se hará juicio severísimo para aquellos que dominan. Si mucho se da, mucho se exige, y más se pide a quien más se entrega.

Los honores llevan peligro consigo, pues presto se atenta contra el poder y pronto sufre ruina. Al más grande honor corresponden más grandes peligros. El árbol elevado es agitado más fuertemente por los vientos y con más presteza se ven rotas sus ramas. Las torres excelsas caen con más pesada ruina, y los montes elevadísimos son fulminados con más frecuentes rayos.

Pronto la envidia cae contra el poderoso y luego se halla frente a las asechanzas el cubierto de gloria. Pues ésta engendra la envidia, que atrae los peligros.

Aunque alguno brille con la ostentación del siglo y resplandezca con púrpura y oro y destaque rodeado de precioso culto; aunque se halle defendido por la muchedumbre y protegido por las armas de sus centinelas y encerrado en medio de batallones innumerables de súbditos; aunque se halle amparado por sus ejércitos, siempre se encuentra en dolor, en angustia, en tristeza, en riesgo. Se acuesta entre sedeñas ropas y está turbado; duerme sobre blandas plumas y está pálido; se reclina en lechos de oro y se halla agitado.

•

DE LA BREVEDAD DE ESTA VIDA

Breve es la felicidad de este mundo, pequeña la gloria de este siglo, frágil y caduco todo poder temporal

¿Dónde están los reyes? ¿Dónde aquellos príncipes y emperadores, los opulentos, los poderosos del siglo y los ricos del mundo?

Pasaron como sombra, se desvanecieron como un sueño, y se les busca *ahora* y no se encuentran.

Llevan el peligro las riquezas y arrastran a la destrucción, y se vieron en riesgo muchos por causa de los bienes. Por las riquezas llegaron a encontrarse en peligro, pues les fueron dañosas y engendraron para ellos la muerte.

Nunca tiene quietud en la mente el que se halla sometido a terrenos cuidados, pues conturba el ánimo la solicitud por las cosas, y lo agita la atención hacia las mismas, y nunca carece de dificultades la intensidad de la inquietud que producen.

Si, pues, quieres estar tranquilo, no apetezcas nada del siglo. Tendrás sosiego de espíritu si rechazas todo cuidado del mundo, y gozarás siempre de quietud interior si te alejas del ruido de las terrenas ocupaciones.

Si desprecias lo presente, encontrarás, sin duda, lo eterno. Si pisoteas las cosas mundanas y humanas, lograrás fácil y descansadamente la gracia celestial y reinarás con Aquel que domina sobre los vivos y sobre los muertos.

Nunca se adquieren ni se administran las riquezas sin pecado. Nadie gobierna sin falta las cosas terrenales. Rarísimo es que hallen tranquilidad los que poseen riquezas, y los que se mezclan en cuidados mundanales se separan del temor de Dios. No se complace en Dios el que se halla fijo en el amor de las cosas, pues éstas le separan de tender hacia El.

Nadie puede abrazar la gloria de Dios al mismo tiempo que la del mundo, ni a Cristo y al siglo juntamente. Difícil es atender en modo igual a las cosas celestiales y a las terrenas, amar a Dios y al mundo a una. No pueden estimarse en modo igual, porque es difícil, más bien imposible, aunar el goce de los bienes presentes y el de los frutos, llenar aquí el vientre y satisfacer allá el alma, pasar de unas a otras delicias, ser el primero en este siglo y en el otro, glorioso en la tierra y en el ciclo.

Renuncia, pues, a todo por Dios; sepárate por El de los ciudada-

nos del siglo y aplícate a servirle sin el impedimento del mundo. Ningún amor ni cuidado alguno de éste te aparten del amor de Dios. Ninguna inquietud por las cosas te aleje de el. Echa de ti lo que pueda impedir tan buen propósito.

Odia y condena con todas tus fuerzas lo que el mundo ama. Sé muerto para él, y él para ti, y, como tal muerto, no mires su gloria y sepárate del afecto de su vida. Como si fueras ya sepultado, no te cuides del siglo, y, cual si fueras ya difunto, prívate de todo negocio secular.

Desprecia en vida lo que no puedes haber después de tu muerte.

Ten lo que posees para *ejercitar* la misericordia, y favorezca tu virtud la pobreza del necesitado. Si supieres de alguno puesto en la indigencia, o reducido a pobreza, o aniquilado por despojo de otro, u oprimido y humillado, a nadie desdeñes, a nadie mires con indiferencia, ni desprecies, ni dejes ir con la manos vacías.

Nadie se separe triste de ti, ni se marche de tu lado lleno de confusión. Reparte a todos y ofrece y da a todos.

No elijas a quién compadecer, no sea que pases de largo junto al que más merezca recibir. No sabes por favorecer a quién has de agradar más a Dios, y no puedes estar cierto por quién se te preparará fruto más grande de justicia.

Lo que des, distribúyelo con afecto, y lo que repartas, sea con alegría. Concede tu compasión sin murmurar, y ofrece la limosna sin enfado.

Sea tu benevolencia más abundante que lo que des, y tu gracia mayor que lo que inviertas *en dar*.

Así será lo que hagas, como fuera tu intención pues Dios recibe lo que se concede con buen afecto, y el que dé con disgusto, pierde su recompensa. Quien con enojo extiende su mano queda privado del fruto de su remuneración. A quien da con tristeza, no se le retribuye. No hay misericordia donde no hay benevolencia.

Sirve el pobre con lo que te proporcionen los trabajos justos. No quites a uno para dar a otro, ni quieras aparecer caritativo a costa del despojo ajeno, pues nada te aprovecha si mejoras a alguno con lo que a otro perjudicas. Esta clase de compasión condena, no beneficia, y esa misericordia no limpia tus pecados, sino los aumenta.

Sea por causa de misericordia el bien que hagas, no por motivo de ostentación, y no trabajes para obtener alabanza.

Hazlo todo por la eterna vida y no por temporal opinión, o por la

fama. Cuanto obres, sea por la recompensa futura, y que te preocupe más la esperanza de la retribución eterna, sin buscar lo que aprovecha a la gloria de este mundo, sino a la de la eterna vida.

Si aquí se busca la alabanza, se pierde allí el premio, y no es en este mundo la paga del justo, sino en lo futuro, pues a los justos se promete premio venidero, no presente, no de la tierra, sino del cielo, no que se haya de esperar aquí abajo, sino que se les debe en otra parte.

Concluye la RAZÓN.– Has recibido, pues, los avisos, y se te ha dado norma de vivir, por lo cual no te excusa ya de pecado ignorancia alguna, y no eres desconocedor de la vida, ni imprudente, ni ignorante.

Te expuse la ley que debes seguir, describí cómo debe ser.

Tienes ya conocimiento de los mandamientos. Conoces en qué consiste el vivir rectamente.

Procura, pues, no faltar, y cuidar de no rechazar el bien que has conocido, y no desprecies en tu vida lo que has apreciado en tu lectura. Guarda el don de ciencia recibido y cumple lo que has aprendido con la predicación.

EL HOMBRE.– Gracias te doy, mi agradecimiento te muestro, pago acciones de gratitud y satisfago con reconocimiento. Gratitud abundante doy y guardo para ti, y en cuanto puedo la encarezco y, según mis fuerzas, agradezco.

Muchas cosas me han sido concedidas por ti; muchas dadas y proporcionadas con especial compasión. Todas me placen y me agradan; aposentaron en mi ánimo; me halagan y me consuelan.

¿Qué satisfacción devolveré por ellas?

¿Qué remuneración habré de pagar? ¿Cómo compensaré por esos dones tuyos?

No tengo modo, sino el de usar de tus preceptos, someterme a tu voluntad, estar a tus órdenes y obedecer a ti, que mandas.

Tú eres quien da vida y maestra de virtudes, y me llevas, como regla, derechamente, y eres la que no te separas jamás de lo recto, y no te apartas nunca de la verdad.

Tú, halladora de bienes, maestra de costumbres, buscadora de virtudes, sin la que no puede existir la vida del hombre, pues la regla de ella es dada a todos por ti.

Tú llevas las gentes de la maldad de su vida a otra mejor, y con tus preceptos se forman las almas.

Si algo hay torcido, tú lo enderezas, y enmiendas lo que hay que corregir.

Nada hay para mí más dulce, ni más querido, que tú; nada más agradable, ni más suave; ni más cariñoso, ni más fácil, ni más santo. Más agradable me eres que mi misma vida.

LIBRO PRIMERO
DE LAS SENTENCIAS

INTRODUCCION

I

Al presentar esta traducción española de los tres libros de Sentencias escritos por San Isidoro de Sevilla, no intento otra cosa que facilitar la lectura de esta obra del santo Doctor a los que hablan y conocen el castellano. Como obra utilísima ha pasado por las manos de cuarenta generaciones, ha morigerado las costumbres de trece siglos, ha sido leída, estudiada, comentada por los sabios Pontífices, los eruditos teólogos, los severos áscetas, los curiosos historiadores y los diligentes amanuenses, impresores y editores en todos los siglos medios y modernos. Los nombre de Leones y Gregorios e Inocencios, Tomás y Buenaventura, Cayetano, Dumesnil, Colombet, Natal, Alejandro, Dupín, Ceillier, García Loaisa, Nicolás Antonio, Flórez, Arévalo, Du Breul, Menéndez y Pelayo, etcétera, etc., son una fehaciente prueba. Alfonso Martínez de Talavera ofreció, en el siglo XV, una vesión castellana de Sentencias.

No presentó una exposición crítica, sino la traducción de estos libros del erudito San Isidoro, el compilador más grande que ha existido, según Cairé. Son libros muy buscados y saboreados de los exquisitos paladares en los tiempos que nos ha precedido.

II

Este volumen, además de "Los Sinónimos" contiene las Sentencias del libro primero, que escribió San Isidoro de Sevilla, repartidas en tres libros.

A juzgar del valor de los tres libros por su volumen, en poco sería estimada esta joya Isidoriana. Mas sabido es que las joyas no se avalúan por el volumen y tamaño, sino por la materia y el arte de las mismas.

En esta obra puede bien asegurarse que la flor y nata de toda la sabiduría de San Isidoro, la de su Escuela Sevillana, la de su época, está como una espiritual esencia recogida y guardada en las 1.179 Sentencias de que está compuesta.

La ciencia de la humana sabiduría, que pudo salvarse del naufragio de la invasión nórdica, y llegar al siglo VII, halló en España un hombre completo en cuya inteligencia ecuménica se hospedó y se vio acariciada y acrecentada en unas obras calificadas por San Idelfonso de Toledo como eximias y no breves: "Seripsit opera et eximia, et non parva... librum Sententiarum" (De virorum Illustrium Scriptis. Du Breul). La sabiduría divina se le desposó, llevando como sirvientas las artes y las ciencias, y le puso en el trono de la Escuela para que reinase indefinidamente, no sólo en los siglos de la Edad Media, sino en todas las edades por venir [1]. Y para que nada se echase a faltar en aquel magnífico conjunto, anadióse a la ciencia, al arte, a la sabiduría el esmalte de la santidad. San Braulio escribe: "Sana doctrina, praestantior omnibus, copiosior operibus charitatis", en sana doctrinas aventajó a todos y en abundancia de obras de caridad. Ahora bien; abeja infatigable libó en los numerosos autores de que habla en los libros históricos: Chronicon, Chronicon Gothorum, Historia Wandalorum, Historia Suevorum, De Viris Illustribus, etc., y pasó en las Sagradas Escrituras con marcada complacencia. El espíritu saturado con pastos tan abundantes, sanos y odoríferos labró deliciosos panales y destilando esencias de su alma, las encerró en el pomo valiosísimo de los tres libros de Sentencias.

III

¿Qué significa el vocablo Sentencias? Sentencia es un dicho impersonal, dice San Isidoro: "La complacencia gana amigos; la franqueza, enemigos", es una sentencia. (Lib. II Originum). Puede exponerse diciendo que Sentencia es dicho grave y sucinto que envuelve doctrina o moralidad digna de notarse.

Más explicativa de lo que entendió San Isidoro por Sentencia puede ser la breve noticia que de San Sixto escribió en De Viris Illustribus. "Sixtus [2] Episcopus Romanae Urbis et Martyr composuit ad instar Salomonis librum Proverbiorum, tam brevi eloquio, ut in singulis versiculis singulae explicentur Sententiae". Y los Proverbios contienen documentos para arreglar nuestra vida, según San Basilio. Y completando la idea de sentencia en el libro de Differentiis verborum, dice el mismo

Isidoro: "Consilium cogitatio, Sentencia, consilii pronuntiatio." Son pues Sentencias las máximas, proverbios o dichos graves que sucintamente expresan una notable norma doctrinal o moral. Por tanto, en nada se excede la Antología de San Isidoro cuando en la página 47, escribe: "Las Sentencias: Síntesis de la doctrina isidoriana en lo que se refiere al dogma y a la moral, muchos de cuyos capítulos tienen un gran valor de actualidad". Y en Biografías Santas, número 2, puede leerse: "Las Sentencias son una suma Teológica donde se encuentra toda la doctrina dogmática y moral de nuestra santa religión."

De los tres libros de Sentencias, que San Idelfonso de Toledo y bálbulo, escritor del siglo X, llaman opus –obra codicem– códice y volumen, escribía Antonio Francisco Vezzosio en Roma, año 1769: "Aquellos libros ... después que trataron de la Teología teórica pasan a la que dirige las costumbres.

Algunos, queriendo imitar la titulación de los Libros de la Escritura tomando las primeras palabras, inscribieron éstos de San Isidoro: "De Summo Bono sive de Sententiis." Así Juan Trithemio y otros incunables [3] góticos que se hallaban en la Biblioteca Nacional de España; mas San Isidoro solamente puso Sentencias. Lo asevera San Braulio de Zaragoza, discípulo inmediato del Santo, y lo confirma el Concilio VIII de Toledo reinando Chindasvinto, cuando alega una cita del libro II de Sentencias.

¿Qué motivo puede suponerse en los editores e impresores que han suprimido Sentencias en el título? Otros lo juzgarán. Mas tengo para mí no ser improbable que haya obedecido al deseo de que estos tres libros de San Isidoro se distinguiesen y distanciase de aquellos libros de las Sentencias [4], que en las Escuelas teológicas, comentaban y exponían los doctores para llegar al grado de Maestros en Sagrada Teología. Otras razones puede haber que no son para puestas en este lugar.

IV

Ahora, si estudiamos la obra isidoriana en si misma, podemos ver en el libro I la parte dogmática: la exposición del Credo; en el libro II, la parte ascético-moral; gracia, virtudes, y vicios; en el libro III, la parte práctica: pruebas y estados sociales, eclesiásticos y civiles. ¿Era quizás el Manuel [5] que se explicaba en aquella Escuela de Sevilla fundada por San Leandro y cultivaba y llevada a la más alta cima del saber del siglo VII por San Isidoro?

Si las enseñanzas eran eficaces puede juzgarse por los santos, sabios y hombres de Estado que de ellas se alimentaron, San Braulio, Redempto Clerco, el Rey Sisebuto, fueron discípulos, directos de San Isidoro; lo fueron mediando San Braulio, los Santos Ildefonso [6] y Eugenio III de Toledo y Tajón de Zaragoza. La grande afluencia de jóvenes que acudía a oír y aprender del Maestro exigiría, lo mismo la construcción de nuevos edificios que la organización científica.

Las Sentencias pudieron ser el Manual de las explicaciones. Los puntos en las Sentencias tocados son concisos; la explicación amplificada se encuentra en otras obras: en las Etimologías, por ejemplo, en los oficios, en sus cartas, etc. Quien dijo que estos libros eran una Suma Teológica, ¿pensó quizás en que la de Santo Tomás de Aquino tiene algún parecido con esta de San Isidoro? Escuelas se llamaron en los siglos medios los modos de exponer la Teología y la Filosofía y las ciencias todas: Escuela fue en el siglo VII la de Sevilla, cuyo primero y más grande ornamento fue San Isidoro.

V

San Isidoro el Joven, al que Rodrigo de Toledo en el tomo 7 de los Anales en el año 636 llama Arzobispo y Metropolitano, Primado y Obispo sumo (en lo que concuerdan con él Alfonso de Cartagena, Vaseo y Braulio), nació en Sevilla (para otros nació en Cartagena), sin poder fijar el año. Fue hijo de Severiano y Teodora y hermano de los Santos Leandro, Fulgencio y Florentina. Por línea paterna fue nieto de Teodorico, Rey de los Ostrogodos y de Italia; la madre estaba emparentada con los Reyes Godos, cuya sangre llevaba en las venas.

De ambos se tomaron las frandes y nobles cualidades raciales que en los hijos florecieron y señaladamente en Isidoro que fue el último. Su voluntad y carácter noble, recto, justo, humano; su inteligencia perspicaz, cultivadísima en artes y ciencias; su maestría, para enseñar, su actividad incansable en todos los órdenes, su robusta complexión y su apostura de hombre noble y de Sacerdote Santo eran las cualidades de aquellos pueblos conquistadores cuando todavía se conservaban en la pureza de costumbres primitiva. De San Ildefonso de Toledo es la apreciación: "Vir decore simul et ingenio pollens", varón dotado bien de hermosura y de ingenio. Y San Braulio de Zaragoza, escribió: "Vir in omni locutionis genere formatus": hombre bien preparado en todos los géneros de la elocuencia.

Quedó huérfano a los pocos años, pero su hermano mayor, San Leandro, cuidó esmeradamente a su hermanito y, tomándole como discípulo, vióle hacer tales adelantos en la Escuela Sevillana, que pudo colocarle al frente de la misma y descargar en Isidoro la enseñanza y administración cuando todavía era joven al Maestro.

¿Cuántos años duró el gobierno y magisterio de Isidoro en la Escuela Sevillana? Sabemos cuándo terminó el gobierno personal, mas ignórase el año exacto en que comenzó. Si se afirmara que duró medio siglo, desde 586 a 636, no parece que esta aseveración diste mucho de la realidad. Porque de un lado pensemos que San Isidoro por el año 586 contaba unos treinta años poco más o poco menos, que su hermano San Leandro, debía, por entonces, estar ya entrado en sus buenos años, desterrado y preocupado por las guerras de Leovigildo y la prisión y martirio de San Hermenegildo, seguidos de la muerte del rey Leovigildo y la sucesión de Recaredo en el tron de toda España visigoda.

Ni le dejaría de ocupar la preparación del Concilio III de Toledo celebrado por los mismos años.

¿No serían éstos suficientes motivos para declinar el peso de la enseñanza y los cuidados de la Escuela en hombros de su hermano Isidoro y descargándose de este peso dedicar las energías a los asuntos del reino y de la Iglesia de España?

Quizás fueron cincuenta, los años de regentar, organizar y administrar la Escuela San Isidoro. Fueron dos generaciones las que oyeron las lecciones del eximio Maestro, "Doctor egregio, novísimo ornamento de la Iglesia católica, el último de los que han precedido en cuanto al tiempo, no el ínfimo en cuanto a doctrina comparada y, lo que es más grande, el más docto "in saeculorum fine" y que ha de nombrarse con reverencia", según el Concilio VIII de Toledo. Testimonio que en 1722 confirmó el Papa Inocencio XIII nombrando a San Isidoro Doctor de la Iglesia.

En este lapso de tiempo, que comprende los casi cuarenta años, es juicio de San Idelfonso de Toledo, de ser el sucesor de la sede sevillana vacante por muerte de su hermano, es cuando pudo recoger, ordenar, exponer y componer tantos libros, crónicas, cartas y transcribir los propios y ajenos pensamientos, este Nuevo Salomón y Daniel, como le llamó San Gregorio I Papa.

Elegido Arzobispo fue confirmado en el cargo por el Sumo Pontífice, de quien recibió el palio conveniente y aun necesario para el desempeño de su dignidad de Vigerente del Pontífice Romano en España, con lo que fue elevado a la primera de todas. Lo escribió así Baronio.

Queda con esto aclarado lo de Arzobispo, Metropolitano, Primado y Obispo Sumo, dignidades que acumuló San Isidoro por voluntad del Pontífice San Gregorio. La historia nos dice el ejemplar desempeño de estos cargos; sea el testimonio de un códice citado por Fr. J. du Breul: "Qui regulan piissiman clericis ecclesiasticis instituit, et gentem Hispanicam suis doctrinis imbuit, totamque sanctam Ecclesiam codicibus florigeris decoravit". (BBB. 5, fol. 290 in bibliotheca Victoriana Lutetiae Parisiorum.)

No se contentó con establecer una piadosísima regla de vida para los clérigos, levantó algunos monasterios y colegios, uno en los alrededores de Sevilla, para que la gran afluencia y cátedra, informando de tal modo las costumbres de la España visigoda, que no se deformaron ni con el duro choque de los árabes y berberiscos, ni con el veneroso disolvente de la Reforma protestante, ni con el Renacimiento seductor, ni con las repetidas revoluciones [7].

De sus obras escritas son testigos los hermosos y numerosísimos códices manuscritos, los multiplicados incunables conservados y las ediciones repetidas de sus obras conocidas [8].

A todas estas empresas de la gloria de Dios para bien de la Patria y de la Iglesia, añadió Isidoro la santidad de vida y Dios lo quiso magnificar con los milagros. "Diversis fulsit miraculorum signis primaria dignitate florens", dice Baronio.

La muerte del Santo Doctor merece punto aparte.

VI

Muerte de San Isidoro referida por Redempto Clerco, testigo presencial y escrita "fideli praenotationis meae stylo", como él dice.

Hame parecido exponer brevemente a vuestra Santidad como Isidoro, Metropolitano de la Iglesia de Sevilla, mi Señor, de grata memoria, recibió penitencia e hizo su confesión en presencia de Dios y de los hombres, y con el fiel estilo de mis notas poner en conocimiento de vuestra dilección como de este mundo partió para el cielo.

Lo que me impulsó primero con esta solicitud fue dar gracias a vuestra Caridad por la que ofrece con amor hacia el; después por que a ruego vuestro estoy precisamente a decirlo y no puedo suprimir u ocultar la verdad, y sobre esto porque pude recoger entre muchas unas cuantas cosas.

Viendo él, no se por qué medio, que su fin ya se aproximaba y presintiendo la nativa sutileza de su alma el cuerpo fatigado por asidua

enfermedad, todos los días por espacio de unos seis o más meses dio a los pobres tan largas limosnas, mayores que solía, que desde la salida a la puesta del sol estaban muchos a recoger la limosna.

Después vióse mortalmente herido por una úlcera, que aumentaba la fiebre corporal y por la que el estómago, debilitado, rechazaba los alimentos, e hizo que sus Coepíscopos, a saber, los beatísimos Juan y Aparicio estuviesen presentes al momento. Y cuando de su celdilla era llevado a la basílica de San Vicente Mártir, toda la multitud de los pobres, clérigos, religiosos todos y toda la plebe de esta ciudad recibiéronle con voces y grandes gemidos. aunque alguno tuviera el pecho de hierro no hubiera podido menos que deshacerse entonces en lágrimas y suspiros. Y cuando en la basílica del predicho Mártir se le puso en medio del coro y próximo a la cancela del altar, mandó que la turba de las mujeres se pusiese más lejos, para que cuando él recibiese penitencia, sólo viese la presencia de varones y no de ellas. Y mientras, a los predichos sacerdotes-obispos suplicaba que el uno de los dos le pusiese el cilicio y el otro la ceniza: y extendiendo las manos hacia el cielo comenzó a decir así: ¡Oh Dios. Tú que conoces los corazones de los hombres y te has dignado perdonar los pecados al publicano, que puesto lejos golpeaban su pecho! ¡Tú, que a Lázaro, que reposaba en el sepulcro, te dignaste resucitar a los cuatro días de estar corrompiéndose la carne, y quisiste que fuese recibido en el seno de Abraham! Acepta en esta hora mi confesión y aparta de tus ojos los innumerables pecados que he cometido; no te acuerdes de mis maldades ni hagas memoria de los delitos de mi juventud. Tú, oh Señor, no pusiste la penitencia para los justos, que no pecaron contra ti, sino para mí que soy pecador, que he pecado más veces que arenas tiene el mar. No encuentre el antiguo enemigo qué castigar en mí. Tú sabes que después que, desdichado de mí, llegué indigno a esta carga, mejor que honor, en esta sana Iglesia, nunca acabé de pecar, sino que trabajé para proceder inicuamente. Y pues Tú has dicho que en cualquier hora en que se convirtiere el pecador de sus malos pasos darías al olvido todas sus iniquidades, me acuerdo de este precepto tuyo y clamo, sí, con esperanza, y a Ti clamo confiado, yo que soy indigno de mirar a los cielos, por la multitud de pecados que hay en mi vida. Hazte presente, recibe mi oración y dame perdón a mí pecador, el perdón que he pedido. Porque si los cielos no están limpios en tu presencia; cuánto menos yo, hombre que he bebido la iniquidad como el agua y me he chupado como calostros el pecado?

Una vez terminado todo esto recibió de los mismos Pontífices el Cuerpo y la Sangre del Señor con profundo suspiro del corazón juzgándose indigno.

Después pedía perdón a los mismos Sacerdotes-Obispos y a cuantos clérigos había, a los ciudadanos y a toda la plebe y decía: "Suplícaos, oh santísimos señores míos, Sacerdotes-obispos, y a vosotros, santa congregación de clérigos y pueblo, que vuestra oración se eleve al Señor por mi infeliz y lleno de toda mancha de pecado, para que, pues no soy digno de obtener la clemencia de Dios, siquiera por vuestros ruegos merezca conseguir el perdón de mis delitos. Perdonad al indigno, os lo suplico, lo que ha pecado contra cada uno de vosotros: si desprecié a alguno por odio, si a otro rechacé impío del consorcio de la caridad, si a alguno he corrompido con mi consejo, si a alguno perjudiqué airadamente; perdonad ahora al que lo pide, y aún más, al que se arrepiente."

Y cuando todos a una voz habían pedido por él indulgencia y a cada uno habían condenado las deudas y devuelto las escrituras, de nuevo amonestó a los circunstantes de este modo: "Santísimos Obispos, señores míos y todos cuantos están presentes: ruego y suplico que os tratéis con mucha caridad, no volviendo mal por mal y no seáis murmuradores chismosos entre el pueblo. No halle en vosotros qué castigar el antiguo enemigo, el lobo rapaz no encuentre para llevar a alguno que hayáis abandonado, sino antes bien la oveja arrancada de las fauces de él, gozoso tráigala el pastor en sus hombros a este aprisco.

Después de esta confesión y oración al punto mandó que se diese a los pobres indigentes el dinero que restaba.

Ahora, pues, ¿qué fiel dudará de que al instante, perdonado del todo fue agregado a los coros de los Angeles? Luego puso empeño en que todos le besasen, diciendo: "Si de corazón perdonaréis lo que hasta ahora os he inferido de contrario o de malo, os perdonará el Creador Omnipotente todos vuestros delitos, así como también el agua de la fuente que hoy recibirá el pueblo devoto, sírvaos para remisión de los pecados, y este ósculo entre vosotros y yo sea permanente testimonio de los futuros.

Completado todo esto fue conducido a la celdilla; y después del día cuarto de la confesión y penitencia, en paz consumó la cura pastoral al mismo tiempo que la vida. El día antes de las Nonas de abril, Luna XIX y Era DCLXXIV, o sea, el día 4 de abril, luna 19 y año 636.

NOTA. ¿Cómo explicar, si no es por una inadvertencia, lo que el eruditísimo y diligente Fr. J du Breul escribe en la epístola de introducción a las S. Isidoro Hispalensis Opera omnia? En el folio a iij., l. 19, dice

así: "Redemptus Clercus, qui ejus obitum (Isidoro nempe) qualem vidit recenset; asscritque contigisse pridie Kalendas Aprilis, Aera 674, id est, anno Christi 636", Redempto Clerco, que cuenta cómo vio la muerte de él (Isidoro), y afirma que sucedió el día antes de las Kalendas de abril... Pero el texto de Redepto copiado íntegramente en el folio e vuelto, puso "pridie Nonas Aprilis". Fue inadvertencia, pues hay manifiesta contradicción.

VII

En la provincia de Murcia y singularmente en Cartagena, está extendida y arrigada la noticia de que los Cuatro Santos son cartageneros. Son muchas las iglesias que tienen destinadas hermosas capillas de los Cuatro Santos. Puedo citar la que en Santa María, parroquia de Cartagena, tiene la Cofradía de los Cuatro Santos. Las cuatro estatuas son de Salzillo. Asimismo en la Catedral Antigua de Cartagena y en la capilla de la Virgen del Rosel hacen corte a la antigua Patrona de la ciudad los Cuatro Santos en estatuas de Salzillo. Otras cuatro estatuitas hay en la calle titulada de los Cuatro Santos, en la misma ciudad. Otra está dedicada a Santa Florentina. Había también en la casa de las Hermanitas un cuadro de unos 120 x 85 centímetros, en que figuraban el Duque Severiano y sus Cuatro Santos, hijos. En Cartagena, esto es indudable.

Además, en la Catedral Antigua se muestra un brocal de piedra colocado en el aljibe de la misma y con él se conserva la tradicional leyenda de que el niño Isidoro, que no era demasiado estudioso por entonces, marchándose al campo en vez de ir a la escuela, cansado llegó a un pozo para beber. En el brocal las sogas, con el roce tantas veces repetido, habían cavado un cajero en la piedra. Fue aquel un momento decisivo en la vida del niño. Tuvo este pensamiento: si la piedra se marca y se mella por la constancia del roce, ¿por qué yo no he de marcar en la memoria de los estudios que me cuestan y cansan ahora? Si yo fuera constante... Y desde aquel día lo fue y se hizo sabio y santo.

Esto relato para que conste que los nobles cartageneros sostienen que San Isidoro nació y estudió en Cartagena, de donde salió con sus padres y hermano, cuando los imperiales tomaron la ciudad. Fueron a parar en Sevilla. Otros le suponen nacido en Sevilla.

Recuérdese que Atanagildo (550-573) llamó a los bizantinos. ¿Qué fundamento histórico habrá tenido el señor Yela Utrillas en "Historia de la civilización Española en sus relaciones con la universal", página 134, para insinuar que San Leandro fue de origen hispano-bizantino.

En Nuevo Diccionario Latino-Español Etimológico, por don Raimundo de Miguel y el Marqués de Morante, 17.ª edición, se lee así: "Isidoro, cronista, gramático y teólogo erudito, y uno de los Santos que más honran a su patria, nació en Cartagena, ciudad de España, el año 570 de la Era Cristiana. Fue hijo de Severiano, gobernador de aquella ciudad y se educó con su hermano San Leandro, Arzobispo de Sevilla, al cual sucedió en 601. Fue el oráculo de España durante treinta y cinco años..., etc.

Según datos que recibo después de lo antedicho se confirman y esclarecen los hechos siguientes:

1.º Las estatuas de los Cuatro Santos que estaban en la Catedral Antigua de Cartagena haciendo corte a la Virgen del Rosel pudieron librarse del saqueo o incendio merced a la defensa que de ellas hizo, como de valiosísimas joyas de arte, el Cronista de la ciudad don Federico Casal.

2.º Desaparecieron quemadas las de la capilla de Santa María, destruída totalmente.

3.º Las estatuitas y urnas de la calle de los Cuatro Santos mandadas retirar en tiempo de la República, trátase de que sean repuestas en la histórica encrucijada.

4.º Los cuatro hermanos están honrados, no sólo con la llamada calle de los Cuatro Santos, sino con sendas calles y con grupos de Escuelas Graduadas, las primeras que funcionaron en España y que hoy son Nacionales.

5.º Hay iconos de los cuatro juntos o de alguno aislado en Cartagena, Murcia, La Palma, etc., etc., mas como no son exclusivos de San Isidoro, los omito en esta nota.

6.º Rodrigo Cerratense en la Vida de San Isidoro, al Breviario en 4 de abril y otros muchos, dicen que es natural de Cartagena.

NOTAS

1. "Fue el hombre providencial que convenía a su época y a los siglos que siguen", escribe Cairé en *Patrologie*, tomo II, pág. 258.

2. Sententias esse Sixti Philosophi, non Martyris, ait Hieronimus ad Ctesifontem, et 18 Ezechiclis, et librum I in Jovinianum, in quo deceptus Ruffinus, et retract. Aug. (Nota de Du Breul).

3. El núm. 909, 904 y 905. Los tres se titulan: *Etymologiae, De Summo bono*. El 903 tienela impresión: *Venetiis, Petrus Loheslein,* 1483. Hain-Copinger, 9.271. El 994, está impreso: *Venetiis, Bonetus Locatellus;* imps. Octaviani Scoti; II decemb. 1493. El 995:

Venetiis-Octavianus Scotus, S. XVI. Hain-Copinger, 9.277. Copinger III, pág. 587, col, 1, supone impresa esta obra en el siglo XVI.

4. Tajón de Zaragoza, discípulo mediato de San Isidoro, Julián de Toledo, Pedro Lombargo y otros después de San Isidoro fueron escritores de Sentencias. Tajón y Pedro Lombardo escribieron en cuatro libros, no en tres. ¿Acaso pueden ser tenidos como plagiarios? El título de "Maestro de las Sentencias", ¿a quién corresponde llevarlo,a Pedro Lombardo o a San Isidoro? (V. Arévalo, en *Migne*, t. 83, P. L., y Cairé, en *Patrologie*, etc.).

5. Así lo aprecia Cairé en la *Patrología*, diciendo: "Los tres libros de Sentencias constituyen un verdadero manual de dogmática, de moral y de ascética. Es una de las más útiles obras de San Isidoro y una de las que más aprecio y saboreó la Edad Media". (II, pág. 258).

6. Así lo dejó escrito el señor Yela Utrilla, mas hay que oponer a esto que San Ildefonso estuvo durante doce años oyendo y tratando a San Isidoro.

7. San Isidoro de Sevilla con San Gregorio, Casiodoro y Boecio son los educadores de la Edad Media, dice Cairé.

8. Véase Arévalo *S. Isidoro Hisp. opera omnia, Prolegomena P. L. Migne,* LXXXI y *Vacant et Mangenot,* Dictionaire, t. 13.

CAPITULO I

Dios es el Bien sumo e inconmutable

1. Dios es el Bien supremo, porque es inconmutable y es absolutamente incorruptible. Ciertamente, la creación es un bien; pero no el supremo, porque es mudable, y por más que sean un bien en realidad, con todo no puede ser a la vez el bien supremo.

2. ¿Qué otra cosa es la inmortalidad de Dios, sino su inconmutabilidad? En efecto, también los ángeles y las almas son inmortales, pero no son inmutables. Y, por tanto, sólo Dios se dice el Inmortal, puesto que sólo El es el Inmutable. Pues el alma no es inmortal, se corrompe, muere, cuando al dejarla Dios, se muda de lo bueno a lo malo, y de modo semejante cayó el ángel cuando le dejó Dios.

3. Lo que para existir tiene materia es mudable, ya que de lo informe pasa a tener forma; pero lo que no tiene materia es inmudable, como en verdad lo es Dios.

Perfecta y sustancialmente hay en Dios estas cosas: la incorrupción, la inmortalidad, la inconmutabilidad, y de ahí que justamente se antepone a toda criatura.

4. En Dios creemos que se muda la obra, no el consejo; y que no cambia Dios porque en consonancia con tiempos varios manda diversas cosas, sino que permaneciendo El mismo inconmutable y eterno, ya desde la eternidad en la disposición de su consejo persistió lo que sería congruente a cada tiempo.

5. No debemos juzgar por nuestras experiencias que Dios es una cosa y otra su hermosura y otra su grandeza, como en el hombre una cosa es el hombre y otra la hermosura, pues aun faltando la hermosura queda el hombre. Y por esto quien así entienda a Dios, cree que es corpóreo: en tanto que la hermosura y grandeza de Dios es el mismo Dios.

6. En razón de esto se dice que Dios es simple, ya que ni pierde lo que tiene ni El es otra cosa que lo que hay en el.

Pero es patente que, cosas que en Dios son perfecciones, se predican impropiamente o se atribuyen a vicios, como, por ejemplo, la simplicidad, que a veces se aplica a la bobería, y no es eso. En Dios hay la suma simplicidad.

Esta advertencia sirva de norma en la valoración de las otras atribuciones.

CAPITULO II

Dios es inmenso y omnipotente.

7. No llena Dios el cielo y la tierra porque le contengan, sino antes bien porque están contenidos en El. Dios no llena las cosas parcialmente, sino que siendo El mismo único, no obstante en todas partes está entero totalmente. No se debe pensar que Dios esté en todos los seres de modo que cada cosa lo contenga en proporción de su magnitud, es decir, las más grandes, más, y las más pequeñas, menos: cuando más bien El mismo está todo en todos, o todos están en El.

8. La majestad de la omnipotencia divina incluye todos los seres en la inmensidad de su poder, y nadie podrá encontrar manera de evadir su potencia, porque El lo envuelve todo por doquiera. Porque todas las cosas están coartadas dentro de la omnipotencia del divino juicio, tanto las que se deben conservar para que sean salvas, como las que hayan de cortarse, para que perezcan. Y así decimos que de ningún modo puede alguien escapar de Dios: porque quien no tiene a Dios aplacado, en manera alguna puede evadirse de Dios airado.

9. La inmensidad de la divina grandeza es de tal condición que es preciso entendamos que Dios está dentro de todo, pero no incluido, y fuera de todo, pero no excluido; y por tanto, interior para que contenga todos los seres, y exterior para envolverlos a todos en la no circunscrita inmensidad de su grandeza. Luego porque está exterior se manifiesta ser el Creador; y porque está dentro se demuestra que todo lo gobierna. Y para que no estuviesen sin Dios las cosas criadas, Dios está en lo interior de todas; mas para que estuviesen fuera de Dios, Dios está fuera para envolver por sí a todas las cosas.

10. La consumación de cualquier hecho llámase perfección. Mas, ¿cómo Dios, que no ha sido hecho, es perfecto? Este lenguaje, lo mismo

que las restantes palabras, tomólo la humana inopia a nuestra manera para que lo inefable se pueda decir de algún modo; porque el humano lenguaje nada dice dignamente de Dios.

11. Así, no estando Dios localizado, anda no obstante localmente en sus Santos, cuando está predicando por ellos de un lugar en otro. Porque Dios que no se mueve en el espacio ni en el tiempo, en sus servidores se mueve en el tiempo y en el espacio cuantas veces es predicado por ellos en los lugares.

12. Aunque de Dios no se diga dignamente cosa alguna ni según la cantidad ni según la calidad, ni según el sitio, ni según el hábito o el movimiento; tiene no obstante de alguna manera la anchura de la caridad, por la cual nos recoge del error y nos sostiene en la verdad; tiene también longura, por la que nos soporta con langanimidad a nosotros, los malos, hasta tanto que, corregidos, nos restituya a la patria futura. También tiene altura, por la que con la inmensidad de su ciencia sobrepuja todo sentido. Tiene también profundidad, a donde disponiéndolo con justa equidad preordena a los que han de ser condenados al infierno.

CAPITULO III

Dios es invisible

13. Cuando al hablar de Dios la Sagrada Escritura dice: "Ecce Deus", he ahí a Dios, no lo enseña como visible, sino que ciertamente significa que está presente. Porque aquello otro que dice: "Ecce Dominus" he ahí al Señor, significa que ningún sentido puede alcanzar la grandeza de la divinidad, ni aún el angélico; aunque la naturaleza humana después de la resurrección se mejore hasta cierta igualdad angélica y se perfeccione incansable para contemplar a Dios, no obstante no puede ver a Dios de lleno en su esencia, la que ni la misma perfección angélica alcanza realmente, según el Apóstol que dice (Philip´., IV-7): *La paz de Dios, que sobrepuja a todo entendimiento*; para que sobreentiendas también el de los ángeles. Porque sola la Trinidad es conocida íntegramente de sí misma y de la humanidad asumida por Cristo, que es una de las tres personas de la Trinidad.

14. La esencia de Dios puede ser conocida intelectualmente por un cierto modo maravilloso en tanto que se cree; pero su operación, que

ciertamente no puede ser igualada, y sus juicios de nadie son enteramente conocidos. Consta que los secretos juicios de Dios no pueden ser penetrados por entendimiento alguno ni angélico ni humano. Y por tanto, porque son ocultos, pero justos, es preciso venerarlos tan sólo, y temerlos, no discutirlos ni inquirirlos, como enseña el Apóstol (Rom. XI, 34), cuando dice: *¿Quién ha conocido los designios del Señor? O ¿quién fue su consejero?* (Isa. XL-13; Sap. IX-13).

CAPITULO IV

Dios es Creador: conócesele por la hermosura de la Creación.

15. Con frecuencia se contrapone a la incorpórea grandeza del Creador la corporal magnitud de las criaturas, para que por los seres pequeños se estimen los grandes, y de los visibles se aprecien los invisibles, y por la hermosura de las obras, se conozca al obrador de ellas; aunque no por equiparación, sino por una análogo cierta hermosura del bien oculta y creada.

16. Así como la obra de arte es para el artífice una alabanza, así es de las criaturas alabado el Creador de ellas, y cuánto más excelente sea El por la misma condición de la obra se muestra. De la limitada hermosura de la creación hace Dios que se entienda su belleza, que es imposible circunscribir: para que, por los mismos pasos por los que se apartó vuelva el hombre a Dios; para que quien por amar la belleza creada se arrancó la imagen del Creador, de nuevo por medio de la belleza creada retorne a la belleza del Creador.

El hombre para entender a Dios Creador camina por unos como grados de inteligencia de la creación, es decir: de lo insensible sube a lo sensible; de lo sensible asciende a lo racional; de lo racional, se remonta al Creador. Las cosas inteligentes de suyo alaban a Dios; las irracionales e insensibles, no de suyo, sino por mediación nuestra, cuando considerándolas alabamos a Dios, Más dícese que ellas alaban en cuanto que la misma causa engendra la alabanza de ellas.

Los antiguos dijeron: nadie hay tan corto de inteligencia que no tenga sentimiento hacia Dios. Y también: hasta del pedernal saltan chispas. Pues si del guijarro sale fuego, de seguro presiéntese el entendimiento allí en donde ni se siente la vida.

CAPITULO V

A Dios apropiamos formas a nuestro modo.

17. A nuestro estilo se dice que Dios es celoso, o que se duele; cuando ninguna perturbación de estos movimientos se da en Dios, en quien hay tranquilidad soberana. No se debe precipitar la sentencia del entendimiento creyendo que en Dios puede haber alguna perturbación de furor o de mutación; sino que la misma equidad de la justicia con que castiga a los reos es llamada ira en la Sagrada Escritura, porque quien la sufre tiene por furor e indignación lo que padece, por más que para el juez es equitativo.

Por lo mismo es necesario entender también así otras expresiones de afectos humanos que la Escritura aplica a Dios; de tal manera que se le ha de creer en sí mismo inconmutable, y no obstante se le llama en general con nombres de mudanzas, según los efectos producidos, debido a nuestro lenguaje, para que más fácilmente se entienda.

18. Con tanta clemencia atiende Dios a la humana flaqueza, que pues no podemos conocerlo tal cual es, se nos insinúa El mismo con locuciones usuales nuestras. Por esto no sólo quiso que se le aplicasen las cualidades descriptivas de miembros nuestros, sino también lo indigno de las pasiones con objeto de atraernos a sus cosas por las nuestras y para que en tanto que condesciende con nosotros, nos levantáramos a El.

19. Dios, para manifestarse a los hombres, toma de muchos modos figuras de cosas corporales, constando que el, en verdad, según la propia sustancia, es invisible e incorpóreo. Y muchas veces se atribuyen a Dios diversas cualidades tomadas de los cuerpos y que, sin embargo, en Dios no existen, porque en su propia naturaleza es incorpóreo y no limitado, sino que por los efectos de las causas se aplican al mismo las figuras de las cosas. Así por ejemplo, como ve todas las cosas, llámasele ojo; y porque todo lo oye, llámasele oreja; porque se aparta, anda; porque espera, está en pie. Así también en otras semejanzas de cuerpos se atribuyen a Dios imágenes tomadas de los movimientos y actos humanos, como diciendo "olvida", "recuerda". De ahí que el Profeta dice: "Juró el Señor de los ejércitos por su vida o alma"; no porque Dios la tenga como nosotros, sino porque lo relata al modo nuestro. Y en otro lugar parecido se llama por nombre de gusano y escarabajo. Y no es de admirar si se figura (o desfigura) con viles significados a quien se le reconoce que descendió a tomar las contumelias de nuestras pasiones, o

sea de nuestra carne. Y asimismo se describe a Cristo como cordero, no por naturaleza, sino por la inocencia, y como león, no por naturaleza, sino por la fortaleza; y como serpiente, por la muerte y prudencia, mas no por la naturaleza. Y también el Profeta aplica a Dios la figura de un carro que portea heno. Y por tanto Cristo, que en su propia sentencia ninguna es de estas cosas, lo es todas en las figuras.

20. Algunos de los necios engáñanse cuando leen que el hombre fue hecho a imagen de Dios, pensando que Dios es corpóreo; en tanto que la imagen de Dios tiénela, no en la carne, que es el cuerpo, sino en el alma, que es el espíritu. Luego no creamos haya forma corporal en Dios, que hizo al hombre a imagen suya; porque es la mente, no la carne, lo que creó a semejanza suya. Piensa pues cuál cuerpo tenga la verdad, y cuando hallares que no lo tiene, piensa: Dios es así.

21. En las Sagradas Escrituras por la cara de Dios se entiende, no la carne, sino el conocimiento de Dios: por la misma razón que cada cual es conocido por su cara vista. Y esto se dice a Dios en la oración (Ps. LXXIX, 4, 8, 20). *Muéstranos tu rostro*; que es como decir: danos el conocimiento de ti.

22. Boca de Dios es su Unigénito; porque como en lugar de las palabras, que existen por la lengua, ponemos muchas veces por una y otra la lengua; así en vez de la palabra de Dios pónese la boca; porque es costumbre formar con la boca las palabras. Y si quisieres demostrarlo por el género de locución en que se pone el agente en lugar de la obra, rectamente pones boca en vez de palabra; lo mismo que al poner lengua por las palabras y mano por las obras o las letras.

23. Huellas de Dios son las cosas por las que ahora conocemos a Dios en un como espejo. Mas el Omnipotente será hallado perfectamente cuando, en lo futuro, será presentado cara a cara a todos los elegidos, para que contemplen la hermosura misma, cuyos vestigios trabajan ahora por comprender: y esto es lo que se dice ver a Dios por un espejo. Y así lo restante.

CAPITULO VI

Dios es eterno, en El no hay sucesión, todo es acto.

24. A todos los tiempos precede la divina eternidad, y en Dios no hay algún tiempo, pasado, presente o futuro; sino que todas las cosas y tiempos se dicen en Dios presentes, porque en su eternidad las abarca

todas. De otra suerte habría de creerse a Dios mudable, si se le asignasen sucesiones temporales. Si algunos tiempos estuviesen siempre con Dios, no serían tiempo, sino eternidad, y no se cambiarían los tiempos, sino que estarían fijos.

25. El presente, el pasado y el futuro es cosa nuestra, no de Dios. Por ejemplo: decimos en presente, tengo un códice; en pretérito, tuve; en futuro, tendré. Pero Dios tiene la universalidad (de los tiempos), y en lugar de tuvo y tendrá, se dice tiene.

26. Pero ni aun a los ángeles mismos corresponde el andar y desandar de los tiempos. Porque hay dos criaturas o clases de seres para los que no valen las visicitudes de los tiempos, a saber: los ángeles (buenos), porque están inmudablemente unidos al Creador, y aquella materia informe, antes de que fuesen formadas todas estas cosas que se mueven ya en los tiempos, para la cual verdaderamente no servía el tiempo. Por tanto, entiéndase que el tiempo no corresponde a las criaturas que están sobre los cielos, sino a las que están debajo del cielo. Pues no a los ángeles, sino a nosotros que moramos bajo el cielo en este mundo ínfino, se nos acercan o pasan los tiempos.

CAPITULO VII

Del tiempo.

27. Manifiesta cosa es que antes del principio del mundo no hubo tiempo, porque siendo el tiempo mismo, una criatura, hase de creer que fue creado en el principio del mundo. Pues por esto se dice principio, porque en él tuvo comienzo la universalidad de los seres.

28. Ningún espacio ocupan corporalmente los tiempos, porque casi pasan antes que vienen. Por tanto, en las cosas ninguna es la estada de los tiempos, porque se mudan con el veloz movimiento de la criatura. Y ni cien años son un tiempo, ni un año es un tiempo, ni un mes es un tiempo, ni un día, ni una hora (es un tiempo), porque mientras que todas las dichas por sus partecitas se acercan y se van, ¿cómo puede llamarse una la cosa que no existe a la vez?

29. Hay que averiguar si lo pasado y lo presente existe, com existe el tiempo presente, y si existe, en dónde está. Más adviértase que todos los tiempos, los futuros, los pretéritos y los presentes han de buscarse principalmente en el alma.

30. Estos tres: pretéritos, presentes y futuros, consta que sólo pueden encontrarse en el alma, recordando los pasados, considerando los presentes, esperando los futuros. Por tanto, esperamos los que vendrán, miramos los presentes, recordamos los que pasaron. Mas esto no sucede en Dios, para quien todas las cosas existen simultáneas y presentes.

CAPITULO VIII

Del mundo.

31. El mundo consta de cosas visibles, pero que son también investigables. Mas el hombre, como compuesto de la universalidad de los seres, es, de alguna manera, otro mundo en pequeño.

32. La razón del mundo debe considerarse partiendo del hombre único. Porque así como el hombre llega al fin, que es la muerte, por las edades pasadas; así también el mundo fenece por cuanto se extiende en las épocas del tiempo, porque tanto el hombre como el mundo por lo que parecen crecer, disminuyen ambos.

33. Vanamente se arguye diciendo que Dios, habiendo estado por tantos años antes sin crear, tuvo un pensamiento nuevo de hacer el mundo; siendo así que en los eternos consejos estaba el de fabricar el mundo, y tampoco había tiempo antes del principio, sino eternidad. El tiempo tuvo principios con la sustitución de criaturas, mas la criatura no tuvo origen del tiempo.

34. Dicen algunos: ¿Qué hacía Dios antes que hiciese los cielos? ¿Por qué nació en Dios la nueva determinación de su voluntad para formar el mundo? Pero es el caso que no hubo en Dios voluntad nueva, porque sí es verdad que el mundo real no estaba, pero en las eternas razones y consejos siempre existía.

35. Dicen otros: ¿Qué cosa es el que Dios hizo de súbito el mundo que no hizo antes?, pensando que la voluntad de Dios se cambiara, porque quiso en un tiempo lo que en otro no quiso. A los cuales debe respondérseles. La voluntad de Dios es Dios, porque no es Dios una cosa y otra cosa su voluntad; de modo que en Dios lo mismo es el querer, que el ser. Ahora bien, el ser de Dios ciertamente es eterno e inmutable. Luego así es la voluntad suya.

36. La materia de la que el mundo fue formado precedió a las cosas con ellas hechas, no en tiempo, sino en origen, igual que el sonido al

canto. Pues el sonido es antes que el canto, porque la suavidad de la melodía corresponde al sonido de la voz, mas el sonido no pertenece a la melodía: que por esto ambos existen simultáneamente, pero aquél, el sonido al que responde el canto melódico, es primero.

37. La materia de que fueron hechos el cielo y la tierra fue llamada informe, porque todavía no habían sido formadas aquellas cosas que estaban por formarse, aunque la materia misma había sido hecha de la nada.

38. Una cosa es que algo pueda ser hecho, otra que es necesario que sea hecho. Es necesario que sea hecho lo que Dios incluyó en las naturalezas; mas puede hacerse lo que fuera del curso dado a las criaturas, se reservó el Creador de ellas para hacerlo cuando quiera.

39. No hay que pensar que las tinieblas tengan sustancias porque diga el Señor por un profeta: "Yo, el Señor, que formo la luz y crío las tinieblas". Porque como la naturaleza angélica que no prevaricó, se llama luz; así la que prevaricó es nombrada con el término de tinieblas. De ahí que en el principio la luz fue dividida de las tinieblas. mas por cuanto a los unos y a los otros (espíritus angélicos) crió Dios, por esto se dice: formando la luz, criando las tinieblas. No obstante, a los ángeles buenos, no sólo criándolos, sino también formándolos; pero a los malos sólo criándolos, no formándolos. Y esto debe entenderse también de los buenos y de los malos hombres.

40. En el Génesis después de haber enumerado la creación del cielo y de la tierra nómbrase al Espíritu Santo por esta razón. Pues como había que decir que El era llevado por encima, nómbranse antes aquellas cosas sobre las que se dijese que el Espíritu Santo Creador era llevado. Lo cual indica también el Apóstol, cuando demuestra los soberanos caminos de la caridad.

41. Por tanto dícese que el Espíritu Santo era llevado sobre las aguas, porque es el don divino, en el cual descansamos, y protegiéndonos es llevado sobre nosotros.

42. Cada naturaleza está apoyada en su peso (o inclinación). Mas el fuego y el aceite justamente tienden a subir a lo alto, porque con el símbolo figurativo de ellos se prueba que el Espíritu Santo es llevado sobre la universal creación.

43. El día hecho primero son los ángeles, y para insinuar la unidad de ellos no se dijo el día primero, sino el día uno; y por esto se va repitiendo siempre el día en la ejecución de la creación. El cual día, o sea, la naturaleza angélica, cuando contemplaba la creación misma, en

alguna manera atardecía, y no quedándose en la contemplación de aquella creación, sino refiriendo a Dios la alabanza de ella, y mirándola con más detenimiento en las razones divinas, al punto amanecía. Pero, si descuidando al Criador, se hubiese quedado en contemplar la creación, entonces ya no hubiera sido el atardecer, sino ciertamente la noche.

44. Cuando la criatura se conoce en Dios mejor que en sí misma, el mismo conocimiento propio, que en Dios es mayor, dícese día y luz. Mas el conocimiento de sí en sí misma, como en compensación de aquel conocimiento que hay en Dios, porque es muy inferior, llámase atardecer. Y por esto después del atardecer, amanecía. Porque en tanto que no conocía que el conocimiento propio en sí no le bastaba, para que pudiera conocer más de lleno, la criatura se refería a Dios, con lo cual, conociéndose mejor, hacíase de día.

45. Cuando dijo Dios: Hágase el cielo en el principio, no lo dijo como cuando nosotros decimos transitoriamente hágase algo: porque aquello dicho está eternamente en la Palabra única. Si de paso dijo Dios el fiat, ciertamente había alguna criatura de donde saliese tal voz. Mas como antes que dijese el fiat no hubo criatura, el mismo fiat que fue dicho, fue enunciado en la eternidad del Verbo, pero no con sonido de voz.

48. No es que siete veces haya sido vista y siete veces alabada la creación, puesto que antes de que fuera hecha fue perfectamente vista por él; pero cuando nosotros al ver cada obra la alabamos, sucede como si El la viera y alabase por nuestra mediación, al estilo de aquello (Math., X-20).: *No sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros*. Por tanto, así como El mismo habla por nosotros, así ve y alaba por medio de nosotros: mas por Sí mismo ve perenne y eternamente, mientras que por nosotros, temporalmente.

49. Atiende como en el principio las criaturas del universo son llamadas muy buenas en conjunto, aunque cada una sólo se llame buena; porqur también los miembros del cuerpo, siendo bueno cada uno, producen no obstante un bien mayor cuando todos y cada uno forman un cuerpo muy bueno.

50. El decoro de todos los miembros consiste en la hermosura y en la aptitud. Ahora bien, tiene hermosura lo que es por sí mismo hermoso, com un hombre que consta de alma y de todos los miembros. En cambio, lo apto es como el vestido y la comida. Y por tanto el hombre se dice hermoso en sí, porque no es el hombre necesario para el vestido y la comida, sino que éstas son cosas necesarias para el hombre. Mas son aptas porque no siendo hermosura por sí mismas, o en sí mismas, como

el hombre, están ordenadas a otra cosa, es decir, acomodadas para el hombre, pero no necesarias para sí mismas.

Otro tanto ha de decirse de la naturaleza de los restantes elementos.

49. Todas cuantas cosas son y fueron hechas son muy de admirar, pero en fuerza de la costumbre están rebajadas. Por tanto, escudriña de tal modo las obras divinas, que pienses siempre de ellas que son inmensas.

CAPITULO IX

Del mal: no es criatura de Dios.

50. El mal no ha sido creado, sino inventado por el diablo, y por esto el mal es nada, porque sin Dios nada ha sido hecho, y Dios no hizo el mal. No porque estuviera en algún lugar o tiempo el mal, por el que el diablo se hiciese malo, sino que siendo ángel bueno, por su culpa al ensoberbecerse hízose malo, y por esto rectamente se dice que él inventó el mal.

51. Consta que el mal no tiene naturaleza alguna, porque toda naturaleza es o inmudable, como es Dios, o mudable, como son las criaturas. Mas el mal por esto no es una naturaleza, porque añadiéndose a una naturaleza buena, la hace mal; y porque cuando se marcha, queda permanente la naturaleza, pero el mal que estaba presente en ella, en ninguna parte está. Y se conoce que el mal que daña a la naturaleza no es una naturaleza porque la daña y nada natural es dañino.

52. Cuando una naturaleza buena es dañada por causa de una voluntad mala, la misma mala voluntad es un testigo de la naturaleza buena, la cual en tanto testifica que ella es buena, en cuanto que Dios no permite quede impune por lo malo.

53. Piensan los herejes que el alma ha sido creada por Dios, los males por el diablo. De ahí que pongan dos naturalezas, una la buena; otra la mala. Pero el mal no es naturaleza, y aunque en verdad proceda del diablo, pero no es creado.

54. ¿Por cuál causa haya permitido Dios aparecer la condición del mal, sino para que por los males contrarios sobresaliesen el decoro de la naturaleza buena? Esta manera también se descubre empleada en el lenguaje. En griego esta figura se llama antitheton, y en latín, oposición o contraposición, y hermosea la locución cuando se profieren al canto los

contrarios de lo puesto. Así también el mal está mezclado en las cosas, para que el bien de la naturaleza resulte más excelente por comparación con el mal.

55. Dios hizo todas las cosas muy buenas. Luego nada es malo por naturaleza. Hasta las mismas cosas que parecen ser penales en las criaturas, como se usen bien, son buenas y provechosas; pero como se empleen mal, dañan. Luego de este modo hase de apreciar la criatura que nosotros tenemos como no buena: porque de suyo es muy buena por naturaleza.

56 Si raes las cejas de un hombre, poca cosa quitarás, pero todo el cuerpo, dejarás feo. Lo mismo sucede en la universalidad de la creación: si digeres que el último gusanillo es malo por naturaleza, infieres una injuria a toda la creación.

57. Por causa del pecado dicen males de las criaturas, como del fuego, porque quema; del hierro, porque mata; de las fieras, porque muerden. Por no considerar empero las ventajas, acusan en ellas lo que más bien deben imputarse a sí, por cuyo pecado todas estas cosas se han tornado nocivas, y que le estuvieron del todo sumisas antes del pecado. Por culpa nuestra, no por naturaleza suya, son malas para nosotros las que nos dañan. Pues buena es la luz, y perjudica a los ojos enfermos: y el mal está en los ojos, no en la luz. Y así las restantes.

59. Cuando el hombre es azotado con los aguijones de las criaturas y por las inclemencias de los elementos, esto es exigencia de la pena del pecado, para que el hombre, soberbioso para con Dios, padeciese las contrariedades de las cosas que están por debajo de él. De ahí que en la Sabiduría V, 21, se leen en pro de Dios: *El universo peleará con El en contra de los insensatos*. Luego, por causa de los pecados se ha hecho esto, que las cosas naturalmente prósperas para el hombre se le hayan vuelto contrarias. Lo dice Salomón (Sap. XVI, 24): *La criatura... redobla los ardores para atormentar a los injustos, y los mitiga en beneficio de aquellos que en Ti confían.*

60. No estará sometida la carne al espíritu, los vicios a la razón, si el ánimo no está sumiso al Creador. Y entonces estarán rectamente sometidas a nosotros todas las cosas que están debajo de nosotros, cuando nosotros estemos sumisos a aquel que sometió a nosotros aquellas cosas. Porque aun las que parecen estar sujetas a quien no está sumiso a Dios, antes bien someten al que subyuga su voluntad al amor de las que estima que le están sujetas.

CAPITULO X

De los ángeles

61. Angel es nombre de oficio, no de naturaleza: porque por naturaleza es espíritu. Mas cuando de los cielos son enviados para anunciar a los hombres algún mensaje, del mismo anuncio, llámanse ángeles: por su naturaleza son espíritus, y llámanse ángeles cuando son enviados.

62. La naturaleza de los ángeles es mudable, porque tiene en sí la mutabilidad; aunque los vuelve incorruptos la caridad sempiterna. Afirmamos que los ángeles son invariables por gracia, no por naturaleza; porque de haber sido inmudables por naturaleza el diablo, de cierto, no habría caído. Por tanto, a la mutabilidad de la naturaleza sufraga en ellos la contemplación del Creador, de la cual fue privado el ángel apóstata, cuando pretendió que su constancia no fuese debida a Dios, sino a sí propio.

63. Los ángeles fueron hechos antes que toda la creación, cuando se dijo: "Hágase luz". Porque de los mismos dice la Escritura (Eccli. XXIV, 14). "La sabiduría fue creada ante todas las cosas". Llámanse luz al participar de la luz eterna, y sabiduría, al estar adheridos a la ingénita sabiduría. Y aunque por naturaleza son mudables, la contemplación divina no deja que sean mudados.

64. Los ángeles fueron creados antes que la creación de todo el mundo, y antes de la creación de los ángeles fue criado el diablo, como escrito está: El mismo es principio de los caminos de Dios. De donde por comparación con los ángeles fue llamado Arcángel. Porque fue creado antes, no con prelación de tiempo, sino con prelación de orden.

65. Entre los ángeles, el diablo tuvo primacía; de la que cayó por su audacia, de tal manera que no es librado sin reparación. La excelencia de esta primacía anunciaba el Profeta (Ezech. XXXI, 8), con estas palabras: *En el paraíso de Dios no hubo cedros más empinados que él; no igualaron los abetos a su copa... no hubo en el paraíso de Dios un árbol semejante a él, ni de tanta hermosura.*

66. Distante está la condición del ángel de la del hombre: porque el hombre fue creado a semejanza de Dios, mas el ángel caído fue llamado sello de la semejanza, testificándolo el Señor por Ezequiel, XXVIII, 12, 13; *Tú, sello de la imagen, lleno de sabiduría y colmado de hermosura, vivías en medio del paraíso de Dios.* Porque cuanto es más sutil su naturaleza, tanto más de lleno quedó impresa la imagen de la verdad divina.

67. Créese que el diablo cayó del cielo antes de que el hombre fuese creado. Porque tan pronto como fue hecho, estalló en soberbia y fue precipitado del cielo. Según testimonio de la verdad, fue mendaz desde el principio, y no perseveró en la verdad; porque al punto de estar hecho, cayó. Cierto que fue creado en la verdad, pero no perseveró, pronto cayó de la verdad.

68. Sólo por un acto de soberbia, al compararse con Dios por engreimiento, cayeron tanto el hombre, como el diablo: sólo que el hombre, convirtiéndose a penitencia, reconócese inferior a Dios; el diablo empero, no sólo no se contenta con igualarse a Dios, por lo cual fue derrotado, sino que además dice que es superior a Dios. Lo dice así el Apóstol (2 Tesal. II, 4), cuando habla del anticristo: *El cual se opondrá y se alzará contra todo lo que se dice Dios, o se adora.*

69. El diablo ya no pedirá perdón, porque no se compunge para arrepentimiento; mas los miembros suyos lo piden con hipocresía, y sin embargo por la mala conciencia no merecen alcanzarlo.

70. Aprecia la miseria humana que Dios es más pronto provocado a otorgar el perdón, cuando se compadece del hombre enfermo, en razón de que éste arrastró de la parte inferior, es decir, de la carne en que el alma se encuentra encerrada, la debilidad de pecar.

71. Los ángeles apóstatas por esto no tienen perdón, porque cayeron sin el peso de la fragilidad de la carne para que pecaran; mas los hombres son recibidos al perdón después del pecado, porque arrastraron el peso de la enfermedad del lodo material, y por tanto dada la débil condición de la carne, para salvarse el hombre, queda patente la vuelta o conversión. Y así lo canta el Salmo: "Conoce El de qué estamos formados. Acuérdate, oh Señor, que somos tierra". Y otra vez dice: "Acuérdate, Señor, cuán débil es mi ser".

72. Después que los ángeles apóstatas cayeron, los restantes quedaron consolidados en la perseverancia de la eterna dicha. Por lo cual después de la creación del cielo se repite: Hágase el firmamento, y el firmamento llamóse cielo. Es decir, para manifestar que después de la caída de los ángeles, los que permanecieron, merecieron la firmeza de la eterna perseverancia y dicha, que antes habían recibido menos.

De lo cual debe reconocerse que la malicia de los malos es de utilidad a los santos, porque donde los malos caen, los buenos adelantan.

73. El número de los ángeles buenos, que después de la caída de los ángeles malos quedó disminuído, será completado por el número de los hombres elegidos, número sólo de Dios conocido.

74. Entre los ángeles se dan diferencias de poderes, y en razón de la dignidad de grados tienen distribuídos los ministerios: unos tienen preferencias a otros, tanto por la alteza del poder, como por la ciencia de la virtud. Así es que unos obedecen a los preceptos de otros y cumplen los mandatos. Por esto al Profeta Zacarías un ángel envía a otro ángel y le manda todo cuanto debe anunciar.

75. Que son nueve las clases u órdenes de ángeles lo atestiguan las Sagradas Escrituras, es a saber: Angeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Principados, Potestades, Querubines y Serafines. También el Profeta Ezequiel XXVIII, 13, pone el número de estos órdenes bajo el símbolo de otros tantos nombres de piedra (preciosas) hablando de la primacía del ángel apóstata, dice: *En tus vestidos brillaban toda suerte de piedras preciosas: el sardio* (rubí), *el topacio, el jaspe* (diamante), *el crisólito, el ónique, el berilo, el zafiro, el carbunclo, la esmeralda y el oro*. Número con que están designados los mismos órdenes de ángeles por las piedras que el ángel apóstata, antes de caer, tuvo sobrepuestas en la vestimenta de su adorno. Al contemplarse tal, como se vio más esclarecido que todos, al punto se hinchó y levantó su corazón con la soberbia.

76. Los ángeles siempre se gozan en Dios, no en sí mismos. Pero el diablo es malo por esto, porque buscó, no lo que toca a Dios, sino lo que a sí se refiere. Y no hay iniquidad mayor que el querer uno gloriarse, no en Dios, sino en sí mismo.

77. Los ángeles en el Verbo de Dios conocen todas las cosas antes que sean hechas en realidad: aun las que para los hombres todavía son futuras, los ángeles, revelándolas Dios, las conocen. Los ángeles prevaricadores, después de haber perdido la santidad, no por ello perdieron la vivacidad intelectual de la criatura angélica. Porque de tres maneras descuellan por la agudeza de la presciencia, a saber: por la sutileza natural, por la larga experiencia y por la revelación de las potestades superiores.

78. Cuantas veces Dios enojado con este mundo lo castiga con algún azote, para este ministerio son enviados vengadores de los ángeles apóstatas, los cuales no obstante se ven coartados por el poder de Dios para que no dañen cuanto quieran. Pero los ángeles buenos están destinados para el ministerio de salvar al hombre, para que administren los cuidados del mundo, y para que todo lo rijan por la ley de Dios. Lo atestigua el Apóstol (Haebr., 1, 14): *¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?*

79. Los ángeles, cuando se aparecen a los hombres, toman los cuerpos en que padecen, del aire superior y se revisten una figura sólida sacada del elemento celeste, por medio de la cual se ponen más de manifiesto a las miradas humanas.

80. Créese que cada una de las razas o gentes tiene ángeles tutelares, y se prueba por el testimonio de un ángel, que hablando a Daniel, dijo: *Yo he venido para anunciarte por causa de tus oraciones. Pero el príncipe del reino de los Persas se ha opuesto a mí.* Y después de otras cosas: *Nadie me ayuda en todas estas cosas si no es Miguel, que es vuestro príncipe.*

81. También se prueba que todos los hombres tienen ángeles, porque en el Evangelio habla el Señor diciendo: *os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial.* De ahí también en los Hechos de los Apóstoles, cuando Pedro llamaba a la puerta, dentro dijeron los Apóstoles: No es Pedro, sino el ángel suyo es.

82. Si los ángeles miran y ven a Dios, ¿por qué dijo el Apóstol Pedro: "Y que los mismos ángeles desean contemplar? Además si no le miran ni le ven, ¿cómo es que, según la sentencia del Señor "sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara del Padre celestial? –Pues bien están ambas cosas. Porque en verdad creemos que los ángeles, no sólo ven a Dios, sino que también desean contemplarle; y lo poseen, y se apresuran a poseerlo; le aman y se esfuerzan en amarlo. Porque si de tal modo desean ver, que no gocen del efecto del deseo, tal deseo contiene una necesidad; necesidad que es pena: mas toda pena está lejos de los ángeles bienaventurados, porque jamás la pena y la dicha coinciden simultáneamente. Por otra parte, si decimos que ellos están saciados con la visión de Dios, la saciedad suele engendrar hastío; y sabemos que la visión de Dios, que ellos desean, no puede hastiarlos. Pues, ¿para qué es esto, si no es para que, por modo admirable, creamos ambos extremos, es decir, que desean y que están saciados? Pero desean sin padecer y están saciados sin hastiarse. Pues para que en el deseo no haya necesidad, los que desean están saciados, y también para que la saciedad no sea fastidio, saciados desean. Luego los ángeles ven la cara del Padre hasta saciarse, pero como tal saciedad desconoce el hastío, los ángeles desean mirarle siempre más así.

83. En todas las Santas Escrituras está puesto Angel por Dios; no el Padre, no el Espíritu Santo, sino que sólo se sobreentiende el Hijo por motivo de la Encarnación.

84. Antes de la venida del Señor en la Encarnación hubo discordia entre los ángeles y los hombres. Mas al venir Cristo puso paz entre sí, tanto en los ángeles como en los hombres. Porque en habiendo el nacido, cantaron los ángeles: *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.* Así pues por la Encarnación de Cristo no sólo quedó el hombre reconciliado con Dios, sino que también fue establecida la paz entre los hombres y los ángeles.

Que antes de la venida de Cristo hubo discordia de los hombres y de los ángeles se conoce sobre todo porque en el Antiguo Testamento los ángeles saludados por los hombres despreciaban tales saludos; mas en el Nuevo Testamento, habiéndolo hecho Juan, no tan sólo respetuosamente no lo acepta el ángel, sino que a su vez lo estorba.

85. Por causa de esto en el Antiguo Testamento el hombre es menospreciado y no es correspondido con saludo por el ángel. Mas cuando Dios se hizo hombre, éste es respetuosamente saludado por el ángel. Porque en el Nuevo Testamento leemos, ya que el ángel Gabriel saludó a María, ya que a Juan que saludaba a un ángel, éste le dijo: "Guárdate de hacerlo, que yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos". Conócese pues que mediante la Encarnación del Señor fueron hechas las paces entre los hombres y los ángeles.

CAPITULO XI

Del hombre

86. Debajo del cielo todas las cosas fueron hechas por causa del hombre, y el hombre por sí mismo, y de ahí que todas están relacionadas con la semejanza de él por metáfora. Es manifiesto que todas las cosas naturales sonle comunes con todas las que le componen, y que en el hombre están contenidas todas y que en él hay lo natural de todas las cosas.

87. En el universo el hombre es una gran parte: en tanto grado es más excelente que las restantes, en cuanto más se avecina a la imagen de Dios. Cuánto aventaje el hombre a las demás criaturas en dignidad de virtud, se colige de la reverencia misma del acto creador, ya que para todas las obras dijo Dios: Háganse, y fueron hechas. Mas para crear al hombre quiso hacerlo con una como deliberación del consejo eterno, diciendo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza".

88. Pues como fuimos creados buenos en lo natural, de alguna manera por causa de la culpa nos hemos vuelto malos contra naturaleza.

89. Dios así como previó que el hombre pecaría, así también previó de qué modo repararía mediante la gracia a aquel que por su albedrío tuvo poder de perderse.

90. En principio Adán y Eva fueron creados a la vez, pero individualmente, la mujer después fue formada de la costilla del varón. Por tanto ambos fueron creados a la par, con orden de razón, y no a la par, con orden de tiempo.

91. El varón fue hecho a imagen de Dios; la mujer fue formada a semejanza del varón: por lo cual en ley natural le está sometida.

92. Asimismo el hombre fue hecho para sí, la mujer fue creada para ayuda del varón.

93. Por causa del pecado el hombre entonces fue entregado al diablo cuando oyó: eres tierra y acabarás en tierra. Porque entonces se dijo al diablo: comerás tierra. Por lo cual dice el Profeta: "para la serpiente, su pan es el polvo". Porque la serpiente es el diablo; el polvo, los impíos, que son el manjar del diablo.

94. Porque con la mala voluntad caemos en los profundos, con razón para obrar bien (subimos) nos levantamos con trabajo. Esto no sucedería así, si el deleite no hubiera persuadido al crimen a los primeros hombres, a quienes era bastante tan sólo querer para vivir bien; y al punto y sin dificultad la acción hubiera obedecido.

95. Que en el ánimo del hombre haya división y lucha es en pena del pecado. Desde el primer hombre se ha propagado a todos sus hijos; para que quien no quiso estar sometido a Dios que mandaba, fuese a sí mismo rebelde y contrario. Por esto no podrá estar subyugado a sí, como antes no estuviere subyugado a Dios. Así servirá de mala gana el que no quiso buenamente servir a Dios de grado.

96. ¡Cómo hase derramado variamente, por diversas cosas el género humano, desde que se sustrajo de la única estable y siempre permanente solidez de la divinidad! Porque mientras que apetece alguna cosa, como que allí fija ya el descanso del alma. Mas cuando no le satisface, muda la intención, pasa a otras y otras, y cuando por diversas acciones ha buscado, y no ha hallado descanso, vive miserable en dolor y variedad y se encuentra vacío de descanso. Por más que esta mutabilidad (versatilidad) no es congénita con el hombre, sino que por la primera prevaricación se le añadió; pero no obstante ya se ha convertido en connatural, porque originariamente desde el primero se ha transmitido a todos los hombres, igual que la muerte.

CAPITULO XII

Del alma y sus potencias.

97. El alma es vida del cuerpo; la vida del alma Dios. Y como el cuerpo sin alma está muerto, así el alma sin Dios está muerta.

98. El alma del hombre no es el hombre: mas el cuerpo, hecho de limo (homo ex humo), etimológicamente el hombres es sólo esto. Mas habitando el alma en el cuerpo, por la misma participación de la carne, recibió el nombre de homo, hombre. El Apóstol llama hombre, no a la carne, sino al ánima interior, que fue creada a imagen de Dios. Luego malamente creen algunos que el alma del hombre es corpórea; cuando por esto fue hecha a imagen de Dios, para que, pues no podía ser inmutable como Dios, al menos fue incorpórea como Dios.

99. Como los ángeles, así también las almas; porque tienen principio, pero no término o fin. Porque en las cosas hay unas que son temporales; otras perpetuas; otras empero eternas. Son temporales las que tienen nacimiento y muerte (principio y término); perpetuas las que tienen comienzo, no término; eternas las que no tienen comienzo ni término.

100. Consta que el alma no es una partícula de la divina sustancia o naturaleza, y que no existe antes de que sea unidad al cuerpo, sino parece que entonces es creada cuando es formado el cuerpo al que es unida. Algunas sentencias de Filósofos dicen que el alma existe antes que nazca el cuerpo. Que esto sea verdad no hay indicios que lo prueban. Porque si hemos existido antes ni nosotros lo sabemos, ni tenemos hombre alguno que lo afirme. Por tanto no hay que preguntar lo que de preguntarlo resulta ser ridículo, digno de burla.

101. Los gentiles y los herejes empéñanse en disputar del alma; mas ¿cómo pueden de algún modo sentir rectamente alguna cosa del alma los que desconocen al Hacedor, a cuya imagen fue hecha? Y por eso dijeron muchos errores.

102. El alma muda de sentimientos, no con el lugar, sino con el tiempo. El cuerpo, en cambio, es mudable tanto por el lugar como por el tiempo, porque envejece con el tiempo y cambia de lugar. Lo que significa para el cuerpo el cambio de lugar, eso es para el alma la movilidad de sus pensamientos. Más entonces se apoderó del alma la inconstancia de los malos sentimientos, cuando el primer hombre, renunciando a la contemplación de lo eterno, no quiso depender de Aquel

de quien se había apartado sin razón, y, perdida su constancia, por justo castigo, sucumbió fascinado por el diverso encanto de los seres.

103. El alma de su natural posee un grande esplendor, pero se oscurece por la unión de la carne en la que está aprisionada; porque por parte de la carne se muda a la flaqueza de pecar. Salomón (Sap. IX, 15) es quien lo enseña: *El cuerpo corruptible apesga el alma, y este vaso de barro deprime la mente, ocupada en muchas cosas.*

CAPITULO XIII

De los sentidos corporales.

104. Ni por la fuerza, ni por los sentidos corporales, sino por la razón del alma aventajamos a los restantes seres.

105. Para usar las cosas corporales es suficiente el sentido corporal, pero no lo es para alcanzar los espirituales. Mas los hombres halagados por el uso de los seres corpóreos piensan que no hay nada más que lo que se obtiene por los sentidos del cuerpo. Los sentidos corporales como se aventajan entre sí por la diversidad de sus lugares, así también se aventajan por el poder de sentir. Porque así com el olfato es más noble que el gusto, tanto por el sitio que ocupa, como por la mayor extensión del sentir; otro tanto sucede con el oído respecto al olfato, porque oímos más de lejos que no se huele; otro tanto con los ojos y el oído, porque vemos más lejos que oímos. Mas el ánimo se sobrepone a todos estos sentidos, no sólo por el lugar, sino por la eficacia. Puesto en el alcázar de la cabeza, lo que ellos corporalmente no alcanzan, éste intelectualmente lo contempla. Más todavía: el sentido de la vista aventaja a los restantes sentidos por cuanto los objetos de los otros sentidos los aplicamos a la vista, como cuando decimos: mira cómo suena, mira cómo sabe, etc.

106. Como el ojo ve las otras cosas, pero a sí no se ve, así también el ánimo: porque ve los orígenes de las cosas, las especies y las magnitudes; pero con respecto a si está tocado de una ignorancia de su realidad tan grande, que nada contempla más incierto en todas las cosas.

107. ¡Oh hombre, que admiras la altura de los astros y la profundidad del mar!, entra y admira, si puedes, el abismo de tu ánimo. Pensando muchas cosas con independencia de sentidos corporales y de imágenes vivas, las miramos tan sólo con el ánimo, y las retenemos en la memoria

donde la mente se las fija. Y así también entendemos muchas cosas sensibles que no podemos expresar con palabras.

108. Los infantes, aunque son inofensivos de obra, no lo son de pensamiento; mas el movimiento que llevan en la mente todavía no pueden ponerlo por obra; por tanto en ellos la edad, no el ánimo es imbele. Porque la debilidad del cuerpo aun no les obedece al mandato de la voluntad; y no pueden por tanto dañar de hecho como están impulsados con el pensamiento.

109. De la causa ha tomado el nombre: *cogitatio*, cogitación. Cuando se hace fuerza el ánimo para que recuerde lo que se encomendó a la memoria se dice *cogitatio*, que reflexiona. La memoria es el tesoro de todas las cosas, ella es el custodio de lo encontrado, ella de lo pensado, mas en limpio disputar algo de ella es cosa difícil, porque es grande la perplejidad sobre ella, y ella es el ánimo.

110. La imagen alejada de los sentidos corporales deja en la memoria una semejanza de su figura, aunque la dicha la recordamos no por medio de imágenes, como lo demás, sino como el gozo, sin imagen. Cuando recordamos el olvido, no está presente por sí mismo; porque de estar por sí mismo presente, cierto que no olvidaríamos.

111. Los hombres y los animales tienen memoria igualmente, mas en los animales irracionales no se da entendimiento alguno, que es exclusivo del hombre dotado de razón. Porque en los demás hay en la misma cualidad de sus conocimientos, sentido corporal, no inteligencia de la mente.

CAPITULO XIV

Del Cristo: Dios-Hombre.

112. El perfeccionamiento del Hijo de Dios ni empezó a ser, ni terminó, a fin de que no haya pasado, si terminó, y de que no esté perfecto, si dura aún; sino que es eterno y por tanto perfecto, en cuanto en él se tiene eternidad y perfección.

113. Cristo desde el seno virginal se dice menor que el Padre, es a saber, en cuanto a lo humano asumido, no en cuanto a la divinidad.

114. Cristo bajo la forma de siervo es siervo y no siervo al mismo tiempo. Pues que en la forma de siervo, es siervo del Señor, y en forma de siervo, Señor de todo. Cristo en la forma de siervo, por motivo de la

excelencia de la concepción, es Señor de todos; porque si bien tomó carne, pero no por contagio libidinoso de carne.

115. *El mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre* (1 Tim. 11, 5) en manera alguna es uno (una persona) en la humanidad y otro (otra persona) en la divinidad; sino que en las dos naturalezas es uno y el mismo (única y la misma persona). Y no fue concebido puro hombre, ni nació puro hombre, ni posteriormente mereció que recibiese el ser Dios; sino que el Dios-Verbo, permaneciendo inmudable la esencia, que le es común con el Padre y el Espíritu Santo y coeterna, tomó carne para la salvación humana, en la cual carne se pudiera manifestar el que es impasible en condición de padecer, el inmortal en la de morir, y el eterno antes de los siglos como temporal.

116. *El mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre*, aunque una cosa sea por parte del Padre y otra por parte de la Virgen, no obstante no es uno (una persona) de parte del Padre y otro (otra persona) de parte de la Virgen, sino el mismo eterno del Padre, el mismo temporal de la Madre; el mismo que hizo, el mismo quien fue hecho; el mismo del Padre sin madre, el mismo de madre sin padre; el mismo templo del Creador, el mismo Creador del templo; el mismo autor de la obra, el mismo obra del autor, permaneciendo único en ambas cosas y en ambas naturalezas, sin confundirse por la unión de las naturalezas, ni duplicarse por la distinción de las naturalezas.

117. Por esto Dios vino hombre, porque por sí mismo no pudo ser conocido por los hombres. Pero en lo mismo que a nosotros favoreció, así por ello se acarreó desprecio, porque la flaqueza que por causa de nosotros tomó, el hombre soberbio la despreció. Por este motivo (1 Cor. 1, 27): *Dios ha escogido a los necios, según el mundo, para confundir a los sabios y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes que no le conocían.*

118. Así como el infante inválido no puede tomar alimento sólido, si antes no es digerido por la madre para que se convierta en el jugo de la leche, a fin de que lo que no pudo comer, lo beba chupando leche del pecho; así también nosotros, como estábamos enfermos para mirar la eternidad del Verbo, el mismo Verbo hízose carne, para que nutridos por medio de la carne, y hechos más fuertes, quedemos saciados, como los ángeles, contemplando el manjar sólido, es decir, el Verbo de Dios sempiterno con el Padre.

119. Son dones primeros de Dios aquellos por los que nos manifiesta que somos reos. Nosotros, que mientras que estamos bajo reato de

culpa, nos creíamos ser justos. Vino el médico, descubrió la llaga, compúsose a sí mismo en medicina, y de su muerte nos la propinó, para no ser tan sólo descubridor de la herida, sino también el que la cura.

120. Cristo vino en primer término a Israel, y así dice (Math. XV, 24): "Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel"; pero no calló el Profeta que no le creerían y dice: El primero dirá a Sión: Presente. Y a Jerusalén daré un Evangelista: y vi, y no había ni hubo quien tomase el consejo, e interrogado respondiese palabra. Mas como pasó a los gentiles, prosigue: *He aquí mi siervo, yo estaré con él; mi escogido, en quien se complace el alma mía; sobre él he derramado mi espíritu; él mostrará mi justicia a las naciones* (Isaías, XLII, 1.)

121. Aunque el diablo no supiera el orden de nuestra liberación, supo no obstante que Cristo vino por causa de la salvación de los hombres, pero que el mismo Cristo nos redimiría con su muerte, lo ignoró: por esto lo mató. Porque si hubiera sabido él que Cristo redimiría con su muerte al género humano, de seguro no le habría matado. Que el diablo conoció que Cristo había venido por la salvación del género humano lo enseña el testimonio del Evangelio. Tan pronto como le vio, al conocerle, temió y dijo (Marc. 1, 24): "¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, oh Hijo de Dios? *Has venido a perdernos antes de tiempo*".

122. Cristo, así como no admitió pecado merecedor de pena, así tomó la pena de nuestro pecado, para absolver, mediante la pena suya indebida, la culpa por nosotros contraída; a trueque de que el diablo, mediante esto, perdiese los reos que detentaba, ya que mató al único que no había admitido pecado alguno. Y por tanto perdió los que casi en justicia retuvo, porque injustamente mató a nuestro Redentor.

123. Con la muerte del Señor el diablo fue engañado como un pájaro. Porque Cristo, habiendo dejado al descubierto la mortalidad de su carne, que aquel apetecía destruir, escondió la divinidad, como un lazo con el cual enredóle como a incauta avecilla, con sabia trampa. Porque si Cristo inocente no fuera muerto, el hombre adjudicado al diablo por la prevaricación no fuera absuelto.

124. El diablo, mientras que en Cristo arremete contra la carne de la humanidad, que estaba patente, es cogido como con anzuelo por la divinidad, que estaba latente. Porque hay en Cristo como anzuelo, la divinidad: mas el cebo es la carne, según la línea genealógica contada por el Evangelio. Es Dios Padre quien tiene esta línea. El Apóstol (1 Cor. XI, 3), dice: *Cabeza de Cristo lo es Dios*. Y Lucas, III, 23, 38, que teje la genealogía de Cristo desde lo que es bajo hasta lo sumo, empieza por José

y la completa en Dios, diciendo: *El cual fue hijo de Helí*, y para terminar la línea del linaje, dice: *Que lo fue de Dios.*

125. Para esto bajó el Señor a los infiernos, para dejar expedito el camino de volver a los cielos a los que estaban detenidos en el limbo no en pena, conforme a un testimonio de Isaías (LI, 10), que dice: "Abriste camino en el profundo del mar, para que pasaran los que habías libertado". Porque Cristo abrió camino en el fondo del mar, cuando al bajar a los infiernos, enseñó a los santos el camino para dirigirse a los cielos.

126. Desde el tiempo de la Resurrección de Cristo, los santos, al punto que salen del cuerpo, luego suben a la morada celestial, lo que no se concedía a los antiguos Padres. Porque antes de la venida del Salvador, aunque sin pena aflictiva, sin embargo no en el cielo, sino en el Limbo estaban detenidas las almas de los santos. Para libertarlos bajó el Señor a los infiernos.

127. Cristo al subir a los cielos alejóse verdaderamente en carne, mas está presente por su majestad, conforme a lo que dijo (Math. XXVIII, 20): *Yo estoy siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos.*

128. Está Cristo sentado a la diestra del Padre, no porque el Padre tenga diestra corporal, sino que la diestra del Padre es la bienaventuranza, como la siniestra es la miseria o desdicha.

CAPITULO XV

Del Espíritu Santo.

129. El Espíritu Santo es Creador como el Padre y el Verbo. El Profeta lo atestigua (Job, XXXIII, 4): *El espíritu de Dios me crió, y el soplo del Omnipotente me dio la vida.*

130. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, y de ahí que son uno el Padre y el Hijo; porque nada tiene el Padre que no tiene el Hijo. Porque no podrá proceder de ambos y a la vez estar en ellos una cosa única y consubstancial de ambos, de no ser una misma aquellos de quien procede.

131. La Iglesia recibió en prenda el Espíritu Santo, para que mediante El los creyentes fuesen hechos un cuerpo (místico) por aquel por quien el Padre y el Hijo son una misma naturaleza, como lo atestigua el mismo

Salvador dirigiéndose al Padre (Joan, XVII, 22): *Para que sean una cosa como también somos uno nosotros.*

132. Cristo testificó que no sólo del Padre fue enviado, sino también del Espíritu Santo, por el Profeta, que dice: "Acercaos a mí y escuchad esto: No desde un principio habité en lo oculto, antes que fuese hecho el tiempo, allí estaba. Y ahora el Señor me ha enviado y su Espíritu".

133. Al Espíritu Santo, en cuanto es consolador, se le llama Paráclito. Porque *paraclesis* se traduce en latín *consolatio* y en castellano *consolación*. Y en verdad, cuando distribuye los dones de las cosas sagradas, da consolación al ánima. Ciertamente creo que siente grande alegría quien aprende alguna cosa por revelárselo el Espíritu de Dios.

134. El don del Espíritu Santo se divide singularmente en los miembros de la Iglesia, y en cada uno se distribuyen sendos dones. Mas Cristo poseyó la total plenitud de las gracias. De El se lee así (Joan, I, 14): *Lleno de gracia y de verdad.* Por lo tanto en Cristo se da la plenitud de las gracias, mientras que a cada uno de los elegidos se atribuyen sendos dones.

135. Del Espíritu Santo depende toda la gracia de los dones. Porque El reparte como quiere la gracia de los dones dando a unos palabras de sabiduría; a otros de ciencia; a otros la fe, y así en virtud del Espíritu Santo a cada uno se distribuye una suerte de gracias; y en todas ellas actua uno mismo. Porque también El mismo enseña cosas inefables imposibles de ser proferidas en lenguaje humano.

136. Antes de la venida de Cristo solamente los Profetas y algunos justos entre todo el pueblo merecían el don del Espíritu Santo; mas luego de la venida del Señor, el Espíritu Santo se ha distribuído a todos los creyentes, como lo dice el Señor hablando por el Profeta (Joel, 11, 28): *Después de esto sucederá que derramaré yo mi Espíritu sobre toda clase de hombres, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.* Porque ahora se ha dado a todas las naciones la gracia del Espíritu Santo, y no a unos pocos, como en el pueblo israelítico, sino que permanente está la gracia del Espíritu Santo en toda la multitud de los creyentes.

137. Alguna vez los dones del Espíritu Santo se confieren a indignos y réprobos: así fue comunicado el don de profecía a Saúl y a Balaán. Por esto al fin dirán muchos (Math. VII, 22, 23): "Señor, hicimos prodigios en tu nombre". A los tales responderá el Señor: "Desconozco de qué espíritu sois."

138. No solo los santos Profetas del pueblo judío esperaron la venida de Cristo, porque hubo también entre las naciones muchos santos

varones que poseyeron el don de profecía, a quienes era Cristo revelado por el Espíritu Santo, y por quienes era esperada su venida, como Job, como Balánan. Los cuales ciertamente predicaron la venida (de Cristo).

139. La conversión de los gentiles estaba oculta al pueblo antiguo, mas era consejo de Dios que se hiciese, y entonces la venida de Cristo era anunciada por los santos Profetas embozadamente por medio del Espíritu Santo, como dice un Profeta: "Cuando hayan llegado los tiempos, serás conocido, cuando haya llegado el día, serás manifestado". Ahora empero está manifiesto lo que entonces estaba oculto a los carnales, aunque para los espirituales era conocido; mas no se declaraba abiertamente, porque el tiempo no era llegado.

CAPITULO XVI

La Iglesia y las herejías.

140. Doble es la hermosura de la Iglesia: una la que consigue aquí viviendo bien, otra por la cual es glorificada en recompensa.

141. Dobles tribulaciones sufre la Iglesia por Cristo, es a saber: las que sufrió de los paganos en los mártires, y las que sufre de lo herejes en las diversas contiendas; mas ambas por la gracia de Dios las supera, en parte sufriendo; en parte resistiendo.

142. La Santa Iglesia Católica así como paciente tolera a los que viven mal, así aparta rechazando de sí a los que creen malamente.

143. La Santa Iglesia contra la protervia de los gentiles y herejes cuida con esmero de oponer sabiduría y paciencia; la sabiduría vese ejercitada cuando es combatida con palabras, la paciencia cuando es atacada con la prueba de la espada (o autoridad perseguidora): porque unas veces es combatida con persecuciones, otras es atacada con falsos asertos.

144. Con ocasión de la malicia herética se ha propagado la Iglesia doctrinalmente, puesto que anteriormente tenía vigor sólo por la fe sencilla. Ahora bien, con ocasión de los herejes se propagaron los doctores de la fe, y por las agudezas de las herejías crecieron los maestros de la Iglesia. Porque siempre se exponen con más claridad los dogmas de la verdad, cuando se presenta cualquier disentimiento.

145. La Santa Iglesia dícese Católica por cuanto que está difundida universalmente por todo el mundo. Porque las iglesias de los herejes están coartadas en algunas partes del mundo; ésta (la Iglesia Católica) por

el contrario se expande difundida en todo el orbe. Pablo Apóstol (Rom. 1, 8), es testigo que dice: *Yo doy gracias a mi Dios... acerca de todos vosotros, de que vuestra fe es celebrada por todo el mundo* Mas las herejías están viviendo en algún ángulo del mundo, o en alguna nación; en tanto que la Iglesia Católica, así como está extendida por todo el mundo, así también se compone de la sociedad de todas las naciones y gentes.

146. ¿Quiénes son los herejes, sino los que habiendo dejado la Iglesia de Dios eligieron sociedades privadas? De los cuales dice el Señor (Jer., 11, 13): *Dos maldades ha cometido mi pueblo: me han abandonado a mí, que soy fuente de agua viva, y han ido a fabricarse aljibes, aljibes rotos, que no pueden retener las aguas.*

147. ¿Por qué fin se hace la causa de la herejía? Para ejercitar la fe. Pero el sendero por el que se hace es la oscuridad de las divinas Escrituras, en la cual los herejes, que van a tientas, entienden otra cosa de lo que hay realmente, y no pueden existir, porque por lo mismo que nacen las herejías, ya no viven. Porque al entender mal no adquieren la ciencia, sino que caminan a la nada.

148. Los herejes aprenden sus mentiras con mucho estudio y con vehemente trabajo, luchan para no venir a la unidad de la Iglesia. De ellos se dice congruentemente por el Profeta (Jer., IX, 5): *Tienen avezada su lengua a la mentira, se afanaron en hacer mal.*

149. Mientras que a las veces se muerden mutuamente los herejes, cuando persuaden a uno que otro para que acepte las sectas propias; únense mutuamente sin embargo para luchar contra la Iglesia en paridad de espíritu de error. Y los que están divididos entre sí, andan unos y juntos para oponerse a la Iglesia. Y a quienes parezca que las herejías, pues tanto prevalecen, tienen la verdad, ha de respondérseles: No se deben anteponer a la salud las enfermedades, aunque muchas veces ocupan el mundo universalmente, de modo que dejan poco lugar a la salud". consta que los herejes no pueden obtener perdón si no es por medio de la Iglesia Católica. Lo mismo que los amigos de Job no pudieron por sí hacerse a Dios propicio hasta que Job hubo ofrecido por ellos un sacrificio.

150. Las obras buenas que hacen los herejes y la justicia suya de nada les aprovecha, atestiguando Dios por Isaías (LVII, 11, 12): *Tú no hiciste caso de mí, mas yo haré conocer cuál es tu justicia, y de nada te aprovecharán tus obras.*

151. Por más que los herejes cumplan la Ley y los Profetas, por lo mismo que no son católicos, no está Dios en las reuniones de ellos. Lo

testifica Dios (Jer., XV, 1): *Aun cuando Moisés y Samuel se me pusiesen delante, no se doblaría mi alma a favor de este pueblo; arrójalos de mi presencia, y vayan fuera.* Por Moisés y Samuel entiéndase la Ley y los Profetas, y aunque los herejes se apliquen a ponerlos en práctica, sin embargo por razón de la impiedad del error son arrojados de la casa de Dios y están separados de las reuniones de los fieles justos.

152. Hay paganos y hay herejes: aquel es el que nunca ha estado con el pueblo de Dios; éste es el que se apartó del pueblo de Dios: ambos, que se apartan de Cristo, pertenecen al cuerpo (místico) del diablo.

153. Los que de la idolatría pasan al judaísmo o a la herejía, según el Profeta, han salido de un mal para otro, y no conocieron al Señor, porque del error de la infidelidad pasaron al otro error.

154. De aquel cuya doctrina se sigue, del mismo se llama también hijo. Y como dice el Profeta: "Dice el Señor que Amorreo es padre de Israel, y Getea la madre", de cierto no por nacimiento, sino por imitación. Así también en mejor sentido son llamados hijos de Dios quienes guardan los mandamientos. De donde nosotros, no por naturaleza, sino por adopción, llamamos Padre a Dios diciendo: "Padre nuestro que estás en los cielos"

155. Consta pues que no sólo por nacimiento, sino también por imitación pueden llamarse hijos de algún otro. Porque los judíos según la carne son hijos de Abraham, pero según la vida son llamados hijos del diablo. Y contrariamente aquellos son semilla (hijos) de Abraham que imitan su fe, no aquellos que son engendrados de su carne.

156. Algunos derivan del autor tanto el nombre del error como la culpa, para que por el vocablo mismo se opine cuyo es el error que se sigue; como se dijo en el Apocalipsis (11, 14) a la Iglesia de Pérgamo: *Tienes ahí secuaces de la doctrina de Balaán y de Jezabel.* Se dice que en Tiatira se tenía la doctrina de Balaán por imitación, no por presencia corporal.

CAPITULO XVII

De los gentiles.

157. Los filósofos de los gentiles, que no buscaban a Dios como es debido, cayeron en manos de los ángeles prevaricadores, y para ellos el diablo quedó hecho su mediador para muerte, así como para nosotros Cristo lo es para vida.

158. Mucho son alabados los filósofos mundanos por la medida de los tiempos, por el conocimiento de los astros y por las discutibles enseñanzas de los elementos; y con todo tuvieron esto de Dios. Porque remontando el vuelo majestuosamente por los aires, como águilas, y sumergiéndose como peces en los abismos del mar, y recorriendo paso a paso la tierra como pécoras, la describieron; mas sin embargo no quisieron de todo corazón conocer al Hacedor de todas las cosas.

159. ¿Por qué los animales brutos no pueden cuestionar preguntando? –Porque no saben razones. Hombres gentiles hubo parecidos por esto a animales, y son los que, no considerando tales cosas y amándolas más y más, perdieron el sentido hasta llegar a darles culto.

160. Cristo es el camino: quien por El no camina no le queda como pueda ir a Dios. Mas los filósofos del mundo sí conocieron a Dios; pero como les desagradaba la humildad de Cristo, caminaron extraviados y no por el camino. Y por esta razón, desvaneciéndose mudaron en mentira la gloria de Dios, y dejando la derechura del camino, dieron en los precipicios de los errores.

161. Para cada uno lo primero es saber lo que apetezca, y lo segundo cómo alcanzar aquello que apetece. Porque imperfecta ciencia es saber a donde te dirijas y no saber el camino por el cual conviene ir. ¿Pues qué aprovecha en tiempo de hambre estar viendo el país de la abundancia, si se desconoce el camino por donde se va a él? De seguro que cualquiera busca la patria, mas el que perdió el camino, errando anda, mas no aprovecha; y cuando más anda, tanto más se aleja de lo que busca.

162. Quien deja el camino real, que es Cristo, aunque vea la verdad, de lejos la ve; porque si no es por el camino no hay modo de acercarse a ella. Y si caminando por el desierto tropieza con un león, cúlpese a sí mismo, cuando se encuentre metido en las fauces del diablo.

CAPITULO XVIII

De la Ley o Sagrada Escritura

163. El camino por el que se va a Cristo es la Ley, por la cual pasan a Dios los que la entienden como es.

164. La alteza de las Santas Escrituras es como los montes de pastar, a los que subiendo cualquiera de los justos se alegra de haber encontrado la refección de pasto indeficiente.

165. En las Santas Escrituras, montes excelsos, así como los varones perfectos hallan sublimes pensamientos, por los cuales como ciervos suben; así los sencillos, al modo de animales pequeños, encuentran módicos pensamientos, en los que ellos, los humildes, se refugian.

166. La Sagrada Escritura a los enfermos y párvulos de sentido aparéceles humilde en las palabras según la historia; con los más excelentes varones camina más alto, cuando les descubre sus misterios. Así es que para ambas clases, para los párvulos y para los perfectos es de provecho.

167. La Sagrada Escritura se acomoda variamente según la inteligencia de cada lector, como el maná, que en el pueblo antiguo proporcionaba sabor variado según el gusto de cada uno. Las palabras del Señor a cada uno convienen según la capacidad de sentimientos; de manera que mientras se hacen diversas en relación con la inteligencia de cada cual, en sí permanecen unas.

168. Por lo mismo en los libros santos se refieren ciertas cosas oscuras y ciertas otras cosas claras, para que se aguce el ingenio del lector y aumente el estudio. Porque si todo estuviera manifiesto, entendido al momento perdería mérito, y al contrario, si todo estuviera oscuro, luego engendraría desaliento. Por tanto para que los puntos oscuros no causen desesperanz as, los que están claros satisfacen; y para que no haya hastío por entenderlos, están los oscuros despertando los deseos. Porque son muchas las cosas que cuanto están más escondidas, tanto mayor ejercicio proporcionan.

169. En las Santas Escrituras muchas veces se cuentan como sucedidas cosas que serán después, como es aquellos (Ps. LXVIII, 22): *Presentáronme hiel para alimento mío y en medio de mi sed me dieron a beber vinagre*. Pero y ¿por qué los futuros se escriben como pasados, sino porque las cosas que han de ser hechas realmente, están ya hechas en la presciencia divina? Por tanto para nosotros acontecen en el tiempo las cosas previstas sin tiempo por el Creador de todas.

170. La profecía mezcla los hechos de cosas futuras con las cosas presentes, para que así como éstas se miran realizadas, del mismo modo se crean las futuras anunciadas. Porque según su estilo habla de lo futuro por medio de presente: como en figura de la Iglesia, de Jerusalén, y en figura de los herejes, de Efraim.

171. Muchas veces se ponen los dichos en lugar de los hechos divinos, porque Dios hace las cosas, no con trabajo de manos, sino que las produce con la potestad de mandar, como está escrito (Ps., XXXII, 9): *El habló y todo quedó hecho; mandólo y todo fue criado.*

172. Repetirse dos veces una sentencia en las Sagradas Escrituras es o por motivo de confirmarla, o por razón mística, como por ejemplo: ley y gracia, comienzo y acabamiento, bueno y mejor.

173. Tres partes se distinguen en la Ley divina: historia, preceptos y profecía. La historia cuenta lo que se hizo; los preceptos, lo que está mandado; la profecía, las cosas futuras que fueron anunciadas anticipadamente.

174. De tres modelos debe conocerse la Ley divina; primero, históricamente; segundo, tropológicamente; tercero, místicamente. Es decir: el sentido histórico conforme al literal; el tropológico según la ciencia moral; el místico según la inteligencia espiritual. Por lo tanto es necesario tener la fe de modo que hemos de interpretarla moralmente y entenderla espiritualmente.

175. Diez son los mandamientos, tres más siete: pero los tres pertenecen al amor de Dios, y los siete al de los hombres. Aquellos tres que pertenecen a Dios, fueron escritos en la primera tabla; los siete restantes en la segunda. En la primera tabla, la de los tres mandamientos, el primero es: *Amarás al Señor Dios tuyo*. En la segunda: *Honra a tu padre y a la madre*. Por esto al escriba que preguntaba al Salvador cuál era la precepto primero en la Ley, le dijo: *Escucha, Israel; el Señor Dios tuyo es el solo Dios. Este es el primer mandamiento. El segundo empero es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Y así alegó uno de la tabla primera pertinente al amor de Dios; mas otro de la segunda, que corresponde al amor del hombre. (Math., XXII, 37, 38)

CAPITULO XIX

De las siete Reglas para entender la Ley.

176. Algunos sabios establecieron que entre otras hay siete Reglas para entender el lenguaje de las Santas Escrituras.

177. La primera regla es en relación con el Señor y con su cuerpo, y habla de uno o respecto de uno; así es como en una persona unas veces representa la cabeza, otras el cuerpo figuradamente. Como cuando dice (Isaías LXI, 10): *El me ha revestido del ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia, como a esposo adornado con guirnalda, como a esposa ataviada con sus joyas*. En una persona

nombrada con dos vocablos manifestó la cabeza, o sea el esposo, y la Iglesia, es decir, la esposa. Además hase de notar en las Escrituras cuándo se describe especialmente la cabeza; o cuándo no sólo la cabeza sino también el cuerpo; o cuándo de los dos pasa a los dos, o del uno al otro, para que el prudente lector conozca que es lo que a la cabeza, que lo que al cuerpo convenga.

178. La segunda regla se refiere al cuerpo del Señor, ya al verdadero, ya al místico. Porque hay cosas del uno que parecen convenir a la persona y sin embargo no corresponden a una misma persona, como por ejemplo (Isaías, XLIV, 21, 22): *Siervo mío eres tú., oh Israel. Desvanecí, como a nube, tus maldades, y como a niebla, tus pecados: conviértete a mí, pues yo te he redimido*. Esto no corresponde a uno solo, porque hay una parte a quien se borran los pecados y a quien dice: *Siervo mío eres tú; y otra a quien se dijo: Conviértete a mí, pues yo te redimiré*. Y como se conviertan serán desvanecidos los pecados suyos. Y mediante esta regla de tal modo habla a todos la Escritura que ora reprende a los buenos con los malos, ora alaba a los malos por los buenos. Mas el prudente lector sabrá qué toca a cada uno.

179. La tercera regla se refiere a la letra y al espíritu, que es: a la Ley y a la Gracia: la Ley por la que se nos avisa de los preceptos que se deben cumplir; la Gracia, por la que somos ayudados a cumplirlos. O también en cuanto que la Ley debe ser conocida no sólo histórica, sino espiritualmente también. Porque tan preciso es tener fe en la historia, como necesario entender espiritualmente la Ley.

180. La cuarta regla es referente a los tropos, en que se ponen la especie en vez del género, la parte por el todo y el todo por la parte: como si habla Dios a una nación o a una ciudad, y con todo se subentiende que alcanza a todo el mundo. Ejemplo de los Salmos: *Y le adorarán con dones las ciudades dependientes de Tiro*. Las hijas (ciudades) de tiro están puestas por las ciudades del mundo, empleando sinécdoque y diciendo una especie en lugar del género, pues por medio de Tiro, tierra próxima a la en que moraba el Profeta, significaba a todas las naciones que creerían en Cristo. De donde muy bien prosigue (Ps. XLIV, 13): *Te presentarán humildes súplicas todos los poderosos del pueblo*, de la tierra. Asimismo por Isaías (XIII, 19), cuando el Señor amenaza al Asirio diciendo: *Y aquella Babilonia gloriosa entre los reinos, de la que se gloriaban los Caldeos, será, como Sodoma y Gomorra, arruinada por el Señor*. Pues aunque el Señor amenaza por el mentado Profeta a una ciudad, a Babilonia, no obstante mientras que contra ella habla, pasa de

lo especial a lo general, y endereza su palabra contra todo el mundo en general. Verdaderamente si no dijese contra el mundo todo, no añadiera antes (XIII, 11) generalmente: *Yo castigaré la tierra por sus maldades* y revistaré en el orbe las maldades, y las otras cosas que siguen tocantes al fin del mundo. Por esto añade: Esta es la determinación que he tomado acerca de toda la tierra; ahí está mi mano extendida sobre todas las naciones. Lo mismo que cuando en persona de Babilonia arguye al mundo universo diciendo: Yo castigaré la tierra por sus maldades y revistaré en el orbe las maldades; y las otras cosas que siguen tocantes al castigo final del mundo, de nuevo se dirige a ella, pasando de lo general a lo singular, exponiendo lo que especialmente aconteció a la misma ciudad: *He aquí que yo levantaré contra ellos a los Medos* (Isaías, XIII, 17). Porque reinando Baltasar fue Babilonia tomada por los Medos. Igualmente la profecía de Egipto, en persona del mismo, quiere abarcar todo el mundo al decir (Isaías, XIX, 12): *Y hare que vengan a las manos Egipcios contra Egipcios... reino contra reino,* siendo que no consta que Egipto haya tenido muchos reinos, sino uno solo.

181. La quinta regla es de los tiempos, en virtud de que se pone la parte mayor de un tiempo en vez de otra menor, o al revés, la parte menor en puesto de la mayor. Así sucede en el triduo de la sepultura del Señor. Aunque no estuvo yacente en el sepulcro tres días completos con sus noches, no obstante se tomó de la parte el todo del triduo. Igualmente del todo la parte, como es aquello (Génesis, VI, 3): *Los días de la vida del hombre serán ciento veinte años*; cuando tan solamente hubo cien años desde que el Señor decretó esto hasta el diluvio. Así también es aquello: Dios había predicho que por tiempo de cuatrocientos años servirían en Egipto los hijos de Israel, y después saldrían de allí: no obstante no sirvieron en Egipto cuatrocientos años, porque al dominar José dominaron en Egipto. Otra vez aquí se puso el todo por una parte, porque no salieron de Egipto al momento de pasados los cuatrocientos años, como había sido prometido; sino cumplidos cuatrocientos treinta retiráronse de Egipto. También pertenece a esta regla de los tiempos de narración de lo futuro como ya pasado; así es aquello (Ps., XXI, 17): *Han taladrado mis manos y mis pies, han contado mis huesos. Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica, y* otras semejantes en las que se cuentan como verificadas las cosas que se habían de hacer. Mas cuando se escriben las cosas que han de hacerse, se dicen a nuestra manera; pero cuando se narran como sucedidas las cosas que han de suceder, hay que aceptarlas al modo de la divina eternidad; porque las que para nosotros

son aún futuras, ya están verificadas en la predestinación de Dios, en cuya presencia todo lo futuro está ya hecho.

182. La sexta regla trata de la recapitulación. Llámase recapitulación el resumen que hace la Escritura de algo cuyo relato había pasado descrito: así cuando la Escritura, habiendo conmemorado los hijos de los hijos de Noé; dijo que aquellos vivieron con sus lenguajes y razas propias; y con todo dice después, como si en el orden de los tiempos siguiese: *Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras*. ¿Cómo es pues que se separaron según las razas y lenguas, si todos tenían lenguaje único, si no es que la relación recapitula lo que ya había quedado atrás? Porque recapitular es mezclar con hechos futuros los asuntos de otros pasados. Como se hace en el Génesis, cuando en el día sexto refiere que fue formado el hombre y luego recapitulando lo hecho, dice (I., 4, 5, 6): *E hizo Dios al hombre a imagen suya*. Igual también que cuando dice que Dios descansó en el día séptimo, recapitulando anota: *Tal fue el origen del cielo y de la tierra, cuando fueron criados, en aquel día en que el Señor Dios hizo el cielo y la tierra, y todas las plantas del campo antes que naciesen en la tierra; porque el Señor Dios no había hecho llover aún sobre la tierra,* ni había hombre que la cultivase. Salía empero de la tierra una fuente, que iba regando toda la superficie de la tierra". Recapitulando todas estas cosas, en la serie de la narración se entrelazan con otras futuras, pareciendo que también éstas fueron hechas dentro de los seis días.

183. La séptima regla se refiere al diablo y al cuerpo de él, porque con frecuencia se atribuyen al mismo, como a cabeza, cosas que más corresponden a su cuerpo; y otras veces están atribuídas a los miembros suyos cosas que parecen no convenir más que a él, como cabeza. Sirva de ejemplo Isaías, XIV, 12, en donde habiendo en contra de Babilonia, que es cuerpo del diablo, al punto deriva su sentencia contra la cabeza, contra el diablo, diciendo: *¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero, que brillabas por la mañana?* Otras veces por el nombre del cuerpo se sobrentiende la cabeza, como en el Evangelio de la cizaña mezclada con el trigo, al decir el Señor: *El hombre enemigo lo hizo*, llamando hombre al mismo diablo, y señalando la cabeza con el nombre del cuerpo. También con el nombre de la cabeza está significado el cuerpo, como cuando se dice en el Evangelio (Joan, VI, 71): *¿No os escogí a todos doce, y con todo, uno de vosotros es un diablo?* , indicando ciertamente a Judas, que fue cuerpo del diablo. Porque el ángel apóstata es cabeza de todos los malos, y miembros de tal cabeza son todos los malos. Y de tal manera es

uno con sus miembros, que muchas veces lo que se dice a su cuerpo, antes se refiere a su persona; y al contrario, lo que a él se dice, se deriva a sus miembros.

CAPITULO XX

De la diferencia de los Testamentos.

184. Algunos no reciben el Antiguo Testamento por razón de que unas cosas se hacían en los tiempos primeros y otras en los nuevos. No entienden que Dios con una grande providencia a cada época concedió lo que le era conveniente. Así en la Ley manda las nupcias, y en la Ley Evangélica recomienda la virginidad; en la Ley se autoriza a quitar ojo por ojo, en el Evangelio se enseña a presentar una mejilla al que pega en la otra. Aquellas empero se dieron an un pueblo frágil y temporalmente, éstas al pueblo perfecto, a entrambos no obstante recomendando lo que era conveniencia propia de aquel tiempo. Y a pesar de esta mudanza no debe pensarse que Dios es mudable, antes bien debe ser pregonado admirable por ello; ya que, permaneciendo inmudable, como queda dicho, con grande providencia concedió lo que era acomodado a cada tiempo.

185. En el Antiguo Testamento los pecados eran menos culpables, porque en él no estaba presente la verdad misma, sino la sombra de la verdad. Pues en el Nuevo Testamento algunos hechos, que en aquel pueblo habían servido a la sombra de la verdad, se nos ha mandado con mandamientos más altos que deben dejarse. En el Antiguo Testamento están permitidas la fornicación y la vindicta privada y no dañaban; mas en el Nuevo están condenadas con grave castigo, si se admiten.

CAPITULO XXI

Del símbolo y de la oración.

186. El símbolo de la fe y la oración dominical es suficiente en lugar de toda la Ley a los párvulos de la Iglesia para alcanzar el reino de los cielos. Porque toda la extensión de las Escrituras está contenida en la

oración dominical y en el breve símbolo. Por esto el Profeta Isaías, XXVIII, 22, dice: *Del Señor de los ejércitos es de quien he oído la destrucción de toda la tierra.. Prestadme vuestra atención y oíd mi voz.* Mas esta destrucción (abreviación) o se entiende de lo que dice el Señor (Math., XXII, 40): Que toda la Ley y los Profetas está cifrada en los dos mandamientos del amor de Dios y el prójimo, o de la misma oración dominical y del breve símbolo, en los que vemos que está contenida toda la extensión de las Escrituras, conforme se ha dicho.

CAPITULO XXII

Del Bautismo y Comunión.

187. Que sola la Iglesia Católica tiene el bautismo de salvación lo atestigua el Profeta Zacarías, XIII, 1: *En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David, y para los habitantes de Jerusalén; a fin de lavar las manchas del pecador y de la mujer inmunda.* Porque casa de David y Jerusalén es la Iglesia de Cristo, en la cual mana una fuente para lavar los pecados. Los herejes empero hacen esto de una imaginaria forma y por lo tanto el bautismo no se les da para remisión de pecados, sino para testimonio de suplicio.

188. Sólo por el reato original pagan en el infierno los infantitos recién nacidos, si no fueron renovados por el bautismo. Así con razón es condenado el recién nacido infante, si no está regenerado; pues está muerto por la culpa original.

189. ¿Por qué los párvulos que carecen del pecado original por el bautismo y que aún no tienen delitos personal son destrozados por las fieras y sufren con otras penas? Una razón es ésta: porque el Baustismo libra de la pena eterna, pero no de las penalidades de la vida presente. Porque si los hombres fueran liberados de los males presentes por medio del Bautismo, tendrían esto mismo como premio del Bautismo y no el premio eterno. Por tanto, perdona el reato del pecado, queda no obstante una cierta pena temporal para que se busque más ardientemente la vida aquella que estará libre de toda pena.

190. Ningún fiel niega que también después del Bautismo, por el que los pecados quedan perdonados, mientras vivimos en este siglo, a diario debemos convertirnos a Dios. Lo cual por más que haya de hacerse

cada día sin interrupción, sin embargo nunca será suficiente haberlo hecho.

191. Los que están todavía en los úteros maternos no pueden ser bautizados con la madre, porque el que no ha nacido aún según Adán, no puede renacer según Cristo, pues no puede decirse que hay regeneración en quien no precedió generación. (Can. a Grat. Cons. dist., 4.)

192. De quienes dentro de la Iglesia viven no según la dignidad de la Iglesia, sino que con las obras destruyen la fe que sostienen con la palabra, se lee: Multiplicáronse en gran manera, sobreentendiendo en el reino de los predestinados.

193. Quienes viven criminalmente en la Iglesia y no cesan de comulgar, pensando que con tal comunión se limpian, sepan que de nada las aprovecha para limpiarse, según dice el Profeta (Jer., XI, 15): *¿cómo es que mi querido ha cometido tanta maldades en mi casa? ¿Acaso las carnes sacrificadas te han de purificar de tus maldades?* y el Apóstol (Cor., XI, 28): *Examínese a sí mismo el hombre; y de esta suerte coma de aquel pan y beba del cáliz.* (Can. a Grat. Cons. dit., 2.)

CAPITULO XXIII

Del Martirio.

194. El siervo de Dios por ninguna adversidad se quebranta, sino que en defensa de la verdad voluntariamente se ofrece al combate y jamás retrocede en pro de la verdad.

195. Sucede frecuentemente que algunos de entre los discípulos son elegidos para el martirio y se adelantan a sus maestros en recibir la corona, y los que por orden son los últimos, hácense algunas veces los primeros en la batalla.

196. El hombre santo debe ofrecerse voluntariamente a la justicia para salir a la palestra; pero sin embargo, viendo el ubérrimo fruto de la pelea, no debe esquivar la prueba del trabajo. Porque si el trabajo es mayor que el lucro de las almas, debe rehuírse el trabajo, al que se sigue mínimo provecho. Ambas cosas hizo el Apóstol, quien ya se ofreció voluntariamente a los peligros, cuando vio un máximo lucro de las almas, ya se sustrajo prudente del peligro, cuando previó que era más grande el trabajo que la ganancia. Pablo en Efeso se prestó voluntariamente a las

pruebas, porque vio que la ganancia era más importante que el peligro (o prueba). Pero en Damasco, donde no apreció fruto alguno del peligro mismo, se apartó por sí mismo del peligro.

197. Aprende como cualquiera se ofrece voluntariamente al martirio, y cómo, según la sentencia del Señor, es otro quien obliga y le lleva a donde él no quiere: es que el justo ora se alegra por la gloria que provendrá de la pelea, ora rehuye padecer lo que duele por la violencia del sufrimiento.

198. Toma ejemplo de acudir al martirio temblando de lo que pasa al guerrear. Entonces cualquiera militar acomete con audacia en el combate, pero también se siente movido por la incertidumbre.

199. Asimismo toma como ejemplo del martirio una operación necesaria para la salud del cuerpo humano. En ella cada enfermo está conforme por la esperanza de la curación, y se siente triste de las incisiones, que toma como amarguísima poción.

CAPITULO XXIV

De los milagros de los Santos

200. Aunque a los Apóstoles fue dado el poder de obrar milagros y portentos, a fin de nutrir la fe de las naciones a la Iglesia ha sido dado el poder de las obras para hermosear la misma fe. Y con todo más admirable era en los mismos Apóstoles el poder de las obras, que el de los portentos. Y así también ahora es mejor el vivir bien que el hacer prodigios.

201. Si la Iglesia no hace ahora los hechos admirables que hacía en tiempos apostólicos es por esta razón: porque entonces era necesario que el mundo creyese por los milagros, mientras que ahora que ya es creyente, es necesario que brille con buenas obras. Que para esto se hacían entonces visiblemente los prodigios, para que invisiblemente se robusteciera la fe.

202. Ya quienquiera busque milagros en la fe, busca el ser alabado por vanagloria. Porque escrito está (I Cor., XIV, 22): *Las lenguas es una señal no para los fieles, sino para los infieles*. Mira que la señal no es para los fieles, que ya creyeron, sino para los infieles a fin de que se conviertan. Porque Pablo cura de fiebres al padre de Publio para vencer la infidelidad de los que no creían; pero a Timoteo, que estaba enfermo,

le socorre no con palabras prodigiosas, sino con medicina; para que conozcas que los milagros se hacen para los infieles, no para los fieles.

203. Antes que aparezca el Anticristo cesarán en la Iglesia los milagros y las prodigiosas señales; para que viéndolas como más abatida, la persigan con más atrevimiento. Por causa de esta utilidad cesarán en la Iglesia a los milagros y prodigios en tiempo del Anticristo, para que así resplandezca tanto la paciencia de los santos, como la ligereza de los réprobos que se escandalizaban, y la osadía de los perseguidores se haga más cruel.

CAPITULO XXV

Del Anticristo y sus señales

204. Es Anticristo todo aquel que no vive según la norma de la profesión cristiana, o todo el que enseña de otra manera.

205. Muchos que no han de ver los tiempos del Anticristo serán no obstante contados entre los miembros de él.

206. Antes que venga el Anticristo le han precedido muchos miembros suyos, y en razón de las malas acciones precedieron a su cabeza, según una sentencia del Apóstol (2 Thes., 11, 7), quien afirma que *ya va obrando el misterio de iniquidad*, aun antes de que sea manifestado.

207. La magnitud de las señales bajo el Anticristo hará por manera que aun los escogidos, si fuera posible, caerían en error (Math., XXIV, 24). –Mas si son escogidos, ¿cómo han de verse caídos en error?– Caerán no obstante en error titubeando por un momento a causa de la muchedumbre de los prodigios, pero no han de ser derribados de su estabilidad por el empuje del terror y de los portentos. Que por esto se pone "si fuera posible": porque los escogidos no pueden perecer, sino que, arrepintiéndose pronto, corregirán religiosamente el error del corazón, sabiendo que para esto lo predijo el Señor, para que cuando esto hagan los adversarios, no se conturben los santos.

208. Cuando venga el Anticristo hará tan grandes maravillas y prodigios, que hasta en los elegidos nacerá cierto escrúpulo de corazón, que será no obstante vencido pronto por la razón, por la cual sabrán que tales portentos son hechos para engaño de los réprobos y para prueba de los escogidos. Tiempo en el cual los santos serán gloriosos por la

paciencia, no por los milagros, como lo fueron los anteriores Mártires. Porque ellos soportarán no tan sólo a los perseguidores, sino a obradores de portentos. Además soportarán también más dura guerra, porque habrán de luchar no sólo contra los que persigan, sino que también contra los que brillen con maravillas.

209. En los tiempos del Anticristo la Sinagoga se ensañará contra la Iglesia más duramente que persiguió a los cristianos en tiempo de la venida del Salvador.

210. Puesto que el diablo, aun atado, tan grande crueldad ejerció contra los Mártires, más cruel será en los tiempos del Anticristo, cuando estará suelto. Porque si atado hizo tanto, ¿cuánto no hará estando suelto?

221. Cuanto el diablo ve más cercano el fin del mundo, tanto más crueles persecuciones levanta, porque como está viendo que de seguida será condenado, multiplícase los compañeros con quienes esté condenado a los fuegos del infierno.

222. El diablo cuanto ve que es corto el tiempo que le queda para ser condenado, tanto más iracundo promueve la persecución, permitiéndolo la divina justicia, para que los escogidos sean glorificados, se manchen los malvados, y para que aumente la sentencia de condenación más dura para el diablo.

CAPITULO XXVI

De la resurrección.

213. En esta vida se da el comienzo de la paz de los santos, no el completo. Mas entonces vendrá la plenitud de la paz, cuando absorbida la enfermedad del cuerpo estén dispuestos para la contemplación de Dios.

214. Como el Apóstol dice (Ephes., IV, 13), la resurrección será "a la medida de la edad perfecta según Cristo", es decir, de la edad de la juventud, que no necesita perfeccionamiento ni declina con las deficiencias de perfección, sino que por ambos lados es completa y robusta.

215. Aunque ahora los fieles se llaman con nombre de hijos de Dios, no obstante, por lo mismo que sufren esta servidumbre, recibirán la perfecta libertad de hijos de Dios, cuano este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad (I Cor. XV, 53).

216. Dios es ahora conocido como en espejo, mas en lo futuro todos los escogidos estarán presentados cara a cara, para que contemplen la misma hermosura que ahora trabajan por ver en espejo.

217. En esta vida se dice que la Iglesia de Dios se contempla con el número de los escogidos, que están a la diestra, y el de los réprobos que irán a la siniestra, pero que al fin del mundo serán separados, como la cizaña y el trigo.

CAPITULO XXVII

Del Juicio

218. Cristo conoció el día del juicio, pero no quiso ni decirlo en el Evangelio ni que sus discípulos lo conocieran. Pues cuando el mismo Señor dice por el Profeta (Isaías, LXIII, 4): *El día fijado en mi corazón para tomar venganza*, indica que El no lo desconocía, aunque no quería indicarlo.

219. Por la casa del Señor comienza el juicio, como está escrito, cuando los escogidos, que son la casa de Dios, son juzgados aquí por los azotes, mas los impíos serán allí juzgados para condenación. Por esto prosigue (1 Petr., IV, 17): *Y si primero empieza por nosotros, ¿cuál será el paradero de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios?*

220. En el examen del justo juez ni la justicia del justo está segura, si no fuera por la piedad divina, a fin de que hasta la justicia por que cada uno es justo sea justificada por el Dios que justifica. De otra suerte delante de Dios la misma es también pecado. Esto es por lo que dice Job, IX, 22: *El consume así al inocente, como al impío*. Porque Dios consume al inocente, cuando la misma inocencia más claramente buscada y comparada con la inocencia divina es anulada, de no ser que el hombre sea también justificado allí por la piedad de la misericordia divina. Dios asimismo consume al impío, cuano con la perspicacia del examen divino es buscado y una vez descubierta la impiedad, es juzgada y condenada.

221. El inocente y el impío consumidos son del mismo modo en la muerte corporal, mas no en cuanto a la pena de condenación.

222. Igual mueren el docto y el ignorante, pero es mirando a la muerte del cuerpo, no al castigo de la condenación. Pues todo camina a un solo lugar (Ecles. III, 20), al que por la muerte corporal son conducidos así el justo como el impío; pero la retribución no es igual, como está

dicho por Salomón (Eccles. VI, 8): *¿Cuál es la ventaja del sabio respecto del insensato, sino el encaminarse allá donde se halla la vida?* Luego todos igualmente vuelven a la tierra, más allá donde se encuentra la vida, no van igualmente.

223. Doble es la sentencia del impío, una cuando por sus deméritos es aquí herido de ceguera mental, par que no vea la verdad; la otra en la muerte, cuando será condenado, para que pague las debidas penas.

224. Doble es el juicio divino: el uno con el que los hombres son juzgados ya ahora, ya en lo venidero; el otro, con el que son juzgados ahora para no ser juzgados después. Y por tanto para algunos la pena temporal sirve de purgación, para otros empero está aquí el principio de la condenación y allí se consumará la temida perdición.

225. En el juicio los réprobos verán la humanidad de Cristo, en la que fue juzgado, para que sufran dolor; pero no verán su divinidad, para que no gocen. Porque a los que se manifiesta la divinidad, cierto que se les muestra para que gocen.

226. Según el estado de las conciencias aparecerá Cristo, ora manso, a los elegidos; ora terrible, a los réprobos. Porque según la conciencia que cada cual lleva, tal juicio tendrá: de modo que estando Cristo invariable en su tranquilidad aparecerá terrible sólo a los que estén acusados de maldad por la conciencia.

227. En el juicio hay dos clases u órdenes de hombres, a saber: de los escogidos y de los réprobos, que a su vez se subdividen en cuatro: dos de aquellos reinarán con Cristo. En esta forma la clase de los réprobos se parte en dos: pues los que son malos dentro de la Iglesia han de ser juzgados y condenados; mas los que se encontrarán fuera de la Iglesia no serán juzgados, sino sólo condenados.

228. Así pues el orden primero, de los que son juzgados y perecen, es opuesto al orden de los buenos, en el que se encuentran los que son juzgados y reinan. El segundo orden, de los que no son juzgados y se pierden, es opuesto a aquel orden de los justos, en el que están los que no son juzgados y reinan. El tercer orden, de aquellos que son juzgados y reinan, es contrario al orden al que corresponden los que son juzgados y perecen. El orden cuarto, de aquellos que no son juzgados y reinan, es opuesto al orden contrario en que están los que no son juzgados y perecen.

CAPITULO XXVIII

Del infierno.

229. En el infierno hay una doble pena para los condenados, cuya alma abrasa la tristeza, y cuyo cuerpo queman llamas, según le corresponda; para que quienes maquinaron en la mente lo que ejecutarían con el cuerpo, juntamente sean castigados, tanto en el alma como en el cuerpo.

230. El fuego del infierno tiene algo que alumbra y algo que no alumbra: es decir, es luminoso para condenación, para que los impíos vean lo que les cause dolor; pero no es luminoso para consolación, para que no vean lo que es causa de gozo.

231. Sirva de buena comparación la del horno de los Tres Jóvenes parangonado con el fuego del infierno. Pues como el fuego aquel no ardió para suplicio de los Tres Jóvenes y ardió para quemar las cuerdas y ligaduras; así el fuego del infierno por un lado lucirá para aumentar a los miserables la pena, viendo lo que les duela, y no alumbrará para consolación, viendo lo que les pueda consolar.

232. Grande es la diferencia existente entre la miseria de esta vida y la de la infelicidad eterna. Porque allí la miseria es por causa del tormento de los dolores, y las tinieblas a causa de la aversión de la luz: en esta vida hay una de ellas, la miseria, la otra no; pero en el infierno están las dos.

CAPITULO XXIX

De las penas de los impíos

233. Así como los manojos de leña para quemar se recogen de los que se parecen, así en el día del juicio los reos de culpa semejante serán juntados a los que se les parezcan. De este modo justamente la pena separará en fajos a los que en obrar mal fueron parecidos.

234. Así como en el juicio venidero cada uno de los santos recibirá glorificación proporcionalmente al cúmulo de las virtudes; así cada impío será condenado en proporción con la cantidad de maldades, sin que falte el orden de la pena en los suplicios futuros, pues estarán en

proporción de los crímenes, aseverando el Profeta que habrá diversidad de penas.

235. También los suplicios de los seres queridos añadirán asimismo pena a los difuntos: lo predica el Evangelio al rico que estaba en los infiernos, y lo dice igualmente el Salmo CVIII, 10 para aumentar el castigo de Judas: *Anden prófugos y mendigos sus hijos.*

236. Los impíos estarán castigados más duramente con dolor del alma, porque verán que los justos han merecido la bienaventuranza de la gloria.

237. Viéndolo todos el diablo será precipitado, cuando en presencia de todos los ángeles buenos y de los hombres, que estarán de su parte con ellos, será arrojado en el fuego eterno.

238. Cuando el diablo sea arrebatado para ser condenado, muchos escogidos, que se han de encontrar en las carnes al venir el Señor para el juicio, se han de estremecer de miedo, viendo la sentencia con que fue castigado el impío; temor con el que se purificarán, porque si aún les quedaba algo del cuerpo del pecado, por el mismo miedo con que ven que el diablo es condenado, se purificarán.

239. En el día del juicio muchos de los que ahora parecen ser escogidos y santos es posible que perezcan. El Profeta (Amos, VII, 4) dice: *Dios llamaba al fuego para que fuese instrumento de su justicia; el cual secó un grande abismo y consumía al mismo tiempo una parte del pueblo.* Porque será devorada una parte de la casa, ya que el infierno se sorberá aun aquellos que se vanaglorian ahora de andar por los mandamientos celestes; de quienes dice el Señor (Math., VII, 22): *Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, pues ¿no hemos profetizado en tu nombre, y lanzado en tu nombre los demonios, y hecho milagros en tu nombre? Mas entonces yo les protestaré: Jamás os he conocido: apartaos de mí, operarios de la maldad,* no os conozco.

CAPITULO XXX

De la gloria de los Santos

240. El afecto de condolencia no hará desgraciado el corazón de los justos por compadecer a los dañados en la otra vida, en la cual a los Santos sólo corresponderá el gozo de la contemplación de Dios sin ningún resquicio para que entre la tristeza.

241. Lo mismo que el color blanco junto al color negro resalta más hermoso, así por la desdicha de los malos condenados resaltará más dicha de los Santos.

242. Como destaca la justicia al lado de la injusticia, y la virtud al lado de las penas de los precitos.

243. A los Santos se ha prometido, para después de la resurrección de la carne, la ascensión a los cielos, al decir Cristo (Joan, XVII, 24) al Padre: *Quiero que estén conmigo allí donde yo estoy*. Porque si somos miembros de la cabeza y Cristo es uno en sí y en nosotros, cierto es que donde El ascendió, también nosotros subiremos.

INDICE

DE LOS SINONIMOS EN LA LAMENTACION DEL ALMA PECADORA

DE LOS SINONIMOS EN LA LAMENTACION DEL ALMA PECADORA

LIBRO PRIMERO DE LAS SENTENCIAS